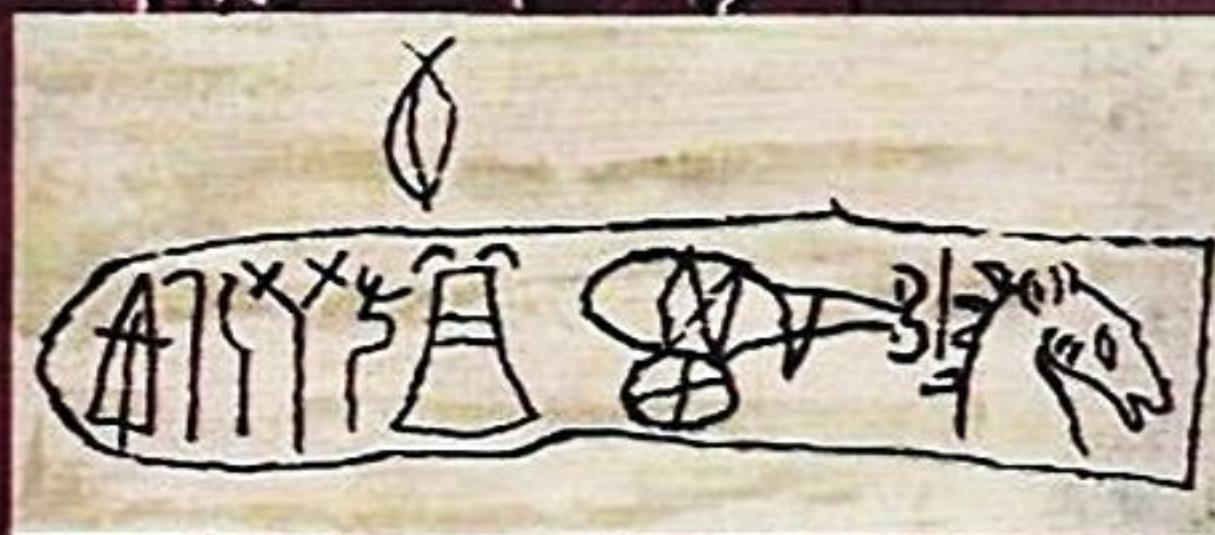


John Chadwick



EL ENIGMA MICENICO



Lectulandia

No hace cien años que surgió de las nieblas de lo desconocido la gran civilización minoica en la isla de Creta, con sus grandes palacios, que irradió desde allí a zonas de la Grecia continental.

Entre los restos de esta legendaria cultura aparecieron tablillas de madera o barro cocido con inscripciones en lo que pronto se advirtió ser dos lenguajes, los llamados Lineal A y Lineal B. De este último se han llegado a reunir varios millares con jeroglíficos en lo que se reconocen carros de guerra, cabezas de caballo, cerdos, espigas, etc. El joven arquitecto inglés Michael Ventris ha dedicado muchos años a descifrar este lenguaje, ininteligible antes de sus estudios.

La teoría de Ventris, continuada y explicada por Chadwick, ofrecía todas las garantías exigibles: lectura de frases enteras con sentido adecuado al que los ideogramas hacían esperar, coherencia gramatical y ortográfica, etc. Las investigaciones posteriores a la primera edición de esta obra, con el hallazgo de nuevas tablillas y las discusiones en torno a la validez del desciframiento, han venido a confirmar las tesis propuestas.

La lectura de la escritura Lineal B no interesa sólo a los lingüistas o los apasionados por los jeroglíficos. Arrojan luz sobre muchos aspectos de la cultura micénica e incluso sobre temas como el de los poemas homéricos, haciendo retroceder nuestros conocimientos de la lengua griega siete siglos más allá de las fechas conocidas.

Lectulandia

John Chadwick

El enigma micénico

El desciframiento de la escritura Lineal B

ePub r1.0

Titivillus 21.03.17

Título original: *The Decipherment of Linear B*
John Chadwick, 1958
Traducción: Enrique Tierno Galván

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INDICE

Prólogo

1. Michael Ventris
2. Las escrituras minoicas
3. Esperanzas y fracasos
4. El nacimiento de una teoría
5. Crecimiento y desarrollo
6. El desciframiento y la crítica
7. La vida en la Grecia micénica
8. Perspectivas

Postscriptum

Apéndice: Transcripciones de tablillas micénicas

PRÓLOGO

El desciframiento de la escritura Lineal B fue ya explicado por Michael Ventris en los dos primeros capítulos de nuestro libro común *Documents in Mycenaean Greek* (Cambridge University Press, 1956). En el presente libro se intenta dar a conocer el desciframiento a la generalidad de los lectores, y por ello se omiten muchos de los pormenores técnicos del libro citado; por otra parte se exponen aquí más detalladamente las etapas fundamentales, y se inserta gran parte de los supuestos poco conocidos del lector no especializado. Gracias a la amabilidad de Mrs. Ventris he podido hacer uso de cartas, notas y otros documentos de los archivos de Ventris. Mi propia carpeta de la correspondencia cruzada entre nosotros, a veces dos o tres cartas por semana, ha sido la fuente principal para la historia del tema que nos ocupa desde la primera revelación en 1952. Esto me ha permitido redondear la simple descripción incluyendo recuerdos personales y otros detalles, muchos de los cuales, a no ser por el trágico accidente de la muerte de Ventris, probablemente hubiesen permanecido inéditos. Su abrumadora modestia me hubiese impedido hacer el elogio que, en mi sentir y en el de todos sus colegas en este campo, merece. Yo tenía, sin embargo, su autorización y su estímulo para escribir un libro sobre este tema; espero que sea un digno tributo a su memoria.

Los lectores familiarizados con el griego e incluso algunos otros que no lo estén, pueden sentirse inclinados a profundizar en el tema. No les he dado aquí la acostumbrada guía para más amplias lecturas por dos razones: primera, porque ya he aludido al escalón inmediato —puede leerse *Documents in Mycenaean Greek*, que contiene una amplia bibliografía, hasta 1955. En segundo lugar, me parece imposible seleccionar del conjunto de la literatura actual sobre el tema un número suficiente de artículos, especialmente en inglés, que no sean o bien breves resúmenes de lo que ya se dice en este libro, o bien estudios de carácter técnico sobre puntos abstrusos. Los estudios de carácter más general requieren un grado de madurez que el tema no ha alcanzado todavía. Quienes deseen familiarizarse con el enorme volumen de artículos publicados encontrarán un índice para ello en *Studies in Mycenaean Inscriptions and Dialect*, comenzado por Ventris en 1955 y continuado por L. R. Palmer y por mí, y publicado por el Instituto de Estudios Clásicos de la Universidad de Londres. Otra buena bibliografía que abarca todos los aspectos del mundo micénico es la de Miss B. Moon, *Mycenaean Civilization, Publications since 1935* (Londres, 1957, publicada por el mismo Instituto)^[*].

Unas palabras a mis colegas profesionales: este libro no es para ellos, aunque espero que su lectura les sea grata. He intentado resumir la historia del desciframiento tal como yo la veo, y he omitido deliberadamente muchas cosas que considero pertinentes, muchas cosas que merecen tener un lugar en una historia autorizada. Espero que nadie me censurará por dejar de mencionar la contribución de x o la teoría de y; algunas partes del libro son ya bastante difíciles para el lector y no he

querido aumentar su dificultad. El capítulo 7, aunque basado en el capítulo 5 de *Documents*, es una selección hecha por mí de las numerosas opiniones sobre la vida micénica expuestas en estos últimos años; era imposible evitar algunos temas polémicos, y las opiniones expresadas son de mi exclusiva responsabilidad. Pero yo he trabajado en gran medida sobre las publicaciones de otros investigadores y me gustaría aprovechar esta oportunidad para reconocer mi deuda con todos aquellos cuyos trabajos he utilizado, mencione o no sus nombres.

Quiero expresar mi reconocimiento a los muchos amigos y colegas que han contribuido, con la crítica y el consejo, especialmente a Mr. O. Cox, al Dr. A. P. Treweek y al Profesor T. B. L. Webster; y a los funcionarios y al personal de la Cambridge University Press, que han dedicado al libro mucho tiempo y cuidado. Asimismo estoy muy agradecido a la dirección de la editorial por haberse encargado de la publicación y por permitirme utilizar figuras y láminas preparadas para *Documents*.

Debo especial gratitud a Mrs. Ventris, que no sólo me ha permitido consultar los documentos de su marido, sino que me ha prestado además su valiosa ayuda y me ha alentado en todo momento.

J. C.

Cambridge, diciembre de 1957.



Michael Ventris

CAPÍTULO 1

MICHAEL VENTRIS

La apetencia de descubrir secretos está profundamente arraigada en la naturaleza humana; el espíritu menos curioso se pone en marcha con la promesa de lograr el conocimiento de algo que permanece oculto a los demás. Algunas personas son lo bastante afortunadas para encontrar una ocupación que consista en la solución de enigmas, ya sea el físico que rastrea una partícula nuclear desconocida hasta entonces o el policía que descubre a un criminal. Pero la mayoría de nosotros nos vemos obligados a satisfacer esta apetencia resolviendo falsos enigmas inventados para nuestro entretenimiento. Las novelas policíacas y los crucigramas cumplen esta función para muchas personas. La resolución de claves secretas suele ser afición de muy pocos. Esta es la historia de la aclaración de un verdadero misterio que ha desconcertado a los expertos durante medio siglo.

En 1936, un estudiante de catorce años formaba parte de un grupo que visitó en Londres Burlington House para ver una exposición organizada con motivo de la conmemoración del quincuagésimo aniversario de la Escuela Británica de Arqueología en Atenas. Allí asistieron a una conferencia pronunciada por el gran maestro de la arqueología griega, *Sir Arthur Evans*, que les habló de su descubrimiento de una civilización olvidada en la isla de Creta, y de la misteriosa escritura que utilizaba este fabuloso pueblo prehistórico. En aquel día se plantó una semilla que iba a fructificar dieciséis años más tarde; porque este muchacho estaba ya vivamente interesado en las escrituras y lenguas antiguas. A la edad de siete años había comprado y estudiado un libro alemán sobre los jeroglíficos egipcios. Allí mismo y desde entonces se prometió aceptar el desafío de la indescifrada escritura cretense; empezó a leer los libros que existían sobre ello e incluso inició una correspondencia con los expertos. Y al cabo de los años triunfó donde ellos habían fracasado. Su nombre era Michael Ventris.

Como este libro es en gran parte la historia de su obra, no será inoportuno comenzar con una breve noticia biográfica. Michael Ventris nació el día 12 de julio de 1922, en una familia inglesa acomodada, que procedía originariamente de Cambridgeshire. Su padre era oficial del ejército en la India, su madre una señora de origen polaco, bella y de gran talento; ella le educó en una atmósfera artística y le habituó a pasar sus vacaciones en el extranjero o visitando el Museo Británico. Su instrucción fue también poco convencional; asistió a la escuela primaria en Gstaad

(Suiza), donde recibía clases en francés y alemán. No contento con esto, dominó rápidamente el dialecto suizo-alemán local —cuyo conocimiento le sirvió más tarde de acercamiento a los eruditos suizos que conoció— e incluso aprendió el polaco cuando tenía seis años. Su interés por las lenguas creció con él; unas cuantas semanas en Suecia, después de la guerra, le bastaron para adquirir amplios conocimientos del idioma y conseguir un empleo transitorio. Con posterioridad mantuvo correspondencia con eruditos suecos en su propia lengua. Ventris poseía no solamente una notable memoria visual, sino también algo que raras veces aparece combinado con ella, la habilidad para aprender un idioma de oído.

De regreso a Inglaterra ganó una beca en la Stowe School, donde, según me dijo en una ocasión, con su modestia característica, hizo «un poquito de griego». Pudiera pensarse que su preocupación por cosas poco corrientes le haría difícil encajar en la rutina normal de una escuela; pero parece que se situó muy bien, aunque nadie entonces hubiese profetizado que su afición le haría famoso. No siguió sus estudios en la Universidad; había decidido ser arquitecto y fue directamente a la Architectural Association School de Londres. La guerra interrumpió sus estudios y se enroló en la R.A.F., volando como oficial de vuelo en una escuadrilla de bombarderos. Eligió la navegación porque la consideraba «mucho más interesante que volar simplemente», y en una ocasión horrorizó al capitán de su aparato dirigiendo el vuelo únicamente con mapas hechos por él mismo.

Después de la guerra continuó sus estudios de arquitectura y obtuvo su diploma con la máxima calificación en 1948. Quienes conocieron sus trabajos de estudiante quedaron muy bien impresionados y le auguraron un brillante porvenir de arquitecto. Ventris trabajó durante algún tiempo con un equipo en el Ministerio de Educación, ocupándose en proyectar nuevas escuelas; y él y su esposa, también arquitecto, trazaron los planos de una bonita casa moderna para ellos y sus dos hijos. En 1956 le fue concedida la primera pensión de estudio del *Architect's Journal*. Su tema era «Información para el arquitecto».

Pudo muy bien haber llegado a ser una de las principales figuras en su profesión, pero no era éste el camino que le llevaría a la fama. Su interés por las escrituras minoicas no había disminuido y con una rara concentración dedicó muchos de sus ratos de ocio a minuciosos estudios de ese oscuro problema. En 1952 declaró haber hallado la clave para su comprensión, declaración que se ha visto confirmada plenamente durante los últimos cinco años. Los honores por él recibidos incluyen la Orden del Imperio Británico «por servicios a la paleografía micénica», el título de «honorary research associate» del University College de Londres y el doctorado *honoris causa* en Filosofía por la Universidad de Upsala. Todos estos honores no eran sino una anticipación de los que con toda seguridad se le hubiesen tributado después.

«Los amados de los dioses mueren jóvenes», dice el poeta griego Menandro; pero nunca hubiéramos imaginado que la vida de un hombre que había dado tantas muestras de genio y prometía mucho más, se vería interrumpida en el momento

mismo del triunfo. El día 6 de septiembre de 1956, cuando Ventris regresaba solo a su casa, de noche, por la gran carretera del Norte, cerca de Hatfield, su automóvil chocó con un camión y él murió instantáneamente.

Resulta difícil para mí, que tuve el privilegio de ser su amigo y trabajar en estrecha colaboración con él durante más de cuatro años, encontrar palabras para definirle. Sé muy bien que él rechazaría cualquier alabanza exagerada; sin embargo, era una persona a quien sólo convenían los superlativos. Su hallazgo es testimonio de su clara inteligencia, pero yo no puedo hacer justicia debidamente a su simpatía personal, su alegría y su modestia. Desde el primer momento llevó adelante sus tesis con la debida precaución y vacilaciones, señal prometedora para quienes tenían la experiencia repetida de las seguridades de anteriores descifradores. Pero incluso cuando ya su éxito era seguro, cuando todo el mundo le colmaba de elogios, él siguió siendo sencillo y modesto, siempre dispuesto a escuchar, a prestar su ayuda y a comprender.

Si nos preguntamos cuáles eran las cualidades que hicieron posible su realización, podemos señalar su capacidad para soportar la fatiga, sus facultades de concentración, su minuciosa precisión, su maestría en el dibujo. Todas estas cualidades eran necesarias, pero poseía muchas otras que son difíciles de definir. Su cerebro trabajaba con una rapidez asombrosa, de tal manera que podía considerar todas las implicaciones de una sugerencia que se le hiciera apenas formulada. Poseía una aguda apreciación de la realidad de una situación; los habitantes de Micenas no eran para él vagas abstracciones, sino gentes vivas en cuyos pensamientos podía penetrar. El mismo acentuó la importancia de la vía visual para el acceso al problema; se familiarizó de tal modo con la apariencia de los textos, que tenía grabados en su mente largos pasajes, simplemente como muestras visuales, mucho antes de que su interpretación les diese sentido. Pero no era suficiente una memoria meramente fotográfica, y aquí vino en su ayuda su preparación profesional de arquitecto. La mirada del arquitecto ve en un edificio no una simple fachada, un conjunto de características ornamentales y estructurales; va más allá de las apariencias y distingue las partes significativas, los elementos estructurales y la fábrica del edificio. Así también Ventris era capaz de discernir, entre la desconcertante variedad de signos misteriosos, unas pautas y unas regularidades que descubrían la estructura subyacente. Es esta cualidad, la capacidad para apreciar el orden en la aparente confusión, la que ha caracterizado la obra de todo gran hombre.

CAPÍTULO 2

LAS ESCRITURAS MINOICAS

El año 776 (a. de C.) presencié los primeros Juegos Olímpicos, festival que celebraban los griegos en el recinto de Zeus, en Olimpia, al noroeste del Peloponeso. Es dudoso que fuese realmente el primero de estos festivales, pero fue considerado como tal por los griegos posteriores cuyas crónicas se remontan a aquella fecha. Es una fecha significativa en la historia de Grecia, porque marca y simboliza la adopción por los griegos del alfabeto fenicio, del cual descienden en lo esencial todos los demás alfabetos. Desde el siglo vil (a. de Cristo) los griegos fueron un pueblo ilustrado, capaz de registrar su propia historia. Así, pues, en sentido estricto puede decirse que la historia griega comienza entonces, y lo que queda detrás de esa fecha puede llamarse prehistoria. Pero el comienzo de la historia griega se fija en el año 776 (a. de C.), como se sitúa el comienzo de la historia británica en el año 1066. Mucho antes habían vivido, luchado y muerto entre las montañas y las islas de Grecia hombres y mujeres, y según la prueba que puede aplicárseles adecuadamente, la de la lengua, eran tan griegos como sus sucesores.

Hay tres caminos para penetrar la niebla que oscurece los primitivos estadios de desarrollo de los griegos; ninguno de ellos es satisfactorio y no ofrecen sino retazos de información, pero permiten, mediante una ponderada síntesis, algunas conclusiones generales.

En primer lugar están las personas y acontecimientos cuyo recuerdo sobrevivió hasta una época en que se conocía la escritura. Los griegos del período clásico tenían muchas leyendas de un pasado remoto, de una edad heroica en la que los hombres llevaban a cabo grandes hazañas y los dioses estaban siempre junto a ellos para ayudarles; muchos de los héroes eran hijos de dioses o de diosas. Dos notables acontecimientos se recuerdan en estas leyendas: la guerra contra Tebas en Beocia y la expedición contra Troya. Este último es mejor conocido, puesto que sirvió de base a las dos grandes obras maestras de la literatura griega, la *Ilíada* y la *Odisea*. Tradicionalmente atribuidas a Homero, ambas son largos poemas épicos que parecen haber adquirido su forma presente hacia fines del siglo VIII (a. de C.), de nuevo ese importante siglo en que la escritura introdujo cambios en muchos de los modos de vida griegos y también en la poesía.

Antes de Homero deben haber existido otros poetas, pero no nos ha llegado nada de sus obras, o así lo creemos. Sin embargo, la moderna investigación ha demostrado

que Homero no era un artista brillante e imaginativo que crease sus poemas de un modo espontáneo. No sólo hizo uso de una leyenda ya existente; ahora sabemos que él era el último y el más grande de una larga línea de poetas que habían cantado la historia de Troya. Cantado, no escrito; porque el proceso de composición en los pueblos iletrados es totalmente diferente de lo que hoy conocemos. Para festejar a los huéspedes con el relato de hechos heroicos se llamaba al bardo, utilizando un vocablo celta para traducir el griego *aoidós*, «cantor», «rapsoda», y éste recitaba su leyenda usando de abundantes metáforas, fórmulas conocidas y epítetos, pero improvisando en cada ocasión sobre un tema básico. Así podemos suponer que las leyendas de que Homero se sirvió, incluso en sus menores detalles, habían sido transmitidas desde una época primitiva. Es evidente la imposibilidad de reconstruir la historia real a partir de tales materiales. Las leyendas que conocemos a través de Homero son numerosas, pero contradictorias, y es inútil tratar de entresacar las escasas partículas de verdad que probablemente contienen. Gran parte del relato homérico se debe también sin duda a la imaginación de los poetas. Pero supone un importante punto de referencia para un período de la prehistoria griega en que el país estaba organizado en fuertes reinos centrados en torno a Micenas, si bien en una época ya histórica ésta no era sino una pequeña aldea.

Pero Micenas era suficientemente real para persuadir a un hombre de negocios alemán del siglo XIX, de espíritu romántico, Heinrich Schliemann, a retirarse de sus negocios y consagrar su tiempo y su fortuna a la búsqueda de un testimonio tangible de aquella época olvidada. Así se forjó el segundo instrumento para conocer la prehistoria griega, la arqueología. La excavación para buscar un tesoro enterrado se iba ya elevando a una rudimentaria ciencia, y la finalidad no era ya el simple descubrimiento de objetos raros o preciosos. Con la fe y entusiasmo del aficionado, Schliemann, con Homero en la mano, se dispuso a sacar a luz las murallas de Troya construidas por los dioses.

No es éste lugar adecuado para seguir detalladamente su carrera, pero sí hemos de detenernos un momento para recordar su trascendental excavación de 1876 cuando encontró el famoso círculo de sepulturas en Micenas. Porque fue la revelación de la riqueza y el talento artístico de la civilización que él desenterró lo que convenció a los eruditos de la verdad sustancial que había detrás de las leyendas. «Micenas, rica en oro», cantó Homero, y el oro salía de las sepulturas en cantidades tales como para asustar al propio Schliemann. La serie de hechos que ahora pueden esquematizarse llevó muchos años de paciente trabajo a los sucesores de Schliemann. La arqueología prehelénica, como se la ha llamado hasta hace poco, distingue tres fases en la Edad del Bronce en Grecia: Bronce antiguo, aproximadamente desde el año 2800 al 1900 (a. de C.); Bronce medio, 1900-1600 (a. de C.); Bronce reciente, 1600-1100 (a. de C.). El máximo esplendor de la civilización se produjo primeramente en Creta, durante el período medio, y acabó con una violenta destrucción alrededor del año 1400 (a. de C.). En la Grecia continental tuvo lugar más tarde, comenzando con el

período reciente y alargándose hasta el siglo XIII (a. de C.) en que todos los centros importantes de Grecia fueron saqueados, uno tras otro, y quedaron en ruinas. Este último período recibe el nombre de micénico, por el lugar donde se realizaron las primeras excavaciones y el nombre de su centro principal, Micenas.

Entre los muchos eruditos que estuvieron en Atenas en 1890 para examinar los tesoros de Schliemann había un inglés llamado Arthur Evans. Su apreciación del alto nivel de civilización alcanzado por los habitantes de Micenas le llevó a reflexionar sobre la estructura económica de un reino suficientemente rico para producir tales monumentos. Micenas no poseía riqueza natural, no existían minas de oro ni plata ni cualquier otro producto susceptible de exportación. No obstante, la elaboración de sus productos implicaba una clara especialización y ésta, a su vez, un sistema económico en el cual los trabajadores especializados dispusieran de medios de subsistencia. ¿No requería todo esto un sistema de escritura que sirviese por lo menos para la contabilidad de la secretaría de palacio? Por ésta y otras razones semejantes, Evans pensó que los habitantes de Micenas tuvieron que saber escribir; pero no se había encontrado inscripción alguna en sus sepulturas y palacios y se aceptaba generalmente que el alfabeto griego procedía de Fenicia y había sido adoptado doscientos o trescientos años después de la caída de Micenas.

Estas reflexiones incitaron a Evans a buscar huellas de escritura prehistórica; llamaron su atención unas gemas grabadas que podían hallarse en las tiendas de antigüedades de Atenas. Estas gemas mostraban un estilo de composición netamente diferente de los conocidos en el Oriente próximo, y en algunas se observaban arbitrarias colocaciones de signos que pudieran representar un tipo de escritura. Evans las atribuyó a Creta, y cuando la isla estaba aún bajo el gobierno de los turcos y en un estado de agitación, la atravesó de extremo a extremo, con otro joven, que más tarde iba a compartir con él un título de nobleza, John Myres. Allí encontraron abundantes pruebas del origen de estas piedras, porque las campesinas solían llevarlas como amuletos; las mujeres las llamaban «piedras de leche». Estudiándoles, Evans identificó la escritura más primitiva de Grecia.

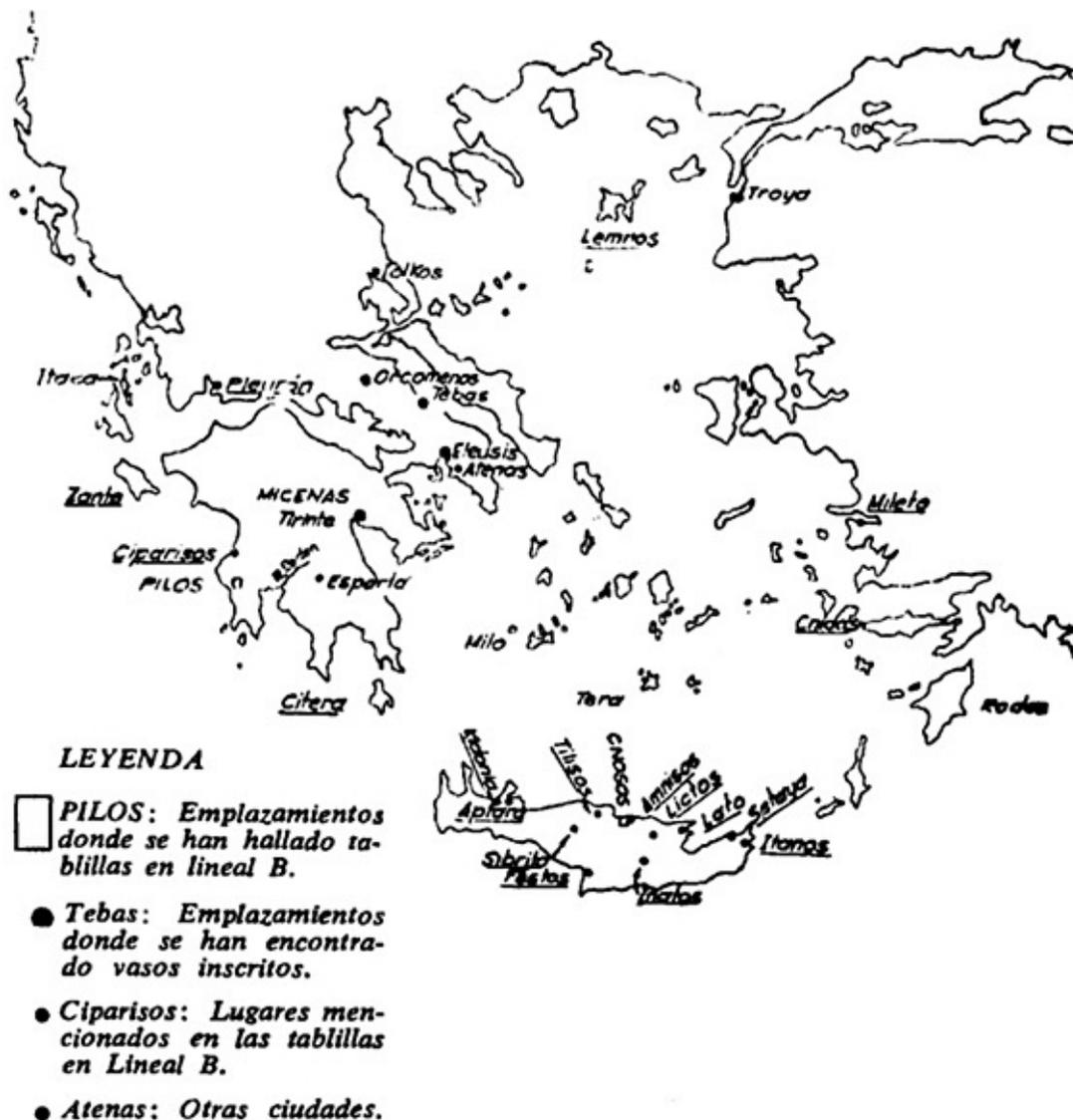


Fig. 1.—Emplazamientos arqueológicos micénicos y lugares mencionados en las tablillas de Lineal B.

Pero esto no bastaba. Unos cuantos caracteres grabados en unos sellos de piedra no probaban la existencia de una contabilidad necesaria para dirigir un país civilizado. Evans decidió excavar por sí mismo, y en 1900, tan pronto como la liberación de Creta del gobierno turco lo permitió, comenzó las excavaciones en un lugar ya bien conocido, Cnosos, sede real y capital de un legendario imperio. Su objeto principal, el descubrimiento de inscripciones, se consiguió rápidamente; el 30 de marzo se hallaron las primeras tablillas, una semana después de comenzar las excavaciones. Pero conforme iba clasificando, jornada tras jornada, el complejo de edificios que había desenterrado, la excitación del descubrimiento se veía desplazada por una nueva idea que crecía ya en su activa mente. La civilización de Creta era incomparablemente más antigua que la de Grecia; e incluso en el período reciente de la Edad del Bronce estaba ya más avanzada. La leyenda habla del vasallaje de Atenas al Rey Minos de Creta; aquí estaba la civilización extraña que sometió a servidumbre a los griegos. La leyenda habla del tributo de doncellas y jóvenes que se enviaba

anualmente para satisfacer al monstruo del Laberinto; una interpretación racional exigía que el Laberinto fuese solamente un enorme y complejo palacio, y el monstruo Minos, el cruel monarca. Así nació la teoría de una civilización cretense nogriega, llamada minoica, por el nombre de su legendario rey. Las semejanzas entre su arte y su arquitectura y los de la Grecia continental se explicaban fácilmente si Grecia era una provincia minoica, y el auge de Micenas podía considerarse como la rebelión de una colonia que acabó por destruir y dominar a la ciudad madre.

La tercera pista era εὐν más difícil de seguir correctamente, e, incluso hoy, muchas veces se deja a un lado; es el estudio de la lengua griega. Cuando se escribieron las primeras inscripciones alfabéticas en el siglo VIII (a. de C.) cada uno de los pequeños Estados tenía su propio dialecto. Es como si los condados ingleses tuviesen cada uno su propia forma, no sólo de lengua hablada, sino también de lengua escrita. No obstante, los griegos podían todos, más o menos, hacerse entender a través del país; los dialectos locales eran todos fragmentos de una lengua común, articulada en compartimentos por las montañas y el mar. Estos dialectos podían agruparse en cuatro divisiones principales, aunque éstas no corresponden a su distribución geográfica. Dialectos totalmente diferentes tenían una frontera común mientras que otros semejantes se hallaban muy distantes. Dos conclusiones pueden extraerse de estos hechos: todos estos pueblos helénicos tuvieron en un tiempo antepasados que hablaban la misma lengua; se rompió su unidad y los principales grupos se desarrollaron por separado. Finalmente, poco antes de la época histórica, cada dialecto local debió desarrollarse fuera de su grupo.



Fig. 2.—Dialectos griegos hacia el año 400 a. de C.

Ahora podemos aplicar estos hechos al cuadro arqueológico con cierta seguridad. Se acostumbraba a creer que por lo menos tres de los principales grupos dialectales se habían originado fuera de Grecia, y habían sido llevados a ella de nuevo por sucesivas olas de invasores. Esta teoría ha sido modificada más tarde por nuevas investigaciones, y ahora parece más probable que la diferenciación de los dialectos comenzase después de la entrada de los griegos en la península balcánica. Esto se ha puesto en conexión con la laguna arqueológica existente entre las culturas antigua y media de la Edad del Bronce, alrededor de 1900 (a. de C.). En la mayor parte de los sitios hay pruebas de destrucción en este período y la nueva cultura muestra ciertos rasgos radicalmente diferentes de los de la anterior. La fase final de los movimientos de los pueblos helénicos queda mejor determinada. Las principales áreas de extensión del poder micénico, los emplazamientos de los palacios destruidos hacia los siglos XII y XIII (a. de C.) estuvieron ocupados en tiempos históricos por uno de los mayores grupos lingüísticos, los dorios. Partiendo del noroeste de Grecia (Epiro), estos dialectos forman un gran arco que corre a lo largo de la costa occidental del Peloponeso, atraviesa Creta, subiendo después a Rodas y Cos en el Dodecaneso. En el interior del arco, los dorios penetraron en Grecia central, hasta Belfos, y

representaban objetos generalmente identificables, como una cabeza, una mano, una estrella y otros semejantes. Esta era la escritura de los sellos de piedra, pero Evans halló también algunos ejemplos de ella en trozos de arcilla utilizados como sellos y en barras de arcilla. Llamó a este estilo jeroglífico, puesto que los signos eran del mismo tipo que la primitiva escritura pictográfica de Egipto. Hay pocos puntos de apoyo para sostener que la escritura fuera aprendida de una fuente egipcia. La figura 3 muestra una tablilla jeroglífica de Festos. Su comparación con otras tablillas semejantes de Lineal B sugiere que se indican en ella cantidades de cuatro artículos, probablemente trigo, aceite, aceitunas e higos. No puede intentarse descifrarlas porque el material con que se cuenta es escaso, pero las similitudes ponen de manifiesto que el sistema está estrechamente emparentado a la fase inmediata y es quizá el origen de la misma. Esta se fija aproximadamente de 1750 a 1450 (a. de C.) comenzando quizá con anterioridad a aquella fecha. Como los signos pictográficos están reducidos a simples trazos, Evans llamó a la escritura de este segundo período Lineal A. Su dirección es de izquierda a derecha. Se han encontrado ejemplos en toda Creta, pero no fuera de ella, si exceptuamos las marcas de los alfareros halladas en algunos cacharros de Melos y Tera. Hay un cierto número de inscripciones en objetos de bronce y de piedra, algo de lo que carece la Lineal B. Pero la única colección extensa de documentos es un grupo de unas 150 tablillas de arcilla procedentes de un palacio situado a pocas millas de distancia de Festos, conocido, al carecer de un nombre antiguo, por el de la capilla adyacente de Hagia Tríaada (Santa Trinidad). Es evidente que estas inscripciones son en su mayoría listas de productos agrícolas. La figura 4 reproduce una de ellas.

En una fecha que no puede determinarse con exactitud, la Lineal A fue sustituida por una forma modificada que Evans llamó Lineal B. Sería de gran interés conocer la fecha de esta sustitución, pero desgraciadamente hasta ahora sólo se ha hallado Lineal B en un lugar de Creta, y aunque los documentos en que aparece están fechados con seguridad en la época de la destrucción del palacio del Minoico reciente II, alrededor de 1400 (a. de C.), no se sabe con certeza cuándo dejó de utilizarse allí la escritura Lineal A. Se ha sugerido que la Lineal A en Festos es posterior a la Lineal B en Cnosos; pero no es posible hacer una comparación de fechas, con la exactitud necesaria, a base de medios arqueológicos. No es en modo alguno inverosímil que se diese esta supervivencia, pero queda como una hipótesis todavía no verificable. Los datos de que disponemos sólo nos permiten decir que la escritura Lineal A parece perderse hacia 1450 (a. de C.), si es que sobrevivió hasta entonces.



Fig. 4.—Tablilla en escritura Lineal A procedente de Hagia Tríada (n.º 114).

La relación entre ambos sistemas de escritura es confusa. No se trata simplemente de una reducción de la primitiva escritura en imágenes a formas más simples y más fáciles de escribir, puesto que en ciertos casos las formas de la Lineal B son más elaboradas que las correspondientes de la Lineal A. Evans sugirió que la Lineal B era una escritura «palaciega», desarrollada por los escribas del palacio y por consiguiente empleada exclusivamente en Cnosos. Esta teoría está refutada ya por el descubrimiento de la Lineal B en la Grecia continental y ahora sabemos que la Lineal B es el resultado de la adaptación de la escritura minoica por los griegos, aunque esto no podía adivinarse cuando se descubrió. Aun así, ésta es sólo una explicación parcial. No hay razón para cambiar la forma de un signo para escribir en una nueva lengua, si bien puede ser preciso añadir o quitar o modificar los valores de algunos signos. El idioma francés se escribe fundamentalmente con el mismo alfabeto que el inglés, aunque existen letras accesorias (à, ê, etc.), se ignoran virtualmente *k* y *w*, y algunas letras tienen diferentes sonidos. Pero las diferencias existentes entre Lineal A y B son más semejantes a las que existen entre el alfabeto griego y el romano (por

ejemplo, $A = A$, $B = B$, pero $\Gamma = G$, $\Delta = D$). Si este paralelo se extiende al uso del mismo signo con diferentes valores (como la letra griega $X = kh$, la romana $X = \chi$), no puede determinarse careciendo de un desciframiento de la Lineal A. Hay que señalar que todos los intentos de desciframiento publicados hasta ahora se basan en la aplicación de valores de la Lineal B a los signos de la Lineal A, razón por la cual no pueden dar una respuesta a esta cuestión. Las diferencias hacen de algunas de estas identificaciones meras conjeturas, e indican que la Lineal B tuvo un desarrollo entre la adaptación original y los textos más primitivos. El hecho de que los primeros textos conocidos sean actualmente los cretenses puede ser una pista falsa.

Aunque superficialmente semejantes, para una mirada experta las diferencias entre ambos tipos de escritura son patentes; una clara diferenciación es que las pautas o guías que separan las líneas escritas en las tablillas de la Lineal B faltan por lo general en la Lineal A. Otra distinción es la que concierne al sistema numérico; en líneas generales es muy semejante en ambas escrituras, pero el tratamiento de las cantidades fraccionarias es completamente distinto. La Lineal A tiene un sistema de signos fraccionarios, no desarrollados por entero; la Lineal B no tiene signos de este tipo, sino que las cantidades fraccionarias se expresan en términos de unidades más pequeñas, como libras, chelines y peniques, o dólares y centavos, o toneladas, quintales, arrobas y libras. La divergencia de estos sistemas de medición fue demostrada con admirable claridad por el profesor E. L. Bennett, hijo, en 1950.

Al señalar estas diferencias entre A y B, Bennett atacaba una idea propuesta por Evans y apoyada por el sabio italiano profesor G. Pugliese Carratelli, que publicó la serie más importante de textos de Lineal A en 1945. Esta idea era la tesis de que la lengua de ambos sistemas era idéntica, y que la nueva escritura representaba una modificación posterior, así como el moderno tipo romano sustituye en la impresión alemana a los pesados caracteres «góticos» utilizados en otro tiempo. Pero las pruebas de la identidad de las dos lenguas carecían de fuerza. Ni una sola palabra, larga o corta, era idéntica en ambos tipos de escritura, aunque aparecían repetidas unas cuantas palabras de dos o tres signos y algunas otras empezaban y terminaban de un modo semejante. El reconocimiento de la fórmula para expresar el total, que será estudiada más adelante (pág. 64), vino a dar la prueba definitiva en contra de la identidad; allí no existía ninguna semejanza entre A y B.

Casi todas las tablillas de arcilla halladas en Cnosos contenían inscripciones en Lineal B y el número total de tablillas que se conocen actualmente, incluyendo también pequeños fragmentos, está entre tres y cuatro mil. Al parecer, todas estas tablillas procedían del palacio construido en el período llamado por los arqueólogos Minoico reciente II y que fue destruido por el fuego a fines del siglo XV (a. de C.). La arquitectura minoica utilizaba grandes cantidades de madera de construcción, e incluso los muros de albañilería iban reforzados por un sistema de vigas de madera, algo parecido a la construcción medieval en estructura de madera; se creía que la utilización de la madera en esta forma da flexibilidad a los edificios para resistir los

temblores de tierra. En cambio tiene el inconveniente de que en caso de incendio arden vorazmente; pero este calor sirvió para cocer muchas de las tablillas de arcilla y darles la dureza de la alfarería, haciéndolas duraderas. No hay duda de que, a diferencia de la práctica común en Anatolia y en el Lejano Oriente, en la zona del Egeo nunca se expusieron deliberadamente al fuego estas tablillas. Se moldeaba la arcilla hasta lograr la forma adecuada, se hacía la inscripción y se ponía a secar; unas cuantas horas, al menos en verano, bastaban para darles la dureza precisa para almacenarlas y que ya no se pudiese añadir nada a lo escrito. Cuando la tablilla no era necesaria, podía romperse disolviendo los fragmentos en agua, y la arcilla se utilizaba nuevamente.

El aspecto que presentan las tablillas es poco atrayente. Son masas de arcilla planas, generalmente de un color gris desvaído, aunque en algunos casos presentan un bonito color rojo ladrillo, por haber penetrado, mientras la tablilla se quemaba, una cantidad de oxígeno suficiente para producir la oxidación. Su tamaño es variable, desde pequeños sellos y rótulos de poco más de 2,5 cm., hasta pesadas tablillas de 25 por 12,5 cm. Muchas de ellas estaban en malas condiciones de conservación cuando fueron halladas, y Evans tuvo una desdichada experiencia en una ocasión en que dejó durante una noche, en una habitación destinada a almacén, un lote recién sacado; la lluvia penetró por el tejado y a la mañana siguiente no quedaban más que unos fangosos terrones de arcilla. Hemos de suponer que se evitaría que esto sucediese dos veces, pero no es fácil rescatar de la tierra las tablillas, y no es imposible que algunos de los primeros excavadores las arrojasen a un lado como pedazos de tierra sin valor alguno.

La abundancia de tablillas halladas en Cnosos dio a Evans grandes esperanzas de resolver el enigma. En su informe preliminar, escrito en 1901, señaló los hechos evidentes acerca de la escritura:

«De la frecuente aparición de cifras en estas tablillas se deduce que gran número de ellas se refieren a cuentas relacionadas con los almacenes y el arsenal del rey. El sentido general de la tablilla está, además, indicado en muchos casos por la introducción de una o más figuras pictográficas. Así, en una serie de tablillas procedentes de la dependencia llamada, tomando de ellos el nombre, Cámara de las tablillas de carros, aparecen dibujos de un típico carro micénico, una cabeza de caballo y algo que parece ser una coraza... Entre otros temas así representados había figuras humanas, quizá de esclavos, casas o graneros, cerdos, espigas, flores de azafrán y vasijas de arcilla de formas diversas... Había también otros vasos de formas metálicas, utensilios tales como azadas, hachas de un solo filo, y muchos objetos indefinidos.

En las actuales circunstancias, estando incompleto el material, sería aventurado ir más allá de una declaración muy general de la comparación que puede hacerse. Entre los caracteres lineales o letras de uso común —unas 70

— hay 10 que son prácticamente idénticos a los signos del silabario chipriota^[1] y aproximadamente el mismo número, muestran afinidades con formas de letras griegas posteriores... Las palabras escritas en las tablillas están divididas a veces por líneas verticales y, a juzgar por el término medio de letras incluidas en ellas, es probable que los signos tengan un valor silábico. Las inscripciones están hechas invariablemente de izquierda a derecha»^[2].

Sin embargo, Evans no parece haber tenido ni entonces ni con posterioridad ningún plan para la solución de la escritura. Sus sugerencias eran válidas, en muchos casos, pero eran observaciones sin articulación y nunca estableció ningún procedimiento metódico. Con gran entusiasmo se aplicó a preparar la publicación de sus inscripciones y persuadió a la Clarendon Press para que hiciese una fundición especial de caracteres «micénicos»; el nombre de «minoicos» se adoptó más tarde. A pesar de que se hicieron posteriores adiciones a estos caracteres, nunca llegaron a ser completamente satisfactorios para la impresión de la Lineal B; muchos de ellos son simples variantes sin significación alguna y el descubrimiento de nuevos textos fuera de Creta incrementó el repertorio. Los escasos libros impresos ahora con textos de la Lineal B usan preferentemente una transcripción normalizada hecha a mano y reproducida fotográficamente.

El primer volumen de inscripciones minoicas, titulado *Scripta Minoa I*, se publicó en 1909. Estaba dedicado a la escritura jeroglífica, aunque contenía algunas alusiones a la escritura Lineal, que había de ser objeto de un segundo y tercer volúmenes. En los años inmediatos se llevó a cabo una gran parte de los trabajos preparatorios de estos volúmenes; pero el entusiasmo de Evans por la publicación pareció disminuir, sobrevino la primera guerra mundial y el proyecto, si no abandonado, fue relegado al menos en favor de una tarea mayor y más urgente, la de redactar la historia de los sucesivos palacios de Cnosos, y con ellos el primer intento de definir y describir la civilización minoica. Las inscripciones constituían sólo una parte menor de esta historia, y una parte poco satisfactoria, puesto que no se había hecho ningún progreso real en su desciframiento. Por sensible que fuese este aplazamiento, a la luz de nuestro saber presente hay que admitir que las probabilidades de un desciframiento con éxito eran muy escasas, aun cuando se hubiera podido disponer inmediatamente de todo el material. Con todo, una rápida publicación hubiera permitido hacer algunos progresos y sobre todo habría ahorrado gran parte de la inútil especulación de los cincuenta años que siguieron.

Se habían publicado unas cuantas tablillas en los informes iniciales de las excavaciones y otros artículos. En 1935, cuando la vasta obra *The Palace of Minos* alcanzaba su cuarto volumen, quedó disponible un total de 120 tablillas. Por aquellos días visitó Creta el sabio finlandés Profesor Johannes Sundwall, y logró copiar treinta y ocho más, que publicó junto con unas interesantes reflexiones sobre su

significación. Pero este acto de piratería le costó la enemistad de Evans. Entre los arqueólogos es una ley no escrita que el descubridor de cualquier objeto tiene derecho a ser el primero en publicar su descubrimiento; por equitativo que esto parezca puede resultar absurdo si un excavador se niega a delegar la tarea de la publicación y la aplaza indebidamente. Tales casos son raros, pero no enteramente desconocidos, aun dentro del más internacional espíritu de colaboración que prevalece felizmente entre los arqueólogos de hoy.

Evans murió a la edad de noventa años, en 1941, antes de que pudiese conocer las noticias de la ocupación de Creta por los alemanes. Su propia casa en Cnosos, Villa Ariadna, pasó a ser el cuartel general del mando alemán en la isla. Pero *Scripta Minoa II* yacía incompleto y desordenado entre las notas de Evans, y fue su viejo amigo y compañero Sir John Myres, ya retirado de su cátedra de Oxford, quien asumió la tarea de su publicación. El resto de la vida de Myres estuvo consagrado a este arduo y desinteresado trabajo. En los difíciles años de la postguerra no cabía esperar que la Clarendon Press acogiese de buen grado la publicación de un libro extremadamente dificultoso, en una grafía y en una lengua que nadie sabía leer. Se desistió de la publicación de las inscripciones de la Lineal A, ya que el profesor Pugliese Carratelli lo había hecho admirablemente. Pero las tablillas de la Lineal B estaban en Iraklion, y Myres era demasiado anciano para volver a Grecia. En todo caso, hasta 1950 no se restablecieron las condiciones de normalidad necesarias para la reapertura de los museos; en la misma Iraklion había de construirse uno nuevo, y parte del contenido había sufrido daños durante la guerra.

Myres logró que algunos eruditos hiciesen para él ciertas comprobaciones; los americanos Dra. Alice Kober y Dr. Emmett L. Bennett pusieron generosamente su trabajo a disposición de Myres. Pero no fue posible hacer ninguna verificación sistemática hasta que ya fue demasiado tarde. La importancia fundamental de esta verificación no se puso de manifiesto hasta algún tiempo después de la publicación de *Scripta Minoa II*, en 1952. Hay que agradecer a Myres que llevase adelante la publicación en medio de graves dificultades; pero se veía reducido a confiar en las transcripciones y dibujos de Evans, cuya exactitud dejaba mucho que desear. Una vez más, no puede censurarse por completo a Evans; es extremadamente difícil copiar con precisión una inscripción en caracteres extraños y, en cualquier caso, este trabajo era realizado al parecer por uno de los dibujantes que le ayudaban.

En estos años, nuevos descubrimientos habían transformado el problema. En el capítulo siguiente haremos una relación completa de estos descubrimientos; entre tanto, completemos esta descripción de las diferentes escrituras minoicas.

Una descripción de la escritura cretense sería incompleta si no mencionásemos el famoso disco de Festos. Fue hallado por los excavadores italianos en el palacio minoico de Festos, al sur de Creta, en 1908. Es un disco plano de arcilla cocida, de unas seis pulgadas y media de diámetro, inscrito en ambas caras con un texto que va en espiral del borde al centro, llenando todo el espacio disponible. Los signos son

pictóricos y en número de cuarenta y cinco; la dirección de la escritura es de derecha a izquierda. Pero la característica más señalada del disco es el método seguido para su ejecución. Cada uno de los signos se inscribía por separado en la arcilla blanda, por medio de un punzón o tipo hecho a tal propósito. Es evidente que la operación no se efectuaba en una sola vez; se iban utilizando los tipos uno tras otro, pero, con todo, este uso de formas fijas suponía una notable anticipación del invento del grabado y la imprenta. No es verosímil que este juego de 45 punzones se preparase para producir un solo disco; una invención tan provechosa hubo de ser explotada. Más aún, la habilidad con que se han llenado todos los espacios libres demuestra alguna práctica en quien lo hizo. Pero este disco es hasta ahora el único. Se han hecho ensayos de identificación de estos signos con los de la escritura jeroglífica, y pueden observarse algunas semejanzas, pero suele considerarse el disco como una importación de Anatolia, según la opinión de Evans. No se ha hallado nada semejante a él, en forma ni en técnica, en todo el mundo antiguo. Por ello, la posibilidad de descifrarlo está fuera de nuestro alcance, si bien esto no ha impedido que una larga serie de eruditos y aficionados den sus propias versiones, a algunas de las cuales haremos alusión en el siguiente capítulo.

Existe aún otra ramificación de la escritura minoica propiamente dicha. La acumulación de hallazgos llevados a cabo entre las dos guerras, puso en claro que durante la Edad de Bronce se utilizaba en Chipre una escritura relacionada con aquella, por lo cual se la llamó escritura chipro-minoica. El centro principal de dicho período dentro de lo explorado hasta ahora es una grande e importante ciudad en la costa oriental de la isla, conocida por el nombre moderno de Enkomi. Continúan las excavaciones en este sitio (1957) y es casi seguro que la escritura hallada hasta la fecha no es sino una pequeña muestra de lo que ha de hallarse todavía. Se han extraído materiales de fechas muy diferentes; el más antiguo es un pequeño fragmento de una tablilla que data de los primeros años del siglo xv (a. de C.), fecha que, si es exacta, hace a la escritura chipro-minoica más antigua que la Lineal B. Los signos son diferentes de los de cualquier otra forma de escritura minoica, pero muestran afinidades con la Lineal A. Después está un grupo de tablillas en su mayoría muy mal conservadas, que datan aproximadamente del siglo xii (a. de C.). Estas tablillas presentan una escritura en la que los signos más sencillos son casi idénticos a los de las dos escrituras cretenses, pero todos aquellos que son más complicados han experimentado profundas modificaciones; se han sustituido las finas líneas y las elegantes curvas de la Lineal A y B por gruesas rayas y tildes. Ahora bien, escribir en Lineal B sobre una superficie de arcilla requiere cierta habilidad y un estilo de aguda punta; no es probable que un pueblo que escribiese habitualmente en arcilla y sólo en arcilla, pudiese mantener esta forma de escritura durante mucho tiempo. Pudo conservarse esta forma en Grecia y en Creta, porque allí se escribía también con pluma y pincel en otro material, el papiro. Pero si en Chipre, como era común en el Oriente próximo, se adoptó la arcilla como el principal material para

escribir, hubo de ser inevitable que se produjesen modificaciones, como las que de hecho vemos en estas tablillas. Si se utiliza un punzón más grueso y romo se puede escribir mucho más aprisa, y se reduce el tamaño de los caracteres, una importante economía tratándose de un material tan voluminoso como la arcilla. Una evolución claramente semejante puede verse en la historia de la escritura cuneiforme en Babilonia. Los primitivos caracteres, pictogramas fácilmente identificables, fueron reducidos más tarde a tipos formalizados, consistentes en tres rasgos en forma de cuña (véase la fig. 5). Está de acuerdo con esta teoría de un cambio en el material usual para escribir, el hecho de que las tablillas de Chipre fueron cocidas, no simplemente secadas al sol como las de Grecia. En su forma, también, se parecen mucho más a las de tipo oriental. Semejante a la chipro-minoica, pero claramente diferenciada de ella, es una forma de escritura encontrada recientemente en la antigua ciudad de Ugarit, la moderna Ras Shamra, en la costa siria. Esta ciudad utilizaba la escritura cuneiforme acadia para gran parte de su correspondencia con el extranjero y poseía un solo «alfabeto» cuneiforme, para escribir su propia lengua semítica; pero no es extraño que viviese allí una colonia chipriota que usase la escritura de su patria. Hay que destacar que la mayor parte de los documentos en estas escrituras no se han hallado hasta estos últimos años, y no han desempeñado papel alguno en el desciframiento de la Lineal B. No están descifrados todavía y es probable que sigan sin descifrar, hasta que se encuentren más textos.

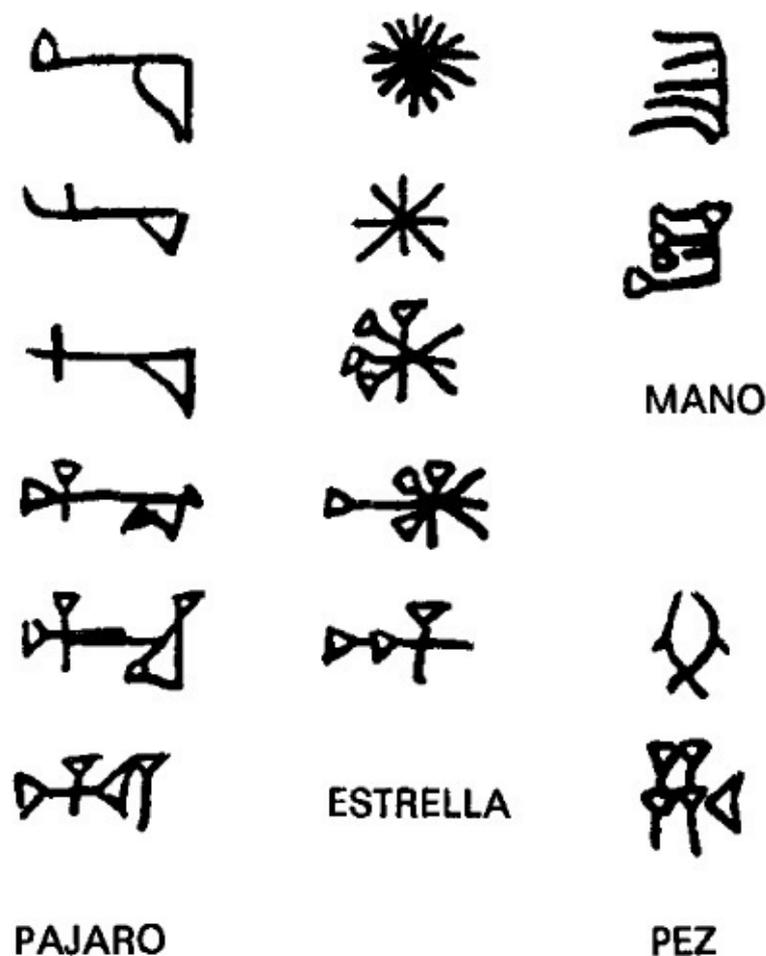


Fig. 5.—Evolución de la escritura cuneiforme.

Aun así, esta digresión no es del todo impropio, porque existe otra escritura chipriota que tuvo gran importancia para el desciframiento de Lineal B. Se trata de la escritura chipriota clásica que fue utilizada para escribir en griego, desde el siglo VI por lo menos (a. de C.) al siglo III o II (a. de C.). Fue descifrada en 1870, debiéndose los primeros pasos para ello a un inglés, George Smith; la clave está en las inscripciones bilingües, en chipriota y fenicio y en escritura y alfabeto griego. Hay un cierto número de inscripciones en este último que no están escritas en griego, sino en una lengua desconocida. El sistema revelado aparece en la figura 6. Cada signo representa no una sola letra, sino una sílaba: o bien una vocal simple (*a, e, i, o, u*) o bien una consonante y una vocal. Las consonantes usadas son *j* (igual a la *y* inglesa), *k, l, m, n, p, r, s, t, w, x* y *z*, pero no se han encontrado todas las combinaciones de estas vocales y consonantes. Tal sistema tiene muchas dificultades para el griego. Las oclusivas *k, p, t*, han de cubrir cada una de ellas tres sonidos representados por letras distintas en el alfabeto griego: *k* representa *k, g* y *kh*; *p* = *p, b* y *ph*, *t* = *t, d* y *th*. (Quizá resulte sorprendente para quienes conozcan un poco el griego que *kh, ph* y *th* se pronunciasen en griego antiguo, no como *loch, phial* y *think*, sino como *blockhead, Clapham* y *at home*; a esto se debe la transcripción hecha por los romanos de la *ph* griega, primero como *p* y más tarde como *ph*, pero nunca como *f*). En segundo lugar,

no existen medios para representar grupos de consonantes finales. Esto ha de hacerse añadiendo vocales «muertas» o mudas, tomando su timbre de la vocal precedente o la siguiente, aunque siempre se usa *e* al final de una palabra; la *n* delante de otra consonante simplemente se omite, o la siguiente, aunque siempre se usa *e* al final de una palabra; la *n* delante de otra consonante simplemente se omite. Como consecuencia de esto, la palabra griega *ánthropos*, «hombre», se escribe *a-to-po-ro-se*; no hay modo de representar las vocales largas *ê* y *ô*, que poseen signos especiales en el alfabeto griego (η , ω).

<i>a</i>	✱	<i>e</i>	✱	<i>i</i>	✱	<i>o</i>	∇	<i>u</i>	∇
<i>ka</i>	∩	<i>ke</i>	✱	<i>ki</i>	∩	<i>ko</i>	∩	<i>ku</i>	✱
<i>ta</i>	†	<i>te</i>	∇	<i>ti</i>	↑	<i>to</i>	F	<i>tu</i>	∩
<i>pa</i>	✱	<i>pe</i>	∩	<i>pi</i>	∇	<i>po</i>	∩	<i>pu</i>	∇
<i>la</i>	∇	<i>le</i>	8	<i>li</i>	∩	<i>lo</i>	†	<i>lu</i>	∩
<i>ra</i>	∇	<i>re</i>	∩	<i>ri</i>	∇	<i>ro</i>	∩	<i>ru</i>	∩
<i>ma</i>	∩	<i>me</i>	∩	<i>mi</i>	∩	<i>mo</i>	∩	<i>mu</i>	∩
<i>na</i>	∩	<i>ne</i>	∩	<i>ni</i>	∩	<i>no</i>	∩	<i>nu</i>	∩
<i>ja</i>	∩					<i>jo</i>	∩		
<i>wa</i>	∩	<i>we</i>	∩	<i>wi</i>	∩	<i>wo</i>	∩		
<i>sa</i>	∩	<i>se</i>	∩	<i>si</i>	∩	<i>so</i>	∩	<i>su</i>	∩
<i>za</i>	∩					<i>zo</i>	∩		
		<i>xe</i>	∩						

Fig. 6.—Silabario chipriota.

El chipriota clásico estaba claramente relacionado con la Lineal B. Siete de sus signos podían identificarse con facilidad y otros mostraban diversos grados de semejanza, pero en cambio las tres cuartas partes, aproximadamente, de los signos, sólo podían identificarse por meras conjeturas, y ahora sabemos que la mayoría de estas conjeturas eran erróneas. Por ejemplo, en el cuadro trazado por Myres en *Scripta Minoa II*, de un total de 32 signos de Lineal B solamente hay 11 seguros o casi seguros. No obstante, casi todos los que se enfrentaron con la Lineal B

empezaron aplicando valores chipriotas a los signos de Lineal B, sin tener en cuenta que el estudio más elemental de la historia de la escritura muestra que el mismo signo, incluso en sistemas relacionados, puede encerrar diferentes sonidos.

La pista que proporcionaba la escritura chipriota era confusa también en otro sentido. Se dio por supuesto sin la discusión debida que las convenciones ortográficas de Lineal B serían similares a las de la escritura chipriota; esto llevó a una importante deducción. La consonante final más frecuente en griego es la *s*. Asimismo en chipriota hay una gran proporción de palabras que terminan en *-se*, siendo *e* una vocal muda. *Se* es uno de los pocos signos inmediatamente identificables en la Lineal B (véase fig 7); pero raras veces se le encuentra como final de palabra ni hay ningún otro signo que presente esta posición característica. Podría aducirse así que la lengua de la Lineal B difícilmente podía ser el griego.

LINEAL B	CHIPRIOTA	VALOR EN CHIPRIOTA
𐀀	𐀀	<i>ta</i>
𐀁	𐀁	<i>lo</i>
𐀂	𐀂	<i>to</i>
𐀃	𐀃	<i>se</i>
𐀄	𐀄	<i>pa</i>
𐀅	𐀅	<i>na</i>
𐀆	𐀆	<i>ti</i>

Fig. 7.—Comparación de signos entre la Lineal B y el chipriota clásico.

Aquí residía la prueba para apoyar la conclusión sacada por Evans de las investigaciones arqueológicas: la cultura de la Creta minoica era totalmente diferente de la cultura de la Grecia micénica, ya fuese griega esta última, por su lengua, o no lo fuese. La influencia de Evans y sus seguidores era inmensa. Solamente algunos

arqueólogos se atrevieron a poner en cuestión la doctrina ortodoxa y el más animoso, el difunto A. J. B. Wace, que sería después profesor de Arqueología clásica en la Universidad de Cambridge, pagó caras sus opiniones heréticas: no fue admitido a las excavaciones en Grecia durante un período de tiempo considerable. Las voces que discrepaban clamaban en el desierto, y a pesar de que comenzaba ya a admitirse la influencia continental en la Creta del minoico tardío, la demostración que hizo Ventris de que los gobernantes de Cnosos hablaban griego, vino a ser como una sacudida eléctrica para todos los que habían estudiado el problema.

CAPÍTULO 3

ESPERANZAS Y FRACASOS

El éxito de un desciframiento depende de la existencia y la disponibilidad de material adecuado. La cantidad necesaria dependerá a su vez de la naturaleza del problema a resolver, del carácter del material, y así sucesivamente. Así, pues, una breve inscripción «bilingüe» que da el mismo texto en dos lenguas, puede utilizarse como un tamiz proporcionando datos suficientes para facilitar la interpretación del resto del material. Allí donde, como en nuestro caso, no existen inscripciones bilingües, se requiere una cantidad de textos mucho mayor. El tipo de texto de que se dispone puede imponer, además, ciertas restricciones: por ejemplo, los millares de inscripciones funerarias etruscas conocidas sólo nos han permitido lograr un conocimiento limitado de la lengua, puesto que en ellas se repiten una y otra vez las mismas frases.

Dos son los métodos que pueden seguirse. Uno consiste en el análisis metódico, procedimiento que constituirá el tema del capítulo siguiente; el otro procede por conjeturas más o menos justificadas. La intuición inteligente debe, por supuesto, desempeñar un papel en el primer caso; pero existen grandes diferencias entre un desciframiento basado en un cuidadoso análisis interno y otro obtenido mediante el ensayo y el error. De este último puede obtenerse el resultado correcto, pero será necesario confirmarlo por aplicación al material virgen, ya que por su origen no tiene fuerza probatoria alguna. Es preciso asimismo un criterio seguro para discriminar entre lo que es probable o improbable que un texto contenga. De esta facultad carecían visiblemente quienes comprometieron su reputación con el método conjetural.

Evans y los más cautos de sus seguidores habían observado que todos los documentos, con pocas excepciones aparentes, eran listas o cuentas. Las razones de esto serán discutidas más adelante. Pero ello no impidió a algunos aficionados aventurarse a hacer interpretaciones por su cuenta. En la mayoría de los casos estos supuestos descifradores comenzaron por hacer conjeturas sobre la lengua de las inscripciones, muchos de ellos trataron A y B e incluso el disco de Festos como muestras de la misma lengua. Unos eligieron el griego, aunque el griego por ellos obtenido no resistía un examen lingüístico. Otros escogieron una lengua con afinidades oscuras o alguna otra imperfectamente conocida: el vascuence y el etrusco fueron los candidatos propuestos. Otros inventaron nuevas lenguas a tal propósito,

procedimiento que tenía la ventaja de que nadie podía probar que estaban equivocados. Uno de los ensayos, debido al profesor búlgaro V. Georgiev representaba un curioso *mélange* de elementos lingüísticos, que se asemejaba al griego cuando ello servía sus propósitos, y a cualquier otra lengua en caso contrario. Casi todos los descifradores hicieron de las semejanzas con la escritura chipriota su punto de partida.

Sería tedioso e innecesario discutir aquí todos los ensayos publicados hasta 1950; bastarán unos cuantos ejemplos de muchos de los trabajos sobre este problema.

El erudito checo profesor Bedrich Hrozný se creó una merecida reputación con su demostración, en la época de la primera guerra mundial, de que la lengua hitita escrita en grafía cuneiforme era de origen indoeuropeo, abriendo así el camino para su estudio. Sus trabajos posteriores, desgraciadamente, no fueron todos tan acertados, y en sus últimos años acometió la interpretación de todas las escrituras no descifradas que conocía. La escritura del valle del Indo —una escritura prehistórica del norte de la India— fue «aclarada» rápidamente. Después se dirigió a la minoica, y en 1949 publicó una prolija monografía^[1]. Recogió todas las inscripciones publicadas hasta la fecha, incluyendo algunas de Pilos, y sin discusión metódica alguna, procedió a interpretarlas. Su método, por lo que puede observarse, consistía en comparar los signos minoicos con los de otras escrituras, no solamente la chipriota clásica, sino la egipcia, la jeroglífica hitita, la protoindia (escritura del valle del Indo), la cuneiforme, la fenicia y otros alfabetos primitivos. Por supuesto, no es difícil en modo alguno encontrar en una de estas escrituras algún rasgo que se asemeje vagamente a alguno de la Lineal B —y algunas de las semejanzas son muy remotas—. Otro supuesto esencial para el éxito de su método era que la lengua resultaría ser una especie de lengua indoeuropea análoga a la hitita. Sin tal supuesto, la mera sustitución de valores fonéticos hubiese sido inútil.

La versión dada por Hrozný de un texto de Pilos es la siguiente:

Lugar de Administración Hatahuá: el palacio ha consumido todo (?).

Lugar de Administración Sahur(i)(t)a (es) un campo (?) malo (?): este (entrega como) tributo 22 (?) (medidas), 6 medidas T de cápsulas de azafrán (pág. 304).

Actualmente este texto se traduce como sigue:

Así la sacerdotisa y las que guardan las llaves y los Seguidores y Westreus (tienen) arriendos: tanto trigo 21-6 unidades.

La arbitrariedad del trabajo de Hrozný es tan patente que nadie lo ha tomado en serio. Es una triste historia que sucede con frecuencia en el mundo de la ciencia: una

figura respetada publica en sus últimos años una obra indigna de su madurez, y sus amigos y discípulos no tienen el valor de decírselo así.

En 1931, Oxford University Press publicó un pequeño volumen titulado *Through Basque to Minoan*. Su autor era F. G. Gordon y se proponía leer la escritura minoica «asignando a sus caracteres valores vascuences, con la esperanza de que ambas lenguas estuviesen estrechamente relacionadas». La elección del vascuence fue dictada por el razonamiento de que la lengua minoica probablemente no era indoeuropea, y el vascuence es la única lengua no indoeuropea superviviente en Europa que no ha sido introducida en época ya histórica.

Su método es popular entre los diletantes. Primeramente se identifica cada signo con un objeto, por vaga que sea la semejanza; después se da a este objeto su nombre en la lengua supuesta y ya está descifrado el signo. Gordon se contentó con detenerse en este punto, considerando que cada signo representaba una palabra. Otros fueron más lejos, usando del principio «acrofónico»: el signo puede representar sólo la primera parte o la primera letra de la palabra.

Sobre esta base Gordon tradujo unos cuantos inventarios de Cnosos como poemas elegiacos, leyendo los signos de izquierda a derecha o de derecha a izquierda, según le convenía, e incluso volviendo del revés una plancha, de tal manera que un pictograma de un carro podía interpretarse como «un vaso de forma ovoidal que descansa sobre su costado, apoyado en dos pies y derramando líquido» (pág. 42). Pero cuando se encaró con el disco de Festos, se superó a sí mismo. He aquí unas líneas de su traducción:

... el señor que vuela sobre el sendero jadeante, el que hiere a las estrellas, el golfo de aguas espumosas, el que hiere a la lija sobre la flor de enredadera; el señor, el que golpea la piel del caballo (o la superficie de la roca), el perro que trepa por el sendero, el perro vaciando con las patas los picheles de agua, subiendo por el sendero redondo, resecaando los pellejos de vino... (pp. 55-6).

El mismo año 1931 presencié otra aventura semejante. En un libro modestamente titulado *A Clue to the Cretan Scripts* (Bell, Londres, 1931), Miss F. Melian Stawell, utilizando el principio acrofónico antes mencionado, estudió una gran cantidad de inscripciones jeroglíficas, el disco de Festos y algunas inscripciones en Lineal A. No hizo muchos esfuerzos por interpretar las tablillas de Lineal B, excepto algunas fórmulas; reconoció que eran inventarios y se detuvo prudentemente en las inscripciones cuyo sentido no estaba claro. Partió del supuesto de que Evans estaba equivocado, y que la lengua minoica era realmente la griega. Dio nombres griegos a los objetos, utilizando extrañas palabras, a veces inventadas, y extrajo un valor silábico abreviándolas. Cada grupo de signos en el disco de Festos (que es evidentemente una palabra) se alarga desarrollándose para formar una frase, así *an-sa-ko-te-re* se despliega en lo que Miss Stawell creía que era griego:

Ana, Saô; kaô, thea, Rê

¡Levántate, Salvador! ¡Escucha, Diosa, Rhea!

Admitía que el griego no era suficientemente arcaico. Es evidente que no sabía con exactitud lo que era el griego arcaico. Todas sus interpretaciones eran igualmente arbitrarias.

El erudito griego K. D. Ktistópulos hizo otra tentativa sobre el disco de Festos. De una manera imparcial hay que reconocer que había hecho algunos trabajos estadísticos de gran utilidad sobre la frecuencia de los signos en las escrituras Lineal A y B. Pero he aquí una parte de su traducción del disco, que él interpreta como una lengua semítica:

suprema–deidad, de los poderosos tronos estrella
suprema–benevolencia de las consoladoras palabras
supremo–dador de profecías
suprema—de los huevos la blanca...^[2].

No es necesario que el autor se excuse por su falta de conocimientos profundos en filología semítica para hacernos sospechar que aquí hay algún error.

Uno de los esfuerzos más prometedores, al menos superficialmente, para leer un texto minoico como griego, fue el realizado en 1930 por el arqueólogo sueco profesor Axel Persson. Cuatro años antes, una expedición dirigida por él había hallado en una tumba micénica, en Asine, cerca de Nauplia, al noroeste del Peloponeso, un jarro con una especie de inscripción en el borde. Comparó estos signos con los del silabario chipriota clásico y sobre esta base transcribió algunas palabras. Estas palabras, con una sola excepción, se parecían muy poco al griego, pero *po-se-i-ta-wo-no-se* era una forma aceptable, tomando las reglas de ortografía chipriotas para el griego *Poseidawonos*, genitivo del nombre del dios Poseidón. Desgraciadamente, los expertos en escritura minoica han sido incapaces de compartir la confianza de Persson en sus propias identificaciones. Los signos que aparecen en el jarro son totalmente distintos de los signos de la Lineal B o de cualquier otra escritura conocida de la Edad del Bronce, y se requiere una gran dosis de imaginación para captar la afinidad con el silabario chipriota. En efecto, Ventris, después de un minucioso examen del original, llegó a la conclusión de que tales trazos no son signos de escritura; sino quizá una especie de señales o el intento de reproducir rasgos de escritura, hecho por una persona sin instrucción. La irregularidad y las interrupciones entre los signos son patentes, y en un extremo se agregan una serie de curvas que dan la impresión de ser formas decorativas. Es interesante observar que el nombre leído por Persson no era correcto según sabemos ahora, para el dialecto micénico, en el cual aparece como *po-se-da-o-no*.

De un carácter muy diferente eran los trabajos del búlgaro V. Georgiev, que recapituló una serie de publicaciones anteriores en un libro titulado (en ruso) *Problemas de lengua minoica*, publicado en Sofía en 1953. Trataba con cierto desdén a sus críticos, pero reconocía que su teoría tardaría mucho tiempo en perfeccionarse y no podía convencer a nadie de una manera inmediata. La lengua minoica era, en su opinión, un dialecto de una lengua prehelénica muy difundida que se hablaba en Grecia antes del advenimiento de los griegos, y posiblemente relacionada con la hitia y otras lenguas de Anatolia. Esta teoría que, en una u otra forma, ha gozado de una considerable popularidad, contiene indudablemente un elemento de verdad, aunque hoy no podemos decir todavía en qué medida. Una cosa es cierta: la mayor parte de los nombres geográficos griegos no están compuestos de palabras griegas; hay unos pocos que constituyen excepción, como *Thermópylai* «Puertas calientes», pero un gran número de ellos, como *Athênai* (Atenas), *Mykênai* (Micenas), *Kórinthos*, *Zákynthos*, *Hálikarnassós*, *Lykabêttós*, no solamente están desprovistos de significado, sino que pertenecen a grupos con un repertorio de terminaciones restringido; así como los nombres ingleses se reconocen por ciertas terminaciones, como *-bridge*, *-ton*, *-ford*. La perduración de los nombres geográficos que pertenecen a una lengua más antigua es un fenómeno común; en Inglaterra se da la supervivencia de muchos nombres celtas, como por ejemplo, los distintos ríos que toman el nombre de Avon (en galés, *afon*, «río»), aun cuando no se ha hablado celta en sus alrededores hace más de mil años. Por ello se ha intentado determinar la lengua pre-helénica de Grecia a través de estos nombres; pero si bien el hecho de su existencia es indiscutible, no lo es el de su caracterización.

Georgiev creía que la lengua de las tablillas de arcilla era en gran medida griego arcaico, que contenía numerosos elementos prehelénicos. Ello le dio libertad para interpretar como griega cualquier palabra que le conviniese, y explicar por otro camino aquellas otras que no tuviesen sentido como griegas. Debo hacer notar que muchas veces este griego resultaba imposible de reconocer incluso para expertos filólogos, sin la ayuda del comentario de Georgiev. Por ejemplo, una frase de una tablilla de Cnosos [Fp7] según Georgiev se transcribía: *θétáaranà make*, y se traducía: «A la gran águila abuela», aunque la afinidad de las palabras griegas hay que buscarla muy lejos. Como término de comparación damos la presente versión de esta frase: *ka-ra-e-ri-jo me-no*, que significa «en el mes de Karaerios». No hay un solo signo que tenga el mismo valor. Debo añadir que Georgiev, después de un período de vacilaciones, ha aceptado ya sin reservas la teoría de Ventris.

En 1950 aproximadamente, el sabio alemán profesor Ernst Sittig ensayó un nuevo método. Tomó como base las inscripciones chipriotas no escritas en griego y analizó la frecuencia de aparición de los signos; después, suponiendo la afinidad de esta lengua chipriota con la minoica, identificó los signos de la Lineal B, basándose en una combinación de su frecuencia estadística y su semejanza con el silabario chipriota. La idea era buena, pero por desgracia el supuesto de la relación entre

ambas lenguas, que le servía de base, era errónea; y para establecer con exactitud la frecuencia de un signo dado se hubiese requerido una mayor abundancia de material. De los catorce signos que Sittig consideraba identificados por este procedimiento sabemos ahora que solamente tres lo estaban correctamente. Tal método puede ser una valiosa ayuda en circunstancias determinadas, pero en todo caso ha de saberse con certeza la identidad de la lengua y las reglas de ortografía.

No obstante hay que señalar algunas excepciones a esta lista de fracasos, principalmente las que se refieren a todos aquellos que se limitaron a hacer observaciones en la medida de lo posible, sin pretender dar una solución total del problema. El propio Evans, en este sentido, marcó la pauta. Creyendo como creía que la lengua minoica no era griego ni probablemente semejante a ninguna lengua conocida hasta ahora, no se dejó llevar por hipótesis irreflexivas. Se hallaba suficientemente familiarizado con otras escrituras antiguas para no caer en una trampa, si bien en cierto sentido esto mismo le hizo desviarse.

Característica destacada de la escritura cuneiforme y aun de otras escrituras es el uso de lo que se denomina «determinantes». Estos determinantes son signos que no representan un sonido concreto, pero que sirven para clasificar la palabra a la que se añaden; así, por ejemplo, todo nombre de ciudad comienza con el signo determinante que significa CIUDAD; todo nombre de hombre con el que significa HOMBRE; del mismo modo, todos los objetos de madera tienen un signo especial y así sucesivamente. En una escritura complicada, ello supone una pista muy importante para hallar el significado de una palabra; clasificándola se reducen las interpretaciones posibles y es mucho más fácil su identificación. Una forma muy simple de determinante que ha perdurado en muchas de nuestras lenguas es el uso de letras mayúsculas para indicar un nombre propio.

Evans creyó haber descubierto en la Lineal B este sistema de determinantes. Observó que un gran número de palabras comenzaban por , signo que parece una silla de alto respaldo con un gancho, lo que su brillante imaginación interpretó como un trono y un cetro. Había muchas más palabras que empezaban por , que en una forma estilizada podía derivarse fácilmente del signo de doble hacha de la escritura jeroglífica. Este motivo es frecuente en escenas de culto, y tenía cierta significación religiosa. El paso inmediato fue deducir que estos dos signos, además de su valor fonético, cuando se utilizaban al principio de una palabra, eran determinantes que denotaban una significación de «real» y «religioso»; el primero determinaba palabras relacionadas con la administración del palacio; el segundo, referidas a las prácticas religiosas que tenían gran importancia entre los minoicos. Aun cuando esta teoría tuvo pocos partidarios entre los expertos —Hrozný fue uno de ellos— la prestigiosa personalidad de Evans le confirió cierta autoridad; en realidad era absolutamente errónea. Dependía de simples conjeturas y un análisis profundo del uso de los signos hubiese puesto de manifiesto una teoría con muchas más probabilidades de verdad. La verdadera explicación aparecerá en el capítulo siguiente.

Más acertado estuvo Evans en su intento de utilizar la pista que proporcionaba el chipriota. Una tablilla importante reproducida en la lámina II, mostraba en dos líneas unas cabezas al parecer de caballos, seguidas de números. El trozo de la izquierda no fue registrado por Evans; yo mismo lo identifiqué en el Museo de Iraklion en 1955 y lo uní a la tablilla^[3]. En ambas líneas había una cabeza que era bastante más pequeña y no tenía crines, e iba precedida por la misma palabra de los dos signos. Estos últimos eran signos sencillos que podían equipararse sin temor a equivocaciones con otros signos chipriotas semejantes y se leían *po-lo*. Ahora bien, el término griego que designa un «potro» es *pôlos*; está en relación con ella la palabra inglesa *foal*, puesto que por una modificación conocida por los lingüistas como Ley de Grimm, la *p*- del griego suele representarse por *f*- en ciertas lenguas germánicas, incluida la inglesa. La coincidencia era digna de tenerse en cuenta, pero Evans estaba tan convencido de que la Lineal B no podía contener griego que rechazó esta interpretación, aunque con evidente disgusto. Hemos de reconocer su mérito por haber interpretado esta palabra; es lamentable que no quisiera seguir tras de una pista que él mismo había encontrado.

Otro de los trabajos divulgados sobre el tema fue un artículo de A. E. Cowley, publicado en 1927. Siguiendo una idea de Evans, estudió una serie de planchas que según indicaba un pictograma patente, hablaban de mujeres. A la indicación inicial de MUJERES seguían otras figuras precedidas por dos palabras $\text{P} \text{M}$ y $\text{P} \text{N}$; no era difícil conjeturar que estas últimas significaban «niños», es decir, «niños» y «niñas», aunque entonces no se disponía de medio alguno para determinar cuál de estas palabras correspondía a cada uno de los dos signos de la inscripción; ambos, Evans y Cowley, estaban equivocados.

En 1940, por primera vez en la literatura sobre el tema, un nuevo nombre: Michael Ventris, que contaba entonces dieciocho años. En el *American Journal of Archaeology* se publicó un artículo suyo, titulado «Introducing the Minoan Language». Al escribir al editor tuvo buen cuidado de ocultar su edad, pero aunque años más tarde él descartó el artículo por considerarlo «pueril», no por eso carecía de valor. La idea fundamental era encontrar una lengua que pudiese estar emparentada con la minoica. El candidato que proponía Ventris era el etrusco; una conjetura que no era injustificada, pues los etruscos, según una antigua tradición, llegaron a Italia procedentes del mar Egeo. Ventris trataba de ver si el etrusco encajaba en la Lineal B. Los resultados, como él mismo admitía, eran negativos; pero esta idea permaneció en él como una especie de obsesión que le dominó hasta que en 1952 acabó por prevalecer la solución griega. En aquella fecha la teoría de Evans sobre la escritura minoica estaba tan firmemente fundada que el griego parecía estar fuera de cuestión. «La teoría de que el minoico pudiera ser griego», escribía Ventris, «se basa en una deliberada inatención a la verosimilitud histórica». Nadie se hubiera atrevido a discrepar.

La contribución más valiosa llegó un poco más tarde (1943-50) por parte de la doctora americana Alice E. Kober. Miss Kober murió en 1950 a la edad de cuarenta y

tres años, antes de que pudiese conocer y tomar parte en el desciframiento por el que tanto había trabajado. Ella fue la primera que se propuso metódicamente descubrir la naturaleza de la lengua a través de la barrera de la escritura. Las cuestiones que se planteó eran muy sencillas. ¿Se trataba de una lengua declinable que utilizase desinencias diferentes para expresar formas gramaticales? ¿Había un medio para indicar el plural? ¿Se hacía distinción de géneros?

TIPO A		TIPO B			C	D	E
⌘⌘⌘⌘	⌘⌘⌘⌘	⌘⌘⌘⌘	⌘⌘⌘⌘	⌘⌘⌘⌘	⌘⌘⌘⌘	⌘⌘⌘⌘	⌘⌘⌘⌘
⌘⌘⌘⌘	⌘⌘⌘⌘	⌘⌘⌘⌘	⌘⌘⌘⌘	⌘⌘⌘⌘	⌘⌘⌘⌘	⌘⌘⌘⌘	⌘⌘⌘⌘
⌘⌘⌘	⌘⌘⌘	⌘⌘⌘	⌘⌘⌘	⌘⌘⌘	⌘⌘⌘	⌘⌘	⌘⌘

Fig. 8.—Las «tríadas de Kober».

Sus soluciones eran parciales, pero no obstante suponían un verdadero avance. Pudo demostrar, por ejemplo, que la fórmula para expresar el «total» que evidenciaban con claridad las sumas en un cierto número de tablillas, tenía dos formas: una usada para HOMBRES y para una clase de animales; la otra para MUJERES, otra clase de animales y también para espadas y objetos semejantes. Esto no sólo era la prueba de que existía una diferenciación de géneros; conducía además a la identificación de los medios utilizados para representar el sexo de los animales (esto es, la adición de marcas a los ideogramas correspondientes). Más notable aún fue su demostración de que ciertas palabras tenían dos formas diversas más largas que la forma simple de un solo signo. Ahora se conocen común e irrespetuosamente con el nombre de «tríadas de Kober». Ella las interpretó como una prueba más de la flexión de la lengua, pero estaban destinadas a cumplir una función aún más importante en el desciframiento final. No creo que pueda existir ninguna duda de que si Miss Kober hubiese vivido, habría tomado parte destacada en los acontecimientos de los últimos años. De todos los investigadores anteriores, ella era la única que iba siguiendo el camino que condujo a Ventris a la solución del problema.

Ahora hemos de volver nuevamente a la historia de los descubrimientos. Hasta 1939 las tablillas del sistema Lineal B conocidas, procedían de un solo sitio, Cnosos, en Creta. Pero en la Grecia continental se había hallado un pequeño número de vasos que presentaban inscripciones pintadas en ellos antes de exponerlos al fuego. Estas inscripciones tenían diversas formas, pero su apariencia general era la misma que la del sistema Lineal B. El hecho de que apareciese allí una inscripción cretense no tenía nada de sorprendente, ya que, según la teoría de Evans sobre el imperio minoico, podían hallarse importaciones de Creta en cualquier punto que hubiese estado bajo el control minoico. El emplazamiento de tales lugares puede

verse en el mapa de la página 21 (Fig. 1). Pero poco antes de comenzar la II Guerra Mundial, se produjo un repentino y dramático cambio de situación.

La creencia en la veracidad de la leyenda homérica fue lo que llevó a Schliemann a Micenas; la oscura ciudad de la Grecia clásica que envió 80 hombres a luchar contra los persas en las Termopilas, en el año 480 (a. de C.), había sido en un tiempo la capital de un gran Estado. ¿No podrían localizarse otras ciudades homéricas? Tal era la pregunta que se hacía el Profesor Carl Blegen, de la Universidad de Cincinnati, ya conocido como uno de los primeros expertos de prehistoria de Grecia, y cuyas cuidadosas excavaciones en el emplazamiento de Troya habían alcanzado justa fama. Esta vez se proponía encontrar el palacio de otro monarca homérico, Néstor, el viejo y locuaz guerrero cuyo nombre era sinónimo de longevidad.

Néstor reinó en Pilos; pero ¿dónde está Pilos? Ya en la época clásica corría un proverbio: «Hay un Pilos antes de un Pilos y hay otro además». El debate sobre el Pilos de Néstor comenzó con los comentaristas alejandrinos de Homero en el siglo III (a. de C.) y ha continuado con intermitencias desde entonces. El geógrafo Estrabón (siglo I a. de C.) ofrece una larga discusión sobre el problema; existían tres probables candidatos: uno en Elide (al noroeste del Peloponeso), otro en Trifilia (centro de la costa occidental) y otro en Mesenia (sudeste). Por diversas razones, Estrabón prefirió el de Trifilia, y un famoso arqueólogo alemán llamado Dörpfeld trató de confirmarlo cuando halló, en los primeros años del siglo, en un lugar llamado Kakóvatos, unas tumbas micénicas. Aunque las tumbas implican generalmente un lugar de residencia en sus alrededores, no se encontró ningún palacio.

Blegen resolvió no prestar atención a Estrabón y explorar la zona de Mesenia. En ella está situada la moderna ciudad de Pilos, al sur de la bahía de Navarino, escenario de la famosa batalla naval de 1827, en la que las fuerzas británicas, francesas y rusas destruyeron las flotas turca y egipcia, asestándolas así un golpe decisivo a favor de la independencia griega. La antigua ciudad de la época clásica se hallaba situada al extremo norte de la bahía, centro de una famosa operación de los atenienses en la guerra del Peloponeso (425 a. de C.). Pero Estrabón indica que éste no fue su emplazamiento original, ya que los habitantes se habían trasladado allí desde una ciudad anterior, «bajo el monte Aigaleón». Desgraciadamente no sabemos con precisión cuál era esta montaña ni qué distancia representa la preposición «bajo». Blegen encontró un emplazamiento probable, unas cuatro millas al norte de la bahía, en un lugar que ahora se llama Epáno Englianós, y junto con el Dr. Kuruniotis organizó una expedición mixta, de americanos y griegos, para hacer excavaciones, en 1939. Blegen comenzó a trabajar, con ayuda de un estudiante, y tuvo una suerte asombrosa, pues sus primeros golpes de piqueta atravesaron lo que ahora se conoce con el nombre de Cámara del Archivo. Antes de las veinticuatro horas aparecieron tablillas, y la primera exploración dio como resultado unas 600 placas de arcilla, análogas a las de Cnosos y escritas en la misma escritura Lineal B. Una vez más la guerra impidió que se reanudaran las excavaciones hasta 1952, año en que ya se

hallaron otras tablillas. Las excavaciones subsiguientes han aumentado ligeramente el número de textos conocidos. La guerra impidió, como hemos dicho, el estudio y la publicación de los primeros hallazgos, pero sí fue posible fotografiar las tablillas antes de que fuesen almacenadas en los sótanos del Banco de Atenas, donde permanecieron intactas durante la ocupación. Después de la guerra, Biegen confió su publicación al profesor Emmett L. Bennett, hijo, que ha conquistado una reputación mundial de experto en la lectura de textos micénicos. Su edición, preparada a base de las fotografías de Biegen, apareció en 1951; en 1955 se hizo una nueva edición, corregida según los textos originales y conteniendo también los descubrimientos más recientes. Aún prosiguen (1961) los descubrimientos en este lugar.

Para completar la historia de la aparición de los textos, podemos anticiparnos un poco y hacer mención del descubrimiento hecho por el profesor Wace, en 1952, de las primeras tablillas de Micenas. Estas tablillas se hallaron, no en el palacio real, excavado por Schliemann y Tsundas a finales del pasado siglo, sino en edificios distintos o casas situadas fuera de las murallas de la acrópolis o castillo real. Un posterior descubrimiento en 1954 elevó el número de estas tablillas a cincuenta.

Ignoramos la reacción de Evans ante la noticia de las tablillas halladas en Pilos; Evans tenía entonces ochenta y ocho años, y murió antes de que pudiera discutirse el problema. Pero sus seguidores, que eran la gran mayoría de los arqueólogos de todos los países, estaban impacientes por encontrar la explicación de tales hallazgos. Se habló seriamente del «botín de Creta»; ¿pero era verosímil que un pirata o un invasor cargase con una voluminosa colección de frágiles documentos que no podía leer? Mucho más aceptable era la tesis de que los invasores micénicos se llevasen consigo a los escribas que habían llevado la contabilidad del palacio minoico y les pusieran a trabajar a su servicio al llegar a Micenas. Esto explicaría, en su caso, que un rey griego llevase su contabilidad en minoico, de igual modo que en la Edad Media un rey inglés podía llevarla en latín. Sin embargo, es dudoso que nadie tenga libros de cuentas a menos que necesite realmente hacerlo; una comunidad sin un sistema de escritura propio no importará tenedores de libros a no ser que las circunstancias de su vida económica cambien de tal modo que éstos sean necesarios. Se discurrió también otra explicación: que los habitantes de Micenas no eran griegos, sino que hablaban alguna otra lengua. La verdad: es decir, que las tablillas de Cnosos estaban también escritas en griego, era algo en lo que a nadie se le ocurría pensar.

Bennett, trabajando sobre el nuevo material, procedió con buen sentido y precaución. Hizo de ello el tema de una tesis doctoral que no se publicó. Su artículo sobre los diferentes sistemas de pesas y medidas en las escrituras Lineal A y B ha sido citado anteriormente. Pero su aportación más señalada es el establecimiento del cuadro de signos, el reconocimiento de variantes y su distinción de los signos diferentes. Sólo quienes se han enfrentado con esta tarea conocen sus dificultades. Es bastante sencillo para nosotros reconocer una misma letra de nuestro alfabeto escrita por media docena de personas diferentes, a pesar del uso de diversas formas, pero si

se ignora cuál es el repertorio posible de letras y el sonido de las palabras por ellas expresadas, es imposible asegurar si algunas de las que aparecen raras veces son letras distintas de las demás o meras variantes de algunas de ellas. Esta es aún la situación con respecto a la Lineal B. En la tabla que reproducimos al final del libro, los números 18 y 19 aparecen sólo unas cuantas veces; ¿son variantes del número 17 ó no lo son? A Bennett se debe que queden ya pocos de estos problemas por resolver; una comparación laboriosa le permitió establecer una lista de variantes en la que se veía el repertorio posible de variación de cada signo, salvo los más raros. Uno de los defectos de *Scripta Minoa II* reside precisamente en esto: signos diferentes están confundidos en ocasiones, y se trata como distintos a otros que no son sino variantes del mismo signo. En estos años, Ventris cambiaba impresiones con Bennett y sus ideas contribuyeron sin duda al satisfactorio resultado. Su correspondencia puso las bases de una amistad que creció durante las visitas de Bennett a Europa.

Con la publicación de *The Pylos Tablets* en 1951 estaba preparado todo para el desciframiento. El análisis metódico, comenzado por Miss Kober y Bennett, podía reemplazar ya a la especulación y a las conjeturas; pero ello exigía un criterio seguro para conocer cuáles eran los métodos idóneos, concentración para afanarse en un laborioso análisis, perseverancia para continuar a pesar de los lentos avances y finalmente la chispa del genio para alcanzar la verdadera solución cuando surgió por fin de la concienzuda manipulación de signos sin significado.

CAPÍTULO 4

EL NACIMIENTO DE UNA TEORÍA

Hasta aquí nos hemos limitado deliberadamente a exponer el caótico estado de nuestro conocimiento con respecto a la escritura Lineal B hasta fines de la segunda guerra mundial. Ya es tiempo de ofrecer un claro y detallado análisis de la escritura tal como aparecía ante los investigadores que comenzaron un nuevo estudio de la misma en este período. Hemos de hacer no obstante unas observaciones preliminares sobre la naturaleza del problema y los métodos aplicables.

Existe una clara semejanza entre una escritura ilegible y una clave secreta. Para descifrar una y otra pueden utilizarse métodos similares. Pero no pueden pasarse por alto sus diferencias. La clave está inventada precisamente para evitar que se penetre en su secreto; la escritura sólo es enigmática circunstancialmente. La lengua que oculta la clave es conocida generalmente; en el caso de la escritura existen tres posibilidades diferentes. Puede tratarse de una lengua total o parcialmente conocida, pero escrita en un sistema desconocido; tal era el caso de las inscripciones de la antigua Persia, descifrados por el sabio alemán Grotefend en 1802; los signos cuneiformes eran entonces absolutamente desconocidos, pero la lengua, como reveló la identificación de nombres propios, resultó ser inteligible en gran medida, con ayuda de los textos del Zend Avesta. Segunda posibilidad: la escritura es conocida, la lengua desconocida. Es el caso de la lengua etrusca, escrita en una forma modificada del alfabeto griego, que presenta pocas dificultades para el entendimiento de sus sonidos, pero no hay ninguna lengua emparentada con ella que pueda arrojar alguna luz sobre la significación de las palabras. Así, pues, a pesar de que poseemos una amplia colección de inscripciones etruscas, nuestro conocimiento de tal lengua es aún muy elemental e inseguro. Finalmente, la situación con que se enfrentaron los descifradores de la escritura minoica: una escritura desconocida y una lengua desconocida igualmente. El hecho de que *posteriormente* se comprobase que era conocida es ajeno a la cuestión; tal hecho no contaba en los primeros pasos del desciframiento.

En este último caso sólo era posible el desciframiento, según la opinión general, a partir de un texto bilingüe. Los jeroglíficos egipcios empezaron a revelar su secreto cuando el descubrimiento de la piedra de Rosetta, con el texto egipcio repetido en griego, hizo posible equiparar los nombres de reyes en las dos versiones. Ningún documento de esta clase existía para la lengua minoica; pero era inútil sentarse y

esperar a que apareciese alguno.

La criptografía ha proporcionado un nuevo instrumento al estudioso de escrituras desconocidas. Todo el mundo sabe ahora que cualquier lenguaje cifrado, en teoría, puede revelarse, siempre que se disponga de número suficiente de textos cifrados; el único método para adquirir una completa seguridad sobre su secreto es garantizar un cambio continuado en el sistema de cifra o bien hacerlo tan complicado que no pueda obtenerse la cantidad necesaria de material para descifrarlo. No es éste el lugar para detallar los procedimientos, pero el principio básico es el análisis y la elaboración de índices de textos cifrados, de tal manera que puedan descubrirse los módulos y regularidades que éstos encierran. Si llega a extraerse un determinado número de ejemplos, puede resultar que un cierto grupo de signos tiene una función peculiar en el texto cifrado, la función de una conjunción, por ejemplo. El conocimiento de las circunstancias en que se envió un mensaje puede llevar a otras identificaciones, y desde estos datos se pueden hacer mayores progresos, hasta conocer el significado de las palabras en cifra. La aplicación de este método a las lenguas desconocidas es obvia. Tales procedimientos permiten determinar el *significado* de grupos de signos sin conocer la pronunciación de los signos. Efectivamente, es posible imaginar un caso en que se comprendan textos de una lengua desconocida sin hallar el valor fonético de un solo signo.

El primer paso es, por supuesto, determinar el tipo de sistema empleado y esto, en el caso de la escritura Lineal B, no es tan difícil como parece a primera vista. Solamente hay tres modos básicos de poner por escrito una lengua, y todos los sistemas gráficos que se conocen emplean uno de estos modos o bien una combinación de algunos de ellos. El modo más simple es trazar un dibujo que represente una palabra; a veces estos pictogramas se han ido simplificando hasta resultar incomprensibles, pero subsiste el principio de que cada signo representa una palabra. Esta es la llamada escritura «ideográfica» y ha alcanzado su más alto grado de desarrollo entre los chinos, que aún la utilizan, si bien el gobierno comunista está tratando de introducir reformas. Por ejemplo, 人 es «hombre»; 女, «mujer»; los conceptos que no tienen una expresión gráfica han de representarse por medios indirectos: así 大 significa «grande» —es el dibujo de un pescador que cuenta cuán grande era el pez que se escapó; o bien 目, «ojo» (muy modificado) va provisto de un par de trazos 見 para significar «ver». El hecho más significativo de los sistemas ideográficos es que exigen un enorme número de signos para cubrir el vocabulario más sencillo. Un chino instruido ha de saber leer y escribir varios millares de signos diferentes, y los diccionarios amplios recogen unos 50.000. En nuestras lenguas se usan también ideogramas en una escala restringida. Los números son el ejemplo más visible: 5 no es un signo para la palabra «cinco», sino para el concepto de cinco; y pueden verse con frecuencia ideogramas para «hotel», «restaurante», etc., en las guías de viaje.

Ciertamente los ideogramas no proporcionan indicios directos sobre la

pronunciación de las palabras, y, en efecto, en los diferentes dialectos chinos se pronuncian diversamente los mismos caracteres. Es como si todos los europeos escribiésemos CANIS, pero leyésemos *cane, chien, perro, dog, Hund, sobaka, skillí,* etc.; del mismo modo que leemos 5, *cinque, cinq, cinco, five, fünf, piat', pende,* etcétera.

Los otros dos sistemas están constituidos por elementos que tomados en conjunto representan el sonido de una palabra. Así, pues, se necesita un cierto número de signos para escribir cualquier palabra por breve que sea. La diferencia entre ambos está en que las unidades de sonido representadas por los signos, sean sílabas (pronunciables) o simples letras (abstracciones en cierto sentido no pronunciables). Un sistema silábico compone las palabras como los libros de lectura para niños; por ejemplo, *in-di-vi-du-al* requeriría cinco signos. El número total de signos necesarios es evidentemente mucho menor que en el sistema ideográfico; pero puede ser elevado si la lengua, como la inglesa, utiliza muchos grupos de consonantes complicados. Una palabra como *strength*, desde el punto de vista silábico constituye una unidad. En cambio, un idioma como el japonés, que consta casi por entero de sílabas «abiertas», es decir, terminadas en vocal, puede escribirse fácilmente en el silabario nativo *kana*, que contiene cuarenta y ocho signos, auxiliados por dos marcas diacríticas. Así ヒロシマ *Hi-ro-shi-ma* o ナガサキ *Na-ga-sa-ki*. La ortografía japonesa actual no es tan sencilla como esto parece indicar, puesto que es una mezcla de escritura ideográfica y silábica. Pero existe un paralelo mucho más próximo, la escritura chipriota clásica, de la que hemos hablado en las págs. 35-37, que utiliza cincuenta y cuatro signos.

El sistema alfabético es una invención semítica, según se admite generalmente, aunque la escritura egipcia le marcó el camino y fueron los griegos quienes lo desarrollaron plenamente. Su rasgo característico es el escaso número de signos. En español se utilizan veinticinco letras (algunas de ellas superfluas, como la *h*, la *k* y la *v*), y los alfabetos más complicados raras veces exceden las treinta y dos del ruso moderno.

Con este bagaje de conocimientos podemos volver a nuestros textos de Lineal B. Consisten dichos textos en grupos de signos separados por pequeños trazos verticales: la longitud de los grupos oscila entre dos y ocho signos. Acompañando en muchos casos a estos signos hay otros que van solos, seguidos de un número; muchos de ellos son pictogramas fáciles de reconocer. Es asimismo fácil conjeturar que los signos que van solos son probablemente ideográficos, es decir, representan una palabra completa; los que van en grupo pueden ser silábicos o alfabéticos. Un cómputo de estos signos da un resultado aproximado de ochenta y nueve —el total exacto se discute todavía, porque algunos aparecen muy raramente y no se sabe aún con seguridad si ciertas formas son signos con valor propio o variantes de otros. Pero su número es significativo; es demasiado pequeño para un sistema enteramente ideográfico, y demasiado grande para un sistema alfabético. Debe tratarse, pues, de

un sistema silábico y con un silabario de tipo más bien sencillo, como el chipriota clásico o el japonés, no a la manera de los complicados sistemas de escritura cuneiforme. Esta elemental deducción fue desdeñada por muchos de los supuestos descifradore.

El primer paso hacia la solución fue la aclaración de los sistemas numérico y métrico. Los números estaban alineados y fueron tabulados por Evans. Son un sistema decimal, pero el valor de un signo no depende de su posición; no existe notación para el cero y las cifras inferiores a 9 están representadas repitiendo el signo el número de veces correspondiente, como algunos números romanos. Los rasgos verticales indican unidades; los horizontales, decenas; los círculos, centenas; los círculos con radios, millares y los círculos con radios y una barra en el centro decenas de millar. Así, 12.345 se escribe:



Fue Bennett quien logró descubrir la base del sistema métrico, en 1950. Demostró que los signos 𐎠 𐎡 𐎢 𐎣 etcétera, constituían un sistema de pesos, mientras que otras mercancías se registraban en la serie T 𐎠 𐎡 o en la 𐎢 , 𐎣 , 𐎤 . Como Bennett dedujo correctamente, la primera serie se usaba para medir áridos, y la segunda para líquidos. El empleo de signos para las fracciones inferiores es paralelo al uso, en Inglaterra, del cuarto y el octavo de galón (*quart, pint*) para medir áridos y líquidos, siendo distintos los términos inmediatos superiores de cada serie de medida (*bushel* y *gallon*).

Los signos que aparecen en las tablillas pueden, pues, dividirse en dos clases: ideogramas (junto con los signos métricos y numéricos) y signos silábicos. La figura 9 ilustra esta clasificación. Hay una complicación y es que ciertos signos silábicos son utilizados también como ideogramas. Pero muchos de los signos ideográficos se utilizan sólo como tales seguidos de números, y estudiándolos, Bennett pudo establecer una clasificación de las tablillas de Pilos, agrupando las que trataban temas semejantes. Visto a la luz del desciframiento este sistema era notablemente exacto, y las letras iniciales (*Aa, Cn, Sc, etcétera*), ideadas por Bennett, se utilizan todavía al citar el número de un texto.

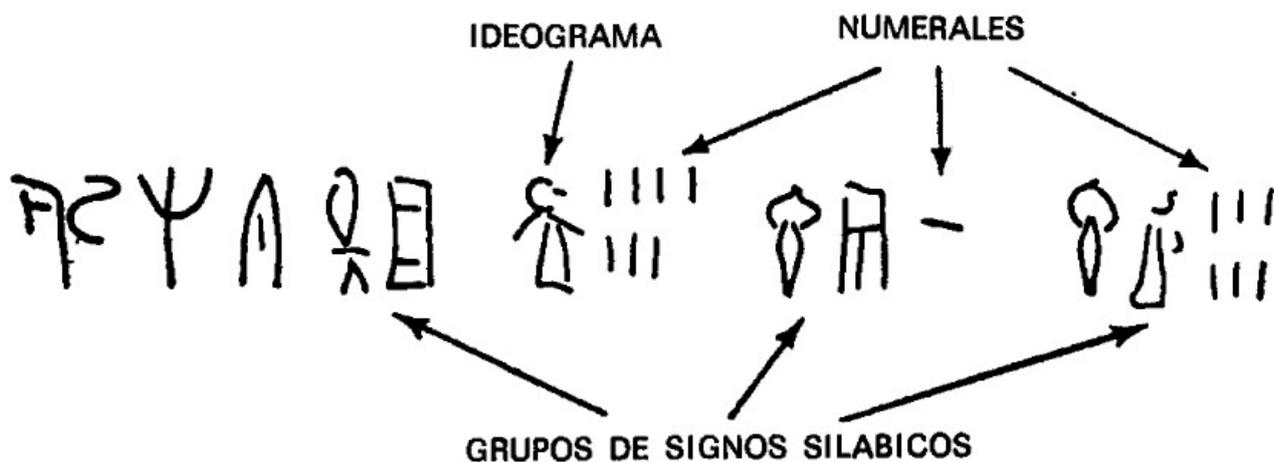


Fig. 9.—Estructura del texto de la tablilla de Pílos Aa62.

Como puede verse en la figura 10, el significado de algunos de estos ideogramas era muy claro. Pero quedaba un gran número de signos demasiado estilizados para permitir conjeturas acerca de ellos, si bien ahora, descifrado su significado por referencia al contexto, podemos ver en algunos casos su derivación. Así y todo fue posible clasificar, con ayuda de los ideogramas fácilmente identificables, otros muchos. Junto con CABALLO y CERDO solían aparecer con regularidad otros tres ideogramas que se suponía por ello pertenecientes a la misma categoría de semovientes. No era fácil decir a qué animales correspondían y se cometieron algunos errores disculpables. Se advirtió también que aparecían variantes de estos ideogramas, siendo la más usual la modificación del rasgo vertical principal o eje del signo, añadiéndole dos barras cortas atravesadas o dividiéndolo en dos (véase fig. 11). Evans dedujo correctamente que estas variantes significaban animales machos y hembras, pero Sundwall invirtió los sexos. Finalmente, Miss Kober resolvió el problema demostrando que los ideogramas utilizados para hombres y animales machos participan de una misma forma de la palabra que expresa el «total», mientras que las mujeres y animales hembras tienen otra forma; la distinción entre hombres y mujeres estaba clara.



Fig. 10.—Algunos ideogramas fácilmente identificables



Fig. 11.—Diferenciación de los sexos en el ideograma CERDO.

De este modo fue posible en muchos casos deducir el sentido general de las tablillas antes de poder leer una sola sílaba; era evidente que todas eran, casi sin excepción, listas, inventarios o catálogos. Por ejemplo, una lista de grupos de signos («palabras») seguidos cada uno de ellos por el ideograma HOMBRE y el número 1, era evidentemente una lista de nombres masculinos, una relación de personal o algo semejante. Cuando los grupos de signos iban seguidos de MUJER 1 se había añadido algunos niños, representados con la palabra señalada por Cowley (véase pág. 50). Por otra parte, cuando una palabra iba seguida de HOMBRE y un número mayor que 1, y esta colocación se repetía en tablillas diferentes, era probable que la palabra fuese un título descriptivo o un término para designar la ocupación, como «vaqueros», «sastres» o bien «hombres de Festos». Para mujeres podía deducirse una serie semejante de nombres. Cuando una palabra aparece unida a un ideograma con cierta regularidad, la palabra es seguramente el nombre del objeto representado por el ideograma; pero si hay varias palabras distintas unidas al mismo ideograma, pueden ser epítetos que indiquen los diversos tipos.

Hay otras palabras menos fáciles de identificar. Ya hemos hablado varias veces de las palabras que expresan un «total». Estas palabras podían identificarse porque al pie de la tablilla se habían sumado una serie de números, cuyo total numérico permitía establecer el sentido de la palabra que le precedía.

Este método de deducción suele llamarse «combinatorio», por depender principalmente del estudio de las mismas palabras en combinaciones diferentes. Su utilidad no se agota con esto, sino que desde el principio lleva a valiosas conclusiones acerca del significado o clase de significado que poseen ciertas palabras. En una fase posterior estas palabras pueden actuar asimismo como una verificación de la exactitud de un desciframiento, pues son totalmente independientes de los valores silábicos. Si una palabra identificaba por este método como un término para designar la ocupación resulta ser, una vez transcrita fonéticamente, «vaquero», ello confirma la interpretación. Por otra parte, las interpretaciones que no concuerdan con esta clasificación preliminar se hacen dudosas, teniendo en cuenta un margen de posibles errores.

Para trabajar con éxito sobre textos de esta clase es esencial familiarizarse profundamente con su aspecto. Deben aprenderse muy bien los signos, para que no haya riesgo de confundir unos con otros, y han de confiarse a la memoria grupos de signos e incluso trozos de texto, para poder identificar en otro lugar grupos semejantes. Un minucioso índice revelará las repeticiones de grupos de signos idénticos; pero los descubrimientos más significativos no son a veces las repeticiones exactas, sino grupos de signos muy parecidos con ligeras variaciones. Ventris subrayó la necesidad de una buena memoria visual; en esto, como en tantas otras cosas, estaba muy bien dotado.

La primera contribución de Ventris al estudio de la Lineal B ha sido mencionada en el capítulo 3. Después de la guerra, cuando había completado ya su preparación como arquitecto, volvió a ello con renovado vigor. A principios de 1950, tomando una iniciativa inusitada, envió un cuestionario a doce estudiosos de reputación internacional que estaban trabajando activamente sobre las escrituras minoicas. Las preguntas iban dirigidas a reunir opiniones sobre el tipo de lengua o lenguas que ocultaban las escrituras, las posibilidades de comprobar la inflexión, la relación entre la Lineal A, la Lineal B y el chipriota, etc. El hecho de que enviasen sus respuestas diez de los estudiosos es índice no sólo de la cooperación internacional, sino además de la agudeza del cuestionario. Ventris tradujo al inglés las respuestas y las remitió por su cuenta a todos los demás, junto con un análisis de las mismas y sus propias opiniones. El título oficial era *The languages of the Minoan and Mycenaean Civilizations*; pero como tenía por objeto analizar la situación cincuenta años después del descubrimiento de las primeras tablillas, se lo conoce como *Mid-Century Report*.

Los diez eruditos que enviaron sus respuestas al cuestionario de Ventris fueron Bennett (U.S.A.), Bossert y Grumach (Alemania), Schachermeyr (Austria), Pugliese Carratelli y Peruzzi (Italia), Georgiev (Bulgaria), Ktistópulos (Grecia), Sundwall

(Finlandia) y Myres (Gran Bretaña). Entre sus opiniones se daba la más amplia diversidad; Georgiev y Ktistopulos creían haber alcanzado ya al menos una solución parcial. Los otros mostraban sus reservas, pero este cambio de impresiones sirvió para aclarar el ambiente y para poner de manifiesto el escaso acuerdo existente acerca de las conclusiones fundamentales.

Los dos que dejaron sin contestar el cuestionario fueron Hrozny (Checoslovaquia) que era ya anciano y había publicado recientemente su propio ensayo de desciframiento; y Miss Kober (U.S.A.) cuyo trabajo iba a ser tan provechoso. Miss Kober contestó brevemente que ella creía que el cuestionario era una pérdida de tiempo; pero este desaire no impidió que Ventris estableciese relaciones amistosas con ella.

En cierto sentido, Miss Kober tenía razón; la discusión de teorías no comprobadas es con frecuencia infecunda, y mucho de lo que se dijo en aquella ocasión parece ahora quimérico e insensato. Es asombroso pensar que entonces nadie consideraba seriamente que el griego pudiera ser la lengua de la Lineal B. Ventris sugirió que aunque viviesen griegos en el continente, la lengua principal era otra distinta. La opinión sustentada por la mayoría era que resultaría ser una lengua de la familia indoeuropea, a la que el griego pertenece, pero quizá emparentada más estrechamente con la hitita. Una opinión minoritaria, a la que el propio Ventris se adhirió, afirmaba que se trataba de una lengua «egea» de un tipo muy poco conocido, pero representada probablemente por el etrusco.

La parte más interesante de este documento es la de Ventris. Allí expone que el primer paso ha de ser establecer las relaciones entre los signos alternantes, independientemente de los valores fonéticos; todos los demás eruditos, a excepción de Miss Kober, habían concentrado su atención en la búsqueda de valores fonéticos, sin pensar en la posibilidad de agrupar los signos indescifrables. La búsqueda de una estructura de conjunto fue el procedimiento, esencialmente criptográfico, que hizo posible su éxito. Los valores fonéticos propuestos hasta entonces, tanto por Ventris como por los demás, eran poco más que conjeturas basadas en el silabario chipriota y ofrecían pocas perspectivas de progresos. La verdad es que se carecía de suficiente material para lograr unas conclusiones válidas.

Con esta recapitulación pensaba Ventris abandonar, por el momento, sus trabajos sobre el problema. Tenía un empleo como arquitecto en el Ministerio de Educación, que le ocupaba toda la jornada, y no esperaba poder disponer de tiempo y energías suficientes para dedicarse a la escritura minoica. Terminaba el *Report* con estas palabras: «Confío en que trabajando en este sentido un número suficiente de personas se podrá hallar una solución satisfactoria. A ellas ofrezco mis mejores deseos, ya que, apremiado por otros trabajos, me veo obligado a abandonar el problema con esta pequeña aportación».

Pero no es fácil dejar sin resolver un problema fascinante. Sigue rondando la imaginación en los momentos más inoportunos y más tarde o más temprano se vuelve

a él, aun a costa de más urgentes tareas. Durante los dos años siguientes Ventris, lejos de abandonarlo, continuó el *Report* con un período de trabajo intensivo. Hay que hacer notar que los gastos de copias y envío (a un limitado número de eruditos) de la serie de 20 extensos informes —con un total de 176 folios— que fue preparando durante este período, corrieron de su cuenta. A través de estas *Notas de trabajo* podemos seguir la historia completa del desciframiento y las etapas sucesivas hasta su consecución. Nadie podría acusarle de haber redactado un informe después de realizado su trabajo, con la intención de presentar un descubrimiento fortuito como resultado de un método racional. Están a la vista todos los borradores, todas las equivocaciones. No nos será posible examinar estas notas con todo detalle; escogeré especialmente de entre las últimas lo que ahora parece más interesante y significativo tomando como guía el resumen que hizo el mismo Ventris en *Documents in Mycenaean Greek*.

Nos acercamos ya a la fase más difícil, y será necesario contemplar el problema mucho más de cerca. En las últimas anotaciones, Ventris utilizó los signos de la escritura Lineal B normalizados y perfectamente dibujados por él mismo —era un dibujante de primer orden y su grafía tenía la regularidad y la claridad de la imprenta, sin estar desprovista por ello de personalidad. Aunque a disgusto, he decidido no seguir su ejemplo en este libro, no sólo porque no soy tan buen dibujante como él, sino además por dos razones: la dificultad de impresión de los caracteres minoicos—no se dispone todavía de una fundición de caracteres satisfactoria y habría que hacer de cada palabra un grabado e insertarlo por separado en el texto —y también por la dificultad de la mayoría de los lectores para identificar signos en una escritura enteramente desconocida. Como es sabido, en una escritura extraña la mayoría de las letras tienden a asemejarse, y ha de buscarse un procedimiento para poder leer e imprimir la escritura. Por todo ello voy a sustituir los signos por los números que convencionalmente se les aplican. Este sistema está basado en la clasificación de Bennett, que agrupó los signos por su semejanza de dibujo; en la tabla del final del libro se da una lista de los mismos. Así, pues, las palabras se citan por medio de números de dos cifras, los inferiores a 10 van precedidos de un 0 por razón de la simetría; cada número está separado del siguiente por un guión, y la línea divisoria que separa las palabras en el original está representada por el espacio entre ellas. Así las palabras correspondientes a «niño» y «niña» antes mencionadas (pág. 50) se representarán por 70-42 y 70-54. Ventris intentó un sistema alfabético, pero esto es más bien confuso y él mismo acabó por abandonarlo. Para quienes prefieran los signos se reproducen en la figura 12 algunas de las principales palabras utilizadas para componer el «casillero».

Hay que subrayar que Ventris siguió creyendo en las conexiones de la lengua minoica con la etrusca hasta mediados de 1952. En las *Notas de trabajo* abundan las comparaciones con el etrusco y los intentos de relacionar la lengua minoica con las palabras y sufijos de la etrusca. Pero ello no fue obstáculo a su análisis metódico y a

sus esfuerzos para descifrar el significado de los textos por métodos puramente combinatorios. En este período mantenía ya una fecunda correspondencia con Bennett, que en 1947 había hecho una tesis doctoral sobre las tablillas de Pilos, aunque Ventris no la conoció. Otros eruditos contribuyeron también al cambio de impresiones, principalmente el profesor griego K. D. Ktistópulos.

Fig. 12.—La construcción del «casillero».

Niños										Enlaces				
𐀀	𐀁	𐀂	𐀃	𐀄						𐀅	𐀆			
70	54	70	42						28	38				
Variaciones ortográficas										𐀇	𐀈			
𐀉	𐀊	𐀋	𐀌	𐀍	𐀎	𐀏	𐀐	𐀑	𐀒	𐀓	𐀔	𐀕		
38	03	31	06	37	28	03	31	06	37	03	11	46		
𐀖	𐀗	𐀘	𐀙	𐀚	𐀛	𐀜	𐀝	𐀞	𐀟	𐀠	𐀡	𐀢	𐀣	𐀤
08	27	03	20	61	08	27	11	20	61	44	70	70	51	𐀥
										𐀦	𐀧			
										14	42			
										𐀨	𐀩			
										60	76			
										𐀪	𐀫			
										44	74			
Declinación														
Nominativo					«Genitivo»					«Preposicional» (𐀬 𐀭)				
										03 02				
𐀮	𐀯	𐀰	𐀱	𐀲	𐀳	𐀴	𐀵	𐀶	𐀷	𐀸	𐀹	𐀺	𐀻	𐀼
08	39	32	59	61	08	39	32	59	61	54	06	59	36	36
𐀽	𐀾	𐀿	𐁀	𐁁	𐁂	𐁃	𐁄	𐁅	𐁆	𐁇	𐁈	𐁉	𐁊	𐁋
54	06	59	36	36	54	06	59	36	36	11	02	10	04	75
𐁌	𐁍	𐁎	𐁏	𐁐	𐁑	𐁒	𐁓	𐁔	𐁕	𐁖	𐁗	𐁘	𐁙	𐁚
11	02	10	04	10	11	02	10	04	42	11	02	10	04	75

Consonantes de enlace

		Masculino		Femenino	
†	L			†	L
02	60			02	60
†	Λ			†	Λ
05	37			†	†
†	†	U		12	31
06	30	52		†	†
†	†	†	†	36	57
10	40	42	54	†	†
†	†	†	2	42	54
12	31	41			
†	⊙				
32	78				
†	†				
36	46				
†	†				
38	28				
†	†				
44	70				
†	†				
53	76				

En realidad, pocos progresos pudieron hacerse hasta que Bennet publicó en 1951 *The Pylos Tablets*, transcripción de las tablillas halladas en 1939. Por primera vez se podía disponer de listas de signos fidedignas; hasta entonces se habían confundido muchos signos parecidos. La tarea inmediata era la compilación de tablas estadísticas estableciendo la frecuencia de aparición de cada uno de los signos y la frecuencia de su posición (inicial, final, etc.) dentro de los grupos de signos. Tales tablas fueron confeccionadas simultáneamente por Ventris y por Bennet y Ktistópulos. Esto hizo posible lograr algunas conclusiones. Al comienzo de las palabras predominaban tres signos: 08, el signo de la «doble hacha» de Evans; 61, el «tronco y cetro» de Evans; y 38. El 61 aparecería también como final; los otros dos, raras veces se encontraban en otra posición; pero estaba claro que los tres podían estar dentro de una palabra. La hipótesis de que fuesen determinantes o signos clasificatorios, sin pronunciación, estaba entonces, si no descartada, sí considerada como poco probable, ya que hubiese sido necesario postular dos usos distintos del mismo signo en grupos de palabras: como determinante, al comienzo de palabra y con un valor silábico cuando ocupaba otra posición. Reflexionando sobre la estructura silábica se llegó a otra solución

mucho más sencilla. Cuando las palabras están escritas en un silabario cuyos signos representan solamente vocales puras y consonantes seguidas de vocal, solamente se usará un signo de vocal en medio de una palabra cuando este signo va precedido inmediatamente de otra vocal; sin embargo, todas las palabras que empiezan por vocal deberán comenzar con un signo de vocal. Así, por ejemplo, *individual* habrá de escribirse con vocales suplementarias, *i-n(i)-di-vi-du-a-l(a)*. No importa cuál sea la lengua; si se escribe de este modo, el análisis del uso de los signos pondrá de manifiesto unas reglas de distribución características: las vocales solas raramente aparecen en medio de una palabra (como la *a* de *individual*), pero sí son frecuentes al comienzo de palabra, porque toda palabra que empiece por vocal ha de comenzar por un signo de vocal. En mitad de palabra la mayoría de las vocales van precedidas por una consonante y por ende se escriben con un signo compuesto de una consonante y una vocal. La confrontación con las inscripciones chipriotas en escritura silábica lo demuestra claramente: *a* y *e* muestran precisamente esta distribución. Con respecto a las demás vocales no es tan evidente, porque la lengua griega las emplea generalmente en diptongos o después de otras vocales. De todo ello se dedujo que los tres signos 08, 61 y 38, o por lo menos 08 y 38, eran vocales simples.

De la observación de que 78 era frecuente como signo final surgió otra deducción. Tomemos, por ejemplo, este encabezamiento de una lista de cantidades de alguna sustancia:

36-14-12-41 70-27-04-27 51-80-04-78
11-02-70-27-04-27-78 77-60-40-11-02-78 61-39-58-70-78
61-39-77-72-38-75-78
77-70 06-40-36 03-59-36-28-78 38-44-41-78 43-77-31-80

De éste y otros textos semejantes dedujo Ventris que 78 era una conjunción, que significaba probablemente «y» e iba añadida a la palabra a la que servía de conexión (como *-que* en latín), así:

... A y B
y C y D y E y F
... y X e Y...

No constituía una parte esencial de la palabra, sino un sufijo separable, según podía verse comparándola con palabras semejantes, como 70-27-04-27 en la primera línea y (11-02-)70-27-04-27(-78) en la segunda; al igual que los adverbios españoles se distinguen de los adjetivos por llevar añadido el sufijo *-mente*. Por el mismo medio se identificaron también algunos prefijos: 61- en ocasiones, alternando con 36-; 61-39-; y en un caso especial 08-.

Otro punto de acceso muy útil fue el proporcionado por diversas palabras que aparecían escritas de dos modos diferentes. En algunos casos no era fácil asegurar que no fuesen dos palabras distintas; pero por ser bastante largas y diferir en una sola sílaba, era razonable suponer que tenían algo en común, sobre todo cuando estaban en contextos parecidos. Por ejemplo, una palabra que se consideraba ya como un nombre propio de persona aparecía en fórmulas idénticas, una vez en la forma 38-03-31-06-37, y otra vez con la inicial corregida por el escriba, que puso en su lugar 28. Afortunadamente, pueden leerse muchas veces en las tablillas los signos borrados, a pesar de las raspaduras; la arcilla conserva todavía las huellas del signo primero, aunque se haya escrito otro encima. Esto indica que hay una conexión entre 28 y 38. De igual modo, 08-27-03-20-61 escrito de nuevo 08-27-11-20-61 indica que 03 está relacionado con 11, relación que se confirma en otros casos. Ejemplos paralelos nos dan, si bien con menos certeza, 38 relacionado con 46, 44 con 70, 14 con 42 y 51, 60 con 76, 44 con 74. Los errores pueden hacernos sufrir desviaciones, pero pueden también ser reveladores. Si utilizamos una máquina de escribir sin haber aprendido mecanografía, es frecuente que pulsemos una tecla en lugar de otra; si se recogiese y analizase un número suficiente de ejemplos se podría observar que en lugar de la *e* se pulsa a menudo la *w* o la *r*, pero casi nunca otras letras. De aquí se deduciría que las teclas *w*, *e*, *r*, iban juntas, y así finalmente podría reconstruirse todo el teclado. En la escritura los factores son más complejos, pero generalmente una letra o un grupo de letras se sustituye por otro de sonido semejante. Así, si en lugar de *attention* se escribe *atenshun* podemos deducir que *t* y *tt* son iguales y que *tio* tiene un sonido parecido a *shu*. En el caso de una escritura silábica el punto de relación puede estar en la vocal o en la consonante; por ejemplo, las sílabas pueden relacionarse como *do* con *to* o bien como *do* con *du*.

El mayor número de variantes de una palabra iba a encontrarse en sus terminaciones. *Miss* Kober había hallado ya algunos ejemplos, sugiriendo que representaban flexiones, es decir, modificaciones del final de la palabra para indicar relaciones gramaticales; así como, por ejemplo, en español pueden reconocerse *hilos* e *hilando* como formas flexionadas de la palabra simple *hilo*. Afortunadamente las listas que vienen en las tablillas constan casi por entero de nombres y, por tanto, podían dejarse a un lado de momento los problemas de la flexión verbal y explicar todas las variaciones como formas de declinación de nombres. Con el nuevo material, Ventris pudo ir más lejos en sus observaciones y distinguir varias clases de flexión. En algunos casos consistía en añadir un signo suplementario, así 08-39-32-59 forma otro caso (considerado hipotéticamente como «genitivo») añadiendo -61. Otros nombres forman un caso semejante añadiendo -36. En otro tipo de flexión, el final del caso ordinario («nominativo») está reemplazado por otro signo en los demás casos: así 11-02-10-04-10 hace su «genitivo»: 11-02-10-04-42 y tiene otro caso (que sigue a la palabra 03-02), 11-02-10-04-75. Estos casos fueron identificados hipotéticamente, mediante el estudio de ciertas palabras consideradas como nombres propios, que

cambiaban en cada una de las líneas de una cierta clase de tablillas, aunque la fórmula permanecía igual en el resto de la línea. Cuando estos nombres reaparecían en otras fórmulas tomaban las variantes identificadas como casos de declinación. Delante de estos nombres se veía con frecuencia la palabra 03-02, que iba seguida siempre de una forma particular del nombre.

TAhora bien, era posible que estas variantes se debiesen a la adición de sufijos independientes, como las «postposiciones» japonesas que se conducen muchas veces como desinencias de declinación: «nominativo» *hito-ha*, «genitivo» *hito-no*, «acusativo» *hito-wo*. Pero si se trata de una verdadera declinación es más probable que siga el módulo latino, *domin-us*, *domin-i*, *domin-o*. El *hito* japonés es una palabra independiente que puede ir sola; pero en latín no existe *domin* como tal palabra independiente, ha de completarse con la desinencia gramatical. Si se ponen en escritura silábica las formas latinas, la desinencia sería *-mus*, *-ni*, *-no*, es decir, la consonante de los diferentes sufijos, por ser parte de la raíz, permanece invariable. La existencia de un cierto número de declinaciones diferentes apuntaba a la segunda posibilidad; en japonés, todos los nombres muestran el mismo cuadro limitado de sufijos y no hay verdadera declinación.

De este modo fue posible establecer una nueva serie de enlaces entre los signos que se suponían formados por la misma consonante, pero por vocales diferentes. Los signos finales de declinación que damos más arriba, 10 sustituido por 42 o 75, forman un grupo de este tipo. En agosto de 1951, Ventris preparó una lista de 159 palabras de las tablillas de Pilos que presentaban lo que él supuso eran variantes de declinación, y de ésta y otras listas de palabras de Gnosos dedujo un gran número de posibles enlaces entre signos que tenían la misma consonante. No todos ellos —señalaba— serían acertados, pero los que aparecían varias veces en palabras diferentes eran al menos probables. Reproducimos aquí algunos de ellos; la inclusión de más de dos signos en algunos casos se basa generalmente en la combinación de varias fórmulas.

02	60			
05	37			
06	30	52		
10	40	42	54	75
12	31	41		
32	78			
36	46			
38	28			
44	70			
53	76			

En algunos casos la variante flexional parece deberse a un cambio de género más bien que de caso; así se veía combinando estas palabras con los ideogramas de hombres y mujeres. Ventris clasificó:

MASCULINO

02

12

36

42

FEMENINO

60

31

57

54

Consideraba dudoso el tercero de estos pares, porque se inclinaba por otras razones a considerar los derivados formados con -57 como plurales. Esta clasificación en géneros sugería una nueva serie de enlaces, que Ventris logró obtener en septiembre de 1951. Si todos los masculinos forman sus femeninos del mismo modo, como en latín

MASCULINO*domin-us**bon-us**serv-us***FEMENINO***domin-a**bon-a**serv-a*

podemos deducir que las dos columnas (02 12 36 42 y 60 31 57 54) constituyen cada una de ellas una serie que participa de la misma vocal, pero tiene diferentes consonantes. En aquel momento era difícil juzgar cuáles de los enlaces así hallados eran verdaderos, pero Ventris construyó un cuadro para mostrar cuáles eran los más probables y consistentes. Los signos fueron distribuidos en columnas según la función del sufijo. Además del masculino y el femenino se agruparon en columnas los demás casos y derivados identificables, y ello permitió extender el principio de la existencia de enlaces entre signos que tienen la misma vocal.

«De este modo —escribía Ventris en la *Nota* número 15 de 3 de septiembre de 1951— podemos dar una nueva dimensión al «casillero» que hará de éste el esqueleto de un verdadero cuadro de valores fonéticos. Esto requeriría solamente la identificación de un pequeño número de valores silábicos para encajar el sistema más o menos completo de consonantes y vocales. Aunque, sin duda, sería mejor esperar hasta poder corregir el «casillero» mediante la comprobación con el material de Cnosos, no es inconcebible que una casualidad o una intuición nos lleve a la solución en cualquier momento». Ventris presentía que la solución no estaba lejos; pero seguía convencido de que la lengua resultaría perteneciente al tipo pre-griego poco conocido, cuya única pista, muy vaga, nos la proporcionaba el etrusco.

El peldaño siguiente era construir, a partir de este cuadro, un «casillero» silábico utilizando las ecuaciones que parecían consistentes y válidas. El resultado fue reunir los diferentes tipos de enlace hallados, de tal modo que las columnas de vocales se reducían a cinco y las líneas de consonantes a quince. El diagrama, que reproduce la figura 13, está fechado en Atenas, el 28 de septiembre de 1951. Cotejándolo con los valores tal como se han establecido posteriormente se aprecian bastantes errores; pero de allí surgen ya las líneas fundamentales. A continuación, insertamos el casillero en forma numérica; los signos entre paréntesis son los considerados como dudosos y estaban dibujados a escala menor en el original de Ventris.

Vocales		I	II	III	IV	V
Vocales puras		61	—	—	—	08
Semivocales		—	—	—	59	57
Consonante	I	40	10	75	42	54
	II	39	11	—	—	03
	III	—	(14)	—	51	01
	IV	37	05	—	—	66
	V	41	12	—	55	31
	VI	30	52	—	24	06
	VII	46	36	—	—	—
	VIII	73	15	—	(72)	80
	IX	—	70	—	44	(74)
	X	53	—	(04)	76	20
	XI	60	02	27	26	33
	XII	28	—	—	38	77
	XIII	—	32	78	—	—
	XIV	07	—	—	—	—
	XV	67	—	—	—	—

En noviembre corrigió Ventris este cuadro estudiando las palabras cuyo nominativo terminaba en -10; había observado que todas se declinaban del mismo modo, cambiando -10 por -42 en el «genitivo» y por -5 en el caso «preposicional» (después de 03-02). Esto le llevó a una nueva teoría. Existían ciertas limitaciones para la aparición de signos inmediatamente antes de esta desinencia.

LINEAR SCRIPT B SYLLABIC GRID
(2ND STATE)

WORK NOTE 15

DIAGNOSIS OF CONSONANT AND VOWEL EQUATIONS
IN THE INFLEXIONAL MATERIAL FROM PYLOS:

ATHENS, 28 SEPT 51

THESE 51 SIGNS MAKE UP 90% OF ALL SIGN - OCCURRENCES IN THE PYLOS SIGNGROUP INDEX. APPENDED FIGURES GIVE EACH SIGN'S OVERALL FREQUENCY PER MILLE IN THE PYLOS INDEX.	Impure ending, typical syllables before -ϛ & -ϛ in Case 2c & 3	Pure ending, typical nominatives of forms in Column 1	Includes possible 'accusatives'	Also, but less frequently, the nominatives of forms in Column 1		
	THESE SIGNS DON'T OCCUR BEFORE -ϛ-	THESE SIGNS OCCUR LESS COMMONLY OR NOT AT ALL BEFORE -ϛ-				
	MORE OFTEN FEMININE THAN MASCULINE?	MORE OFTEN MASCULINE THAN FEMININE ?			MORE OFTEN FEMININE THAN MASCULINE ?	
	NORMALLY FORM THE GENITIVE SINGULAR BY ADDING -ϛ		NORMALLY FORM THE GENITIVE SINGULAR BY ADDING -ϛ			
	vowel 1	vowel 2	vowel 3	vowel 4	vowel 5	

Fig. 13.—«Casillero» de Ventris, 28 de septiembre de 1951.

pure vowels?	B 30.3				T 37.2
a semi-vowel?				E 34.0	U 29.4
consonant					
1	A 14.8	F 32.5	2 21.2	A ³ 28.1	M 18.8
2	A 19.6	F 17.5			F 13.7
3		F 9.2		X 3.3	F 10.0
4	A 17.0	F 28.6			V 0.4
5	A 17.7	I 10.3		U 4.1	Y 10.2
6	X 7.4	U 20.5		Y 14.8	I 14.4
7	X 4.1	F 44.0			
8	B 6.1	F 6.1		E 13.5	U 15.2
9		B 33.1		X 32.3	E 2.4
10	U 22.2		≡≡ 38.2	U 3.5	F 2.2
11	U 31.2	F 33.8	Y 34.4	U 8.3	≡≡ 0.7
12	Y 17.0			A 37.7	⊕ 24.0
13		I 9.4	⊙ 14.2		
14	I 5.0				
15	F 12.6				

MICHAEL VENTRIS

Esto se explicaría más fácilmente si la desinencia fuese siempre precedida por la misma vocal; he aquí otro medio de construir una nueva serie de signos con diferentes consonantes pero con la misma vocal. Ventris reconstruyó la vocal III como sigue:

Consonante	I	75	XI	27
	V	55	XII	38
	VI	24	XIII	78
	VIII	72	?	13
	IX	44	?	09
	X	04		

Esto supuso un progreso notable; solamente hay un signo (55) mal colocado. Era el momento de buscar su sufijo semejante en palabras o nombres griegos tomados de una fuente prehelénica. Ventris añadía significativamente: «Estas últimas (formas griegas) merecen también tenerse en cuenta, considerando la remota posibilidad de que las tablillas de Cnosos y Pilos estén realmente escritas en griego, aunque yo creo que lo que hasta ahora conocemos de las formas minoicas hace esto improbable».

Indudablemente era imposible conciliar las flexiones minoicas con las griegas sobre la base de que las reglas de ortografía del chipriota eran válidas también para la Lineal B. Por esta razón Ventris continuó explorando para descubrir posibles equivalencias entre los sufijos de nombres etruscos, sin gran éxito, pero en una ocasión observó: «La desinencia masculina griega *-eus*, esté en conexión con ella o no, es un equivalente casi perfecto de la función que yo leo en el signo minoico -10». Aquí, sin darse cuenta, había intuido la verdad. Pero quedaba aún mucho camino para llegar a ella.

Otros trabajos realizados sobre diversos temas durante el invierno 1951-52 permitieron avanzar un poco más en el conocimiento general de la naturaleza de los textos y de algunos puntos concretos. Por ejemplo, había un ideograma misterioso, pero frecuente, al que se consideraba con la significación de «lino», porque en algunas formas se parecía vagamente a un ovillo de hilo sobre un huso. Ventris, con toda la razón, rechazó esta interpretación, y concluyó que representaba un artículo de determinada especie que podía usarse en el pago de salarios. Insinuó además el significado de «grano», que según ahora sabemos es el correcto, muy probablemente «trigo». En febrero, cuando era inminente la publicación del total de los textos de Cnosos en *Scripta Minoa II*, disponía ya de un nuevo casillero modificado. La segunda línea (semivocal) se denominaba ahora consonante I, y, por tanto, había una modificación de los números restantes. Las cifras entre paréntesis representaban colocaciones dudosas o alternativas. Se proponía también algunas modificaciones hipotéticas de vocales y consonantes, derivadas en gran parte del intento de hallar paralelos etruscos, sin tener muy en cuenta el silabario chipriota. Las cuatro vocales eran exactas; de las líneas horizontales, las siguientes eran correctas o casi correctas: las vocales puras, III = *p* (dada como una alternativa), V y VI ambas = *t* (en realidad, V = *d*, VI = *t*), VIII = *n*, XI = *r* o *l*, XII = *l*. Pero con todo, la colocación relativa de los signos era mucho mejor que las identificaciones.

Vocales		I = -i ?	II = -o ?	III = -e ?	IV	V = -a ?	Dudoso
Vocales puras?		61	—	—	—	08	—
Consonante	I	—	—	59	—	57	—
	II	40	10	75	42	54	—
	III	39	—	(39)	—	03	11
	IV	46	36	(46)	—	(57)	—
	V	—	14	—	—	01,51	—
	VI	37	05	(04)	—	—	66
	VII	41	12	55	—	31	—
	VIII	30	52	24	—	06	—
	IX	73	15	(72)	—	80	—
	X	—	70	44,(74)	—	(20)	(45)
	XI	53	—	(04)	—	76	(20)
	XII	60	02	27	—	26	33
	XIII	28	—	38	—	(77)	—
	XIV	—	—	13	—	—	—
	XV	—	32	78	—	(32)	58
Otras consonantes		(67,07)	—	(09,45)	—	—	—

La *Nota* número 19 (20 de marzo de 1952) nos defrauda al leerla ahora. Ventris había hecho considerables progresos en la reconstrucción del sistema de flexiones de la lengua minoica, y esta nota estaba encaminada a la aclaración de un detalle de tal sistema. Está dedicada al estudio del sufijo -41, que Ventris identificó correctamente como indicador de un caso «oblicuo» del plural. (Ahora sabemos que este sufijo es -si, la desinencia del dativo plural de un gran número de sustantivos griegos, pero es frecuente también como desinencia verbal y aparece asimismo en otras circunstancias, debido a las reglas de ortografía; por tanto, el grupo estudiado no era homogéneo). Ventris se demoraba en la búsqueda de paralelos etruscos, que como se sabe resultó inútil.

La *Nota* 20 (1 de junio de 1952) estaba introducida por su autor como «una digresión trivial» y encabezada como sigue: «¿Están escritas en griego las tablillas de Cnosos y Pilos?» Ya había aparecido *Scripta Minoa II*, pero nadie, ni siquiera Ventris, había hecho un análisis completo. Ventris era consciente de que al atreverse a considerar la posibilidad de que hubiese griegos en Cnosos en el siglo xv (a. de C.) se oponía a la posición de los expertos. De aquí que tratase de un modo accidental esta teoría, que esperaba refutar inmediatamente.

Sin embargo, Ventris no comenzaba tomando la hipótesis griega y viendo si era viable. El título era una descripción añadida después de hecho el trabajo y deliberadamente se había tomado un punto de partida independiente de la lengua griega. Este punto de partida era el grupo de palabras que Ventris había clasificado como «Categoría 3», que incluía las «tríadas» de *Miss Kober* a que aludimos en el capítulo anterior. El supuesto clave era que estas palabras eran nombres de lugares, un paso que no dio *Miss Kober*. Ventris las analizó como sigue:

«Son grupos de signos que no constituyen nombres personales e incluso figuran como objetos de muy diversas listas de artículos, apareciendo frecuentemente en un orden determinado... Los más comunes están formados, en cada caso [Cnosos y Pilos] por un grupo de una docena, aproximadamente... que se encuentran en un número de asientos desproporcionalmente amplios.

Por analogía con las inscripciones contemporáneas de Ras Shamra/Ugarit... que deberían ser una de nuestras ayudas más valiosas, creo que es probable que los grupos de signos de la categoría 3 correspondan a las «ciudades y corporaciones» de Ugarit... Los que aparecen en ambas tablillas, de Pilos y de Cnosos, son probablemente «corporaciones»; aquellos otros, peculiares de cada una de ellas, son quizá los de las «ciudades» y pueblos de la región, y las formas adjetivas -37/-57, el nombre de sus habitantes».

Es decir, las formas más largas serían los adjetivos (masculino y femenino) derivados de los nombres de las ciudades, como *Atenas/ateniense*. Los nombres de los textos de Cnosos ofrecen ciertas posibilidades de identificación con nombres supervivientes en el período clásico.

A esto se añadieron tres conjeturas fonéticas: 08 = *a*, a causa de su gran frecuencia inicial; la consonante VIII era *n-*, porque la chipriota *na*^[1] es identificable con 06; la vocal I era *i*, por ser la chipriota *ti*^[2] casi idéntica a 37 y esta vocal es frecuente delante de 57 (= *ja?*)t pero nunca aparece delante de 61 (= *i?*). Esta última es el único error; 61 = *o*.

En las tablillas de Cnosos es probable que aparezca el nombre de Amnisos, una ciudad costera cercana, mencionada por Homero. El grupo de consonantes *-mn-* habrá de escribirse insertando una vocal suplementaria, puesto que cada consonante ha de ir seguida de vocal. Así, pues, tendría aproximadamente la forma *a-mi-ni-so*, usando de los indicios que tenemos sería 08-...-30-... En las tablillas hallamos una palabra y sólo una que contiene así esos signos. Aparece en las siguientes formas:

08-73-30-12	(forma simple)
08-73-30-41-36	(formas adjetivales)
08-73-30-41-57	(formas adjetivales)
08-73-30-12-45	(forma de «locativo»?)

Como 73 y 30 tienen la misma vocal, según vemos en su colocación en la columna I del casillero, esto confirma nuestra conjetura de que la vocal suplementaria insertada es igual a la ya existente: *-mⁱ-ni-* en lugar de *-mni-*. Esto coincide exactamente con las reglas chipriotas. El signo 12 es, pues, probablemente *so*, y todos los nombres que acaban en -12 corresponderán a los tipos de nombres corrientes en griego terminados en *-sos* o *-ssos*. Esto confirma la idea de que la vocal II es *-o*. Otro nombre muy frecuente es 70-52-12, que ahora desciframos como *o-no-so*. No es difícil deducir que la primera vocal es también suplementaria y la consonante debe ser *k*; así resulta *ko-no-so*, una ortografía verosímil de la palabra griega *Knossós* (Cnosos). El tercer nombre terminado en -12 es 69- 53-12 =...-./-*so*; Ventris pensó que quizá podía ser *tu-li-so* = *Tylisós*, otra ciudad importante del centro de Creta; pero prudentemente lo dejó como dudoso. 69 era un signo relativamente raro que no estaba incluido en el casillero.

Estudió después el nombre de un producto escrito en las tablillas de Cnosos y Pilos con algunas variantes, pero ligado al mismo ideograma (algo parecido a un cubilete con una tapa encima) y en contextos similares:

El casillero hace ver que las terminaciones en ambas formas tienen la misma vocal: 14 y 52 están ambas en la columna II; 01 y 06 en la columna V; y la identidad de las dos palabras es evidente, puesto que las consonantes son las mismas: 14 y 01 están en la línea III, 52 y 06 en la línea VI. Las terminaciones pueden escribirse, pues: *-t^o-no*, *-t^a-na*, y la palabra entera resulta ser *ko-l/ri-ja-t^o-no* (la *j* ha de tomarse como semivocal, a la manera de la *y* inglesa). Esto sugiere muy de cerca la palabra griega *koríannon* o *kolíandron*, «coriandro». No obstante, aunque esta palabra ha llegado a nosotros como griega* pudo ser incorporada de alguna otra lengua, y, por tanto, su presencia en las inscripciones no implica necesariamente que el minoico sea griego.

Ventris volvió de nuevo a las formas adjetivales de los nombres geográficos, que ahora aparecen como, por ejemplo, *a-mi-ni-si-jo* (masculino) y *a-mi-ni-si-ja* (femenino). Observó con agudeza que si suponemos omitidas las finales *-s*, *-n* e *-i*, después de otra vocal, estas formas son precisamente las formas derivativas griegas: masculino *Amnisios* (o plural *Amnísioi*), femenino *Amnísia* (en plural *Amnisiai*). La desconcertante desinencia de genitivo -36-36 será *-jo-jo*, de acuerdo con los genitivos del griego arcaico en *-(i)-oio*. La otra desinencia de genitivo -61 suponía una dificultad, puesto que la declinación del femenino, con el nominativo en *-a* y el genitivo en *-as* no presentaría diferencia gráfica si se omitía la *-s* final como Ventris suponía; e hizo notar que el genitivo de 28-46-27-57 (desinencia *-ja*) es en realidad igual que el nominativo.

Volviendo ahora a las palabras que significan «niños» y «niñas», 70-42 y 70-54, vemos que ambas comienzan por *ko*. En griego existen varias palabras para designar a un niño, pero sólo una que comience por *ko-* (o bien *kho-* o *go-*, que son también interpretaciones posibles, por analogía con el chipriota, del signo *ko*). Esta palabra es *kóros*, en griego clásico (ático), con una forma femenina para «niña», *kórê*. Aquí por primera vez hemos de enfrentarnos con un problema lingüístico. El griego clásico es en general el dialecto del Atica, el habla de Atenas; pero a través de inscripciones y de algunos textos literarios, conocemos otros muchos dialectos, igualmente griegos, que difieren del ático. Homero, que escribe principalmente en jónico, se sirve de la forma *koûros* para expresar «niño»; y los dialectos dóricos usan la forma *kôros*. De estas variantes puede deducirse que la forma original, de la que provienen todas las variantes dialectales, era *korwos*; y ello se confirma en el dialecto arcadio, que conserva actualmente una forma femenina, *korwâ*. Este es el origen de la palabra ática *kórê*, puesto que el ático no sólo pierde la *w*, sino que cambia la *â* en *ê*. Así, pues, si buscamos una forma primitiva de esta palabra en griego la encontraremos en las formas *korwos*, *korwâ*. Ventris vio que 70-42 y 70-54 coincidían «siempre que demos por supuestas algunas abreviaturas en la ortografía», con las formas *ko(r)-wo(s)*, plural *ko(r)-wo(i)*, y *ko(r)-wâ*, plural *ko(r)-wa(i)*. La presunción de una

«abreviatura» de esta clase era arriesgada, pero valía la pena ensayar esta posibilidad. La consonante Π del casillero sería en tal caso w ; y es evidente que en esta línea había algún error porque 42 debe ocupar el sitio de 10 en la columna Π . Pero la corrección es automática. La declinación -10, -42, -75, que va precedida de una vocal de la columna III ($e?$), aparece ahora como $-e\dots$, $-e-wo$, $-e-we$. Esto recuerda inmediatamente la declinación griega en $-eus$ (por tanto, 10 será u) con su genitivo arcaico $-êwos$. El caso «preposicional» no parece coincidir exactamente, pues debería ser $-e-wi$; pero Ventris pensó en un «locativo» (un caso que pervive en griego clásico), $-êwe$.

La palabra utilizada para expresar el «total», 05-12, 05-31, puede transcribirse ahora $to-so$, e interpretarse $tó(s)-so(s)$ o $tó(s)-so(n)$, tanto (masculino y neutro), o $tó(s)-so(i)$, «tantos», (masculino); y $tó(s)-sá$, «tanta» (femenino), o $tó(s)-sa(i)$, $tó(s)-sa$, «tantas» (femenino y neutro). El signo 45, de colocación dudosa en el casillero, se probaba ahora con el valor te (también the , de), de modo que la forma más larga de la fórmula para el total 05-12-45 resulta ser $to(s)-so(n)-de$, etc., y el mismo sufijo aplicado a los nombres geográficos dará, por ejemplo, $Amnisó(n)-de$, «a Amniso», o $Amnisó-the(n)$ «de Amniso», o posiblemente $Amnisó-thi$, «en Amniso».

También recordaba el griego algunas palabras de las tablillas con carros de Cnosos: 08-60-12-15-04-13-06 puede transcribirse $a-l/r.l/r.-m.-t.-\dots$. Este comienzo recuerda la palabra griega $(h)ármata$, «carros»; pero aunque Ventris había identificado -13-06 como una terminación verbal, no advertía aún que se trataba de la desinencia del participio pasivo $-mena$. «La quimera griega —escribía Ventris— levanta su cabeza de nuevo» en la frase 08-60-26-57 08-30-57-39 $a-ra-ru-ja (h)â-ni-jâ-phi$, a la que se da el significado de «provistos de riendas»; la forma ática sería $araruiáî hêníais$, pero la desinencia $-phi$ es frecuente en Homero y la forma es totalmente aceptable.

Ventris acabó esta *Nota* con una advertencia: «Sospecho que este camino, si seguimos adelante, nos llevaría, tarde o temprano, a un callejón sin salida o se desvanecería en disparates». Llamó la atención sobre los rasgos que parecían no concordar con el griego; por ejemplo, la conjunción -78, que creía imposible equiparar con la correspondiente palabra griega te , «y». Aquí Ventris no tuvo en cuenta el arcaísmo de la lengua que intentaba descifrar.

No obstante, cuando todavía estaba en el correo esta *Nota*, dirigida a los eruditos de todo el mundo, Ventris prosiguió en esta dirección y halló con sorpresa que la solución griega era ineludible. Lenta y penosamente los silenciosos signos se veían forzados a hablar y lo que hablaban era una lengua mutilada y truncada, es cierto, pero en la que podía reconocerse la lengua griega.

CAPÍTULO 5

CRECIMIENTO Y DESARROLLO

La criptografía es una ciencia de deducción y experimentación verificada; se forman hipótesis, se prueban y muchas veces se rechazan. Pero lo que queda después de pasada la prueba va creciendo más y más hasta que llega un momento en que el experimentador nota que pisa tierra firme: sus hipótesis adquieren consistencia y brotan fragmentos de sentido que antes estaban enmascarados. La clave se «aclara». Quizá esto se defina mejor como el punto en que las salidas probables se suceden más de prisa de lo que podemos seguirlas. Es algo así como la iniciación de una reacción en cadena en la física atómica; una vez superado el umbral crítico la reacción se propaga a sí misma. Pero no se completa a sí misma sino en los experimentos o en las claves más simples, con una violencia explosiva. En los casos más difíciles, cuando se produce la revelación, queda mucho trabajo por hacer aún, y las pequeñas zonas de sentido, aunque prueba cierta de que se ha producido, permanecen aisladas por algún tiempo; sólo gradualmente se va completando el cuadro.

En junio de 1952, Ventris notó que la Lineal B se había «aclorado». Por supuesto, las palabras griegas indicadas a modo de hipótesis en la *Nota de trabajo 20* eran muy pocas para adquirir la convicción; implicaban además una serie de reglas ortográficas improbables. Pero al paso que iba transcribiendo más textos, las palabras griegas comenzaron a surgir en mayor número; podían ya identificarse nuevos signos, reconociendo una palabra en la que sólo quedara un signo en blanco, y este valor podía comprobarse en otros grupos de signos. Se confirmaron las reglas y se hizo patente la pauta del desciframiento.

En aquella fecha, la B. B. C. solicitó de Ventris que diese una charla en el Tercer programa, en relación con la publicación de *Scripta Minoa II*. Ventris decidió aprovechar esta oportunidad de dar a conocer en público su descubrimiento. Primeramente hizo un resumen histórico de la escritura y su descubrimiento y después procedió a describir su método. Finalmente llegó la sorprendente declaración:

«Durante estas últimas semanas he llegado a la conclusión de que las tablillas de Cnosos y Pilos deben estar, al fin y al cabo, escritas en griego, un griego difícil y arcaico, quinientos años anterior a Homero y escrito en una forma bastante abreviada, pero no obstante griego.

Una vez admitido esto, la mayoría de las peculiaridades de la lengua y la ortografía que antes me habían desconcertado, me parecieron explicables lógicamente y aunque muchas de las tablillas permanecen tan incomprensibles como antes, otras muchas están empezando a adquirir sentido»^[1].

Continuaba citando cuatro palabras griegas bien conocidas que declaró haber encontrado (*poimên*, «pastor», *kerameús*, «alfarero», *khalkéús*, «bronceista», *khrysoworgós*, «orfebre») y tradujo ocho frases. Terminaba con una prudente advertencia: «He indicado que la posibilidad de leer estas inscripciones primitivas europeas es mayor que lo ha sido hasta aquí, pero evidentemente queda muchísimo por hacer antes de que todos estemos de acuerdo sobre la solución del problema».

No creo que pueda decirse que esta charla hizo una gran impresión; pero por lo que a mí toca, la escuché atentamente. En vista de las repetidas tesis que habían surgido, el sistema de Ventris no me parecía muy sólido; yo tenía ya una noción bastante clara de lo que podría ser el griego micénico y dudaba de que Ventris la tuviese. La palabra *khrysoworgós*, sin embargo, era alentadora; la *w* no existe en la mayor parte de las formas del griego clásico, pero tenía que aparecer en un dialecto arcaico, puesto que se sabía que su pérdida, como en Homero, era más reciente. Los principios señalados por Ventris se hallaban en estrecho acuerdo con los que yo me había formulado; si se aplicaban debidamente, los resultados podían ser verdaderos. Y yo no tenía prejuicios, como la mayor parte de los arqueólogos los tenían, en contra de la solución griega; seis años antes había intentado comprobar sobre tal supuesto los escasos textos de Pilos de que se disponía, pero el material era demasiado limitado. Debo confesar que en 1952 yo estaba mal preparado. Poco tiempo antes había sido nombrado para ocupar un puesto en Cambridge y todos mis ratos libres estaban dedicados a preparar las clases para el próximo octubre.

Pero la hipótesis de Ventris era tan importante y estaba tan ligada a la materia objeto de mis estudios, los dialectos griegos, que no podía pasarla por alto. Lo primero que hice fue visitar a *Sir John Myres* y pedirle su opinión, porque yo sabía que estaba en contacto con Ventris. Myres estaba sentado, como solía, en su silla de lona ante una gran mesa de trabajo, con una manta sobre las piernas. Estaba demasiado delicado para moverse mucho y me señaló con un gesto una silla. «Ah, sí, Ventris —dijo respondiendo a mi pregunta— es un joven arquitecto», Como Myres tenía entonces ochenta y dos años, yo me pregunté si «joven» quería decir menor de sesenta. «Aquí está su trabajo —prosiguió— no sé qué hacer con ello, no soy lingüista». En general parecía mostrarse escéptico, aun reconociendo no poseer un conocimiento suficientemente especializado para juzgar si la hipótesis propuesta era válida. Tenía algunas de las notas de Ventris, incluyendo la última versión del casillero, que me permitió copiar, prometiéndome al mismo tiempo ponerme en contacto directo con Ventris.

Volví a casa ansioso por comprobar la nueva hipótesis. Empecé a estudiarla con

gran cautela, porque aun habiéndome impresionado la charla radiofónica, tenía un desagradable presentimiento de que iba a encontrar sólo vagas semejanzas con palabras griegas, como en el «desciframiento» de Georgiev, que resultarían falsas para el tipo de dialecto que esperábamos. Me puse a trabajar transcribiendo palabras de dos series de textos y en cuatro días me convencí de que las identificaciones, en su mayor parte, eran exactas. Hice una lista de veintitrés palabras griegas aceptables que había hallado en las tablillas, algunas de las cuales no había anotado Ventris, y el 9 de julio escribí a Myres manifestándole mi conclusión. Escribí también a Ventris felicitándole por haber hallado la solución y adelantándole algunas nuevas sugerencias.

Su respuesta (del 13 de julio) fue característicamente sincera y modesta. «En estos momentos —escribía— siento necesidad de apoyo moral... Sé muy bien que hay *muchas cosas* que no pueden explicarse aún satisfactoriamente». Yo le había preguntado si podía prestarle alguna ayuda; él me contestaba: «He carecido hasta ahora de la ayuda de un “puro lingüista” que me evitase las desviaciones... Sería extremadamente útil para mí contar con su colaboración, no solamente para interpretar el material, sino también para extraer conclusiones correctas acerca de las formaciones en términos de dialecto y estado de desarrollo». Así se constituyó una colaboración que iba a continuar durante más de cuatro años.

Cito a continuación una frase posterior de esta carta, porque hace referencia a un punto crucial: «Celebro que hayamos coincidido en algunos de los valores que encontré después de haber escrito a Myres, aunque supongo que un tribunal podía suponer que yo había arreglado de antemano el material, de tal manera que la coincidencia no concluía nada». Si ambos habíamos indicado independientemente los mismos valores, sólo eran posibles dos conclusiones: que eran exactos y que el desciframiento estaba por tanto comprobado; o que Ventris había preparado deliberadamente la prueba para que otros la encontrasen. Conociendo a Ventris, la segunda posibilidad estaba fuera de cuestión. Así, pues, me sentí absolutamente seguro desde el primer momento de que los fundamentos estaban sólidamente establecidos, cualesquiera que fuesen las dificultades que aún subsistían, y desde entonces nada ha hecho vacilar mi confianza en lo más mínimo. El propio Ventris, aquel verano sintió flaquear su convicción; así escribía en 28 de julio: «Cada día que pasa aumentan de tal modo mis dudas sobre todo este asunto que casi prefería que afectase a otra persona». Estaba preocupado por ciertas discrepancias entre el griego micénico y el clásico; yo pude disipar su inquietud sobre algunos de estos puntos. Por ejemplo, no había razón para inquietarse por la ausencia del artículo determinado. Los lingüistas habían anticipado tal ausencia en los estadios primitivos de la lengua. Esta fase de nuestra cooperación no duró mucho, pues Ventris en muy poco tiempo llegó a dominar por sí solo las peculiaridades de la filología griega.

Una de mis primeras indicaciones fue la del valor *nu* para el signo 55. Yo había observado que este valor daba algunas palabras aceptables, y en especial el nombre

divino de *Enyállos* y junto con Atena y Posidón. Ventris me contestó: «Tengo profundos reparos a la aparición de nombres de dioses en las tablillas... pero *Athána pótnia* [Señora Athena] ciertamente parece demasiado bueno para ser verdad».

Lo primero que hizo Ventris fue sacar una lista de palabras que pudieran tener equivalentes aceptables en griego. Llamó a esta lista «Vocabulario experimental» y contenía 553 palabras (incluyendo los nombres propios); algunas de ellas, muy pocas, sabemos ahora que estaban equivocadas, otras han sido modificadas, pero en lo esencial, las palabras griegas recogidas allí procuraron una sólida base para construir sobre ella. Quedaba aún un cierto número de signos de aparición poco frecuente, cuyos valores no se habían determinado todavía; los textos totalmente ininteligibles eran pocos. Ya podíamos leer:

PU-RO *i-je-re-ja do-e-ra e-ne-ka ku-ru-so-jo i-je-ro-jo* MUJERES 14.

ΠΥΛΟΣ. ἱερείας δοῦλαι ἔνεκα Χρυσοῖο ἱεροῖο

En Pilos: Esclavas de la sacerdotista por causa del oro sagrado: 14 mujeres.

Esta tablilla ilustra claramente dos puntos. En primer lugar, la palabra *e-ne-ka* era desconcertante, porque aunque coincidía exactamente con la palabra clásica *héneka* («a causa de»), los etimólogos habían deducido que la forma primitiva era *henweka*, que en ortografía micénica sería *e-nu-weka*. Sin embargo, la palabra aparece varias veces y no puede tratarse de un error. Hay que suponer, o bien que los etimólogos estaban equivocados, o bien que existe alguna razón especial por la cual se perdió la *w* en la forma micénica.

En segundo lugar, el simple hecho de poder traducir la tablilla no da una respuesta automática a todas las cuestiones. ¿Por qué eran esclavas de la sacerdotisa estas catorce mujeres? ¿De qué sacerdotisa? ¿Qué era el oro sagrado? ¿Cuál era la situación o la transacción que esta tablilla pretendía registrar? Todas éstas son cuestiones a las que no podemos dar una respuesta; quien escribió la tablilla conocía los hechos y no esperaba que la leyesen otras personas que ignorasen estos hechos; del mismo modo que nosotros hacemos anotaciones en nuestros diarios, cuyo contenido es claro para nosotros, pero no tendría sentido para una persona ajena a las circunstancias en que se escribieron. El problema subsiste y subsistirá siempre. No podemos conocer todos los hechos y sucesos de los que las tablillas son un registro parcial. Hemos de examinarlas tan minuciosamente como sea posible, compararlas con documentos semejantes de otros sitios, confrontarlas con los testimonios arqueológicos. La imaginación puede ayudar a llenar los huecos, y en el capítulo 8 intentaré analizar la vida en el mundo micénico a través de los textos; pero no es legítimo pretender saber más de lo que realmente sabemos.

Mi correspondencia con Ventris se desarrolló en un rápido intercambio de puntos

de vista y aunque nos reunimos de vez en cuando para discutir problemas y planes de trabajo, por lo general trabajábamos por separado, sometiendo mutuamente a crítica nuestros resultados. Seguimos este método en nuestras publicaciones en común; cada uno de nosotros trazaba una parte que el otro criticaba, muchas veces, y volvíamos a redactarlas en su totalidad teniendo en cuenta las objeciones. Este método no hubiese sido eficaz si no hubiésemos estado tan de acuerdo en nuestra actitud general frente al problema. Tuvimos muchas discrepancias, pero nunca fueron serias, y la mayoría se resolvieron antes de llevar nada a la imprenta; por otra parte, la ventaja de saber todo nuestro trabajo revisado por una segunda persona, contribuyó en no escasa medida a darnos seguridad en nuestro trabajo común.

El primer proyecto era un extenso artículo técnico sobre el desciframiento y yo me sentí halagado cuando Ventris solicitó mi colaboración en él. Yo no deseaba que se me atribuyeran méritos que no me correspondían, pero él insistía en que lo publicásemos en común: de este modo podían incorporarse mis observaciones de un modo global, y, lo que era más importante, nuestros dos nombres como autores de la publicación suponían cierta garantía de que se trataba al menos de un error compartido.

El título fue elegido con cuidado para evitar declaraciones que pudieran parecer exageradas: «Evidence for Greek Dialect in Mycenaean Archives». No pretendíamos haber descifrado la Lineal B; simplemente presentábamos unos indicios que habíamos encontrado. Usábamos «dialect» en lugar de «language» para destacar que admitíamos un nuevo dialecto del griego, y «archives» mostraba que no nos engañábamos con respecto a la clase de documento que intentábamos leer. Lo más arriesgado era el uso de «Micénico» en lugar de «Lineal B»; era nuestra intención enunciar lisa y llanamente un hecho esquivado o rechazado por todos los que habían escrito sobre el tema. La etiqueta de «minoico» estaba anticuada, por lo que se refiere a la Lineal B, desde 1939; el recurso habitual era ignorar el hecho de que Pilos era un lugar micénico, no minoico, o disimular la dificultad bajo un nombre híbrido, como Minoico-micénico o creto-micénico. De nuestra convicción de que la Lineal B contenía griego derivaba la inevitable conclusión de que Cnosos, en el período Minoico reciente II formaba parte del mundo micénico. Esto fue quizá lo más difícil de aceptar para los arqueólogos. Pero la insistencia estaba justificada, y el nombre de micénico, que había servido para designar originariamente la cultura de la Grecia continental en el último período de la Hélade, se extiende ahora por lo general a la escritura de la Lineal B y al dialecto que ésta contiene. El descubrimiento de tablillas escritas en Lineal B en Micenas, en 1952, confirmó la elección de tal término.

La redacción y corrección de «Evidence», como suele llamarse este artículo, nos ocupó hasta noviembre de 1952. Tuvimos la suerte de conseguir, con la amable intervención de Mr. J. T. Dunbabin, que fuese admitido para la publicación en el número de 1953 del *Journal of Hellenic Studies*. Tuvimos suerte por dos razones: es difícil conseguir publicar un artículo en una revista inglesa clásica en un plazo

inferior a dieciocho meses, y en 1952 las consecuencias de la guerra aumentaban los retrasos de publicación; por otra parte, era extremadamente difícil para un editor estimar el valor de un artículo de este tipo. Si resultaba ser uno de tantos artículos, sería lamentable haber malgastado en ella 20 páginas de un espacio muy valioso; de otra parte, si los autores tenían razón en sus pretensiones, el artículo tenía un interés de primer orden, y acreditaría a la revista que lo publicase. Afortunadamente, los editores decidieron publicarlo, por lo que les estábamos muy agradecidos; de no ser así, nos hubiésemos visto obligados a publicarlo en el extranjero: el Profesor Björck nos había ofrecido para ello la revista sueca *Eranos*.

En la primera parte del artículo examinábamos la verosimilitud histórica de la tesis de que el griego fuese la lengua de la Lineal B. A continuación venía un análisis de los textos, hecho por entero sobre pruebas internas, explicando brevemente los principios del casillero silábico. Esta parte ha sido mal comprendida e interpretada torcidamente por nuestros críticos, e incluso quienes nos apoyan la han tachado de incompleta o insuficiente. Pero consideraciones de espacio impedían dar el análisis detallado que habían ocupado tantas páginas de las *Notas*, y una vez lograda la solución parecía más importante reunir todas las pruebas que la confirmaban que los indicios parciales que habían conducido a ella. Quizá era éste un criterio equivocado por nuestra parte; pero los editores no hubiesen estado tan bien dispuestos si nos hubiésemos extendido en este punto.

Una de las dificultades que abruman a toda persona que escribe sobre este tema es la de la imprenta. Era preciso citar numerosas palabras y frases de la escritura Lineal B, y hacer un grabado especial para cada palabra, hubiese resultado excesivamente caro. En lugar de hacerlo así, citamos las palabras en nuestra propia transcripción, de la cual se había impreso una lista; esto se complementaba con otra página con 223 palabras y frases en Lineal B, con un número de referencia para citarlas en el texto. Este recurso ahorró dinero, pero llevó a una anticipación de los resultados algo confusa.

El casillero silábico experimental daba los valores de 65 signos, siete de los cuales aparecían sólo a modo de ensayo. Los trabajos posteriores han hecho desaparecer la mayor parte de los interrogantes, pero había un signo, señalado como dudoso, que estaba equivocado (qo_2 , sabemos ahora que es su) y se han hecho otras modificaciones menores (da_2 , se considera generalmente como du , y nu_2 , es más exactamente nwa). Pero la inmensa mayoría de estos valores no han sido discutidos nunca, salvo por quienes rechazan el desciframiento en su totalidad.

Después insertábamos las «supuestas reglas de ortografía micénica». Estas reglas se nos habían impuesto como consecuencia de la identificación de las palabras micénicas como griegas; en muchos casos eran inesperadas e inoportunas, pero es preciso subrayar, en vista de la crítica subsiguiente, que aunque determinadas empíricamente, forman un cuadro coherente. El principio básico es que la lengua ha de representarse en la forma de sílabas abiertas; cuando una sílaba comienza por dos

o más consonantes ha de repetirse la vocal; pero cuando una sílaba acaba en consonante y la siguiente empieza también por consonante, se suprimen ambas. Las reglas pueden resumirse como sigue:

1. Se distinguen cinco vocales (*a, e, i, o, u*), pero sin marcar su cantidad.
2. Se indica el segundo componente de los diptongos en *-u* (*au, eu, ou*).
3. Se omite generalmente el segundo componente de los diptongos en *-i* (*ai, ei, oi, ui*), excepto delante de otra vocal, cuando aparece como *j*, y en el signo inicial *ai*.
4. El sonido de transición que se introduce al pronunciar una *i* seguida de una vocal se indica generalmente por la *j*, el de después de *u* por la *w*. Estos sonidos se omiten generalmente en la ortografía alfabética griega.

5. Hay doce consonantes:

-j (= *y* inglesa) utilizada exclusivamente para indicar la *i* en diptongo o bien (véase el punto 3) como sonido de transición.

w = la antigua letra griega digamma (F), pronunciada como la *w* inglesa.

d, m, n, s, con los mismos valores que en griego (aproximadamente como en español).

k = k, kh, g; p = p, ph, b; t~t, th.

r = r y l.

z = 3 griega, siendo dudoso su valor o valores fonéticos exactos en la época micénica.

q = una serie de sonidos llamados labio-velares (*k^w, g^w, k^{uh}*), algunos de los cuales se conservaron en latín p. e., *quis, ninguít*), pero han desaparecido completamente en el griego clásico, donde según la posición aparecen como *k, p* o *t* (y las correspondientes oclusivas para las formas sonoras y aspiradas). Su existencia en el griego prehistórico se había pronosticado hace mucho tiempo.

6. No existe signo para el espíritu áspero, ni se distinguen las consonantes aspiradas *th, ph, kh* (las griegas θ, ϕ, χ) de las aspiradas.

7. *l, m, n, r, s*, se omiten cuando van al final de una palabra o preceden a otra consonante; p. e., *po-me = poimên*, «pastor»; *ka-ko = khalkós*, «bronce»; *pate = patêr*, «padre». Esta extraña regla puede enunciarse más científicamente así: las únicas consonantes finales admitidas en griego (*n, r, s*) se omiten, y esta práctica se extiende a las sílabas cerradas en medio de la palabra (esto es, ante otra consonante) y a otros sonidos de estas clases (*l, m*).

8. La *s-* inicial se omite ante una consonante; entonces también extendimos la regla a la inicial *w-*, pero más tarde se comprobó que esto era un error debido en gran parte a las etimologías erróneas que vienen en los diccionarios.

9. En grupos consistentes en consonante + *w*, ambas consonantes se escriben, siempre que la vocal que interviene sea distinta de la de la sílaba siguiente o *u*; pero la *r* delante de *w* suele omitirse.

10. Las consonantes oclusivas (*d, k, p, q, t*) que preceden a otra consonante se escriben con la vocal de la sílaba siguiente (raras veces con la de la precedente) (p. e.,

ku-ru-so = khrysós); asimismo *mn* (como en *A-mi-ni-so = Amnisós*) Para expresar grupos finales de consonantes se adoptan medidas especiales (p. e., *wa-na-ka = wanax*).

Sabíamos ya que el silabario contenía algunos signos que eran al parecer intercambiables y que por ello se transcribían pa_2 , a_2 , etc. Posteriormente se ha incrementado su número; pero aunque este método de transcripción es útil, conocemos ahora mejor las condiciones de utilización de estos signos. Por ejemplo, ahora se cree generalmente que pa_2 es el desaparecido qa . Del mismo modo, ra_2 representa generalmente ria , $ra_3 = rai$, etc. Existen también unas cuantas anomalías en el sistema, tales como un signo para pte , para nwa y —descubierto más recientemente— para dwo .

Generalmente hablando, las reglas de ortografía concuerdan con el chipriota, pero las diferencias que mencionamos seguidamente muestran que no existía una exacta concordancia entre ambos sistemas. En chipriota los diptongos en $-i$ suelen indicarse; las consonantes labiovelares han sido eliminadas del dialecto, y así no existe la q ; d no se distingue de t ; pero l y r guardan su diferencia; el uso de z es discutido y parece haber un signo especial para xe . Las consonantes finales se expresan añadiendo una vocal e que no se pronuncia, y todos los grupos de consonantes se expresan insertando vocales suplementarias, con la excepción de que la n se omite ante otra consonante. Se ha hablado mucho de los defectos del micénico comparado con el chipriota, pero como es sabido los productos más tardíos suelen presentar un perfeccionamiento con respecto a los más primitivos, y no podemos censurar a los habitantes de Micenas si sus soluciones al problema de inventar una escritura «no son siempre las que hubiera propuesto un subcomité de la UNESCO».

El artículo «Evidence» daba una lista completa de las palabras que habían sido obtenidas al establecer series de vocales y consonantes para confeccionar el casillero, pero el casillero sin descifrar fue suprimido —una lástima, porque la composición gradual del mismo, tal como lo reseñamos en el capítulo 4, hubiese sido más convincente. Una vez más hemos de señalar la escasez del espacio disponible; nadie se ha quejado de que «Evidence» contuviese demasiado material. No obstante, con una mirada retrospectiva, creo que la sección titulada «Puntos de partida para una transcripción experimental» hubiese quedado mejor si se hubiera intentado seguir más de cerca el orden del descubrimiento. No indicamos allí con claridad la significación crucial de los nombres geográficos cretenses, ni insistimos sobre el hecho de que la solución griega venía impuesta por estas identificaciones; se daba la impresión de que tales nombres venían como una verificación de valores derivados de identificaciones con otros griegos.

Esta parte del artículo terminaba con cuatro aclaraciones dirigidas a desarmar a los críticos que pudieran protestar de que el desciframiento fuese incompleto: (1) el dialecto es mil años más antiguo que el griego ático clásico, distancia mayor a la existente entre el *Poema del Cid* y Azorín (2); los archivos no son ensayos literarios,

sino asientos muy abreviados; (3) el artículo representa solamente los tres primeros meses de trabajo sobre un tema enteramente nuevo; (4) no era posible en modo alguno tratar todo el material; se había concentrado la atención sobre las tablillas más significativas.

A continuación venía una sección demostrando las variaciones debidas al género. El mejor ejemplo de ello era una tablilla en la que el masculino *do-e-ro* (en griego clásico *doûlos*, «esclavo») estaba en correlato con *pa-te* (*patêr*, «padre»), y el femenino *do-e-ra* con *ma-te* (*mêtêr*, «madre»). El análisis de los nombres propios de persona mostraba los diferentes tipos de declinación, que fueron confirmados más tarde mediante el estudio de términos relativos a las profesiones, de los cuales se hizo una lista de cien. Los verbos son relativamente escasos, pero se encontraron cuatro formas del verbo *ékho*, «tener», y también se identificaron y discutieron algunos otros verbos, en particular los participios pasivos con la terminación característica del griego, *-me-no* (*-menos*). En estas secciones del trabajo se incluían ejemplos de los principales tipos de tablillas. Una de las tablillas con carros de guerra se traducía así:

Carros de caballos, pintados de carmesí y con carpintería completa, provistos de riendas. La vara (?) es de madera de higuera, con guarniciones (?) de asta y (no?) hay «estribo».

Esta versión se ha perfeccionado desde entonces utilizando las indicaciones suministradas por otras tablillas; no entendemos del todo aún las palabras traducidas por: «con carpintería completa» y «guarniciones». La «vara» está equivocada; sería probablemente alguna parte del freno o de la testera de los caballos y la «madera de higuera» debe ser «cuero». Estas correcciones muestran los avances logrados e igualmente hacen ver que el sentido general se había descubierto ya entonces. La mayoría de las frases traducidas se aceptan hoy, aunque comprendemos mucho mejor, después de cinco años de trabajos de numerosos eruditos, lo que se esconde tras esas fórmulas.

«Evidence» finalizaba con una breve sección sobre la posición del dialecto micénico. Trazábamos sus rasgos principales y los comentábamos en relación con los dialectos del período clásico y con otras lenguas emparentadas. Se adelantaba la conclusión, que no ha sido modificada, de que el nuevo dialecto estaba muy estrechamente relacionado con el arcadio y el chipriota, tal como se había dicho anteriormente; pero destacábamos también, bajo la influencia de la opinión predominante sobre el parentesco dialectal, sus lazos con el eolio. Desde 1952 han aparecido nuevos e importantes trabajos que han modificado la opinión general, y ello ha motivado un cambio de dirección y el abandono del nombre propuesto para este dialecto, «aqueo antiguo». Esto ha inclinado a algunas personas a creer que nosotros habíamos cambiado de opinión sobre la naturaleza del dialecto; lo que ha cambiado realmente en estos años ha sido una parte de los supuestos generales. El

artículo termina con unas líneas sobre la importancia que adquirirían las tablillas para el estudio de Homero, una predicción que se ha cumplido en corto plazo.

Durante los meses que mediaron entre la redacción de «Evidence» y su publicación en otoño de 1953, hubimos de hacer acopio de paciencia. Conversando con otros colegas habíamos logrado ganar algunos partidarios, y como consecuencia nos pidieron que diésemos conferencias sobre el desciframiento en círculos eruditos y no eruditos en diversos lugares del país. Así se iba preparando el ambiente para la aparición del artículo.

Tuvimos la fortuna de obtener en seguida la adhesión de L. R. Palmer, recientemente nombrado para la cátedra de Lingüística de las lenguas clásicas en Oxford y de dos notables eruditos suecos, los profesores A. Furumark y G. Björck de Upsala. Su ayuda posterior y su apoyo en aquella época contribuyeron en gran medida a vencer las vacilaciones que encontrábamos en nuestros colegas.

Furumark fue el primero que habló sobre nosotros en público, en noviembre de 1952, con ocasión de una entrevista de la prensa sueca. Venía recibiendo las *Notas* y cuando le llegó el Vocabulario Experimental fue como «una bomba colocada en su buzón». Los elogios que prodigó a Ventris fueron divulgados por la prensa en todas partes, pero entonces eran muy pocas las personas que habían visto el desciframiento y Bennett en Yale, cuando se solicitó su opinión, se mostró estudiadamente reservado.

En su correspondencia privada con Ventris, Bennett se había expresado con mayor libertad. El 6 de julio escribía: «No sé si felicitarle o expresar mi sentimiento por su reciente desciframiento, puesto que ha llegado en un momento demasiado inoportuno, precisamente cuando yo estaba comprobando datos en el índice... Debo decir que no estoy de acuerdo con su facilidad para lograr *l r m n t q w e r t*, etcétera, pero había otras cosas que parecían muy razonables». Durante todo aquel año estuvo demasiado ocupado para dedicar el tiempo necesario a comprobar el desciframiento y al recibir un borrador de «Evidence» en octubre, escribía: «Probablemente ahora volveré a mis dudas, pensando un día que tiene usted razón y otro que no la tiene».

La conferencia que dio Ventris en Londres, el 24 de junio de 1953, fue reseñada por *The Times*; un notable artículo discutía la tesis y sus posibles consecuencias. Este artículo aparecía junto a un comentario sobre la conquista del Everest, coincidencia que no pasó desapercibida; y poco tiempo después se iba a definir el desciframiento como el «Everest de la arqueología griega». Pero por supuesto, un hecho era cierto y comprobable; el otro no era sino una pretensión dudosa que había de verificarse, y *The Times* tenía razón para encabezar su comentario: «¿En el umbral?».

Imaginábamos que nuestro artículo suscitaba una larga y aguda controversia antes de que fuese aceptada plenamente la teoría. Los eruditos no aceptan cambios revolucionarios sin hacer profundas indagaciones; y aun así hay algunos siempre reacios. Pero en esto nos equivocábamos. Antes incluso de la publicación de la teoría, el profesor Biegen puso en nuestras manos una confirmación decisiva, un arma tan

poderosa que aseguraba el fracaso de la oposición antes de que ésta se hubiese manifestado.

CAPÍTULO 6

EL DESCIFRAMIENTO Y LA CRÍTICA

En mayo de 1953, una tarde sonó el teléfono en mi piso de Cambridge. Michael Ventris me llamaba desde Londres en un estado de gran excitación —raras veces mostraba signos de emoción, pero éste era para él un momento dramático. La causa era una carta que había recibido del profesor Biegen, el excavador de Pilos. Sabíamos que Biegen había exhumado nuevas tablillas en 1952, pero nadie las había examinado detenidamente; se habían limpiado durante el invierno y hasta la primavera siguiente no estuvieron dispuestas para su estudio. La carta de Biegen decía:

«Desde que volví a Grecia he pasado mucho tiempo trabajando con unas tablillas de Pilos, preparándolas debidamente para poder sacar fotografías. He probado en algunas de ellas su silabario experimental. Le incluyo una copia de P641 que puede ser interesante para usted. Evidentemente se trata de recipientes, uno con tres patas, otros con cuatro asas, otros con tres y otros sin asas. La primera palabra según su sistema parece ser *ti-ri-po-de* y vuelve a aparecer otras dos veces en la forma *ti-ri-po* (¿singular?). La vasija de cuatro asas va precedida por *qe-to-to-we*, la de tres asas por *ti-ri-o-we* o *ti-ri-jo-we*, la que no posee asas por *a-no-we*. Todo esto parece demasiado bueno para ser cierto. ¿Puede excluirse una mera coincidencia?

Debe citarse el texto entero de esta tablilla, ahora famosa.

¹ *ti-ri-po-de ai-ke-u ke-re-si-jo we-ke* 
ti-ri-po e-me po-de o-wo-we  1
ti-ri-po ke-re-si-jo we-ke a-pu ke-ka-u-me-no ke-re-a₂ [
² *qe-to*  3
di-pa me-zo-e qe-to-ro-we  1
di-pa-e me-zo-e ti-ri-o-we .e  2
di-pa me-wi-jo qe-to-ro-we  1
³ *di-pa me-wi-jo ti-ri-jo-we*  I
di-pa me-wi-jo a-no-we  0

Se discute todavía la interpretación de algunas frases de esta tablilla, pero el análisis de su contenido, hecho por Biegen a partir de los ideogramas es evidente, y las palabras relativas a ellos son claras. Donde hay un dibujo de una caldera con trípode tenemos la palabra *ti-ri-po*, esto es, *trípos*, «trípode», o en la forma dual, *ti-ri-po-de*, trípode, con el número dos (puesto que en griego primitivo existe una forma especial de declinación para dos unidades de una cosa). La serie de vasijas que van al final son las llamadas todas *di-pa* (dual *di-pa-e*) que debe ser la vasija que Homero llama *dépas*. Aquí surgen dos dificultades: en primer lugar tenemos la vocal *i* en lugar de la ϵ griega, pero se han encontrado otros casos semejantes y parecen limitarse a ciertas palabras; en segundo lugar, traducimos usualmente la palabra homérica por «copa», aunque es evidente que en muchos casos no se trata de un recipiente para beber, sino mucho mayor —el *dépas* de Néstor era tan pesado que cuando estaba lleno apenas podía levantarlo un hombre solo—. La explicación más aceptable sería que, como sucede con frecuencia, el tipo de vasija a que se aplica este término había cambiado a lo largo de los siglos. Los primeros adjetivos que describen a tales vasijas son *me-zo* y *me-wi-jo*, «más grande» y «más pequeño», dos palabras que ya conocíamos, pues servían para clasificar los niños en «mayores» y «menores». Siguen adjetivos variables según el número de asas. El segundo elemento del vocablo compuesto es *-owe* = $\hat{o}wes$ (o bien *-oues*) y significa «oreja». Esta palabra es la usada corrientemente en griego para designar las asas de una vasija: la «copa» de Néstor tenía cuatro «orejas». La primera parte es *tri-* (como en *tripos*) que corresponde a «tres», *q^uetro-* a «cuatro» (en griego clásico *tetra-*, pero cfr. en latín *quattuor*), y *an-* (el prefijo negativo) cuando la vasija no tiene asas.

Esta asombrosa coincidencia no puede lograrse de una manera puramente accidental y ello era una prueba de que el desciframiento era innegable. Algunas personas no estaban convencidas —examinaremos sus objeciones más adelante—. Pero quienes no tuviesen prejuicios en contra podían comprobar que el sistema era eficaz; podrían lograrse perfeccionamientos posteriores, pero la base era sólida.

Hubimos de reconocer en seguida que no todo eran rápidos progresos. Por ejemplo, los tres jarros estrechados en el cuello, denominados *qe-to*; no existe ninguna palabra griega que coincida con ésta, aunque Bennett sugirió después que podía tratarse de una forma primitiva de la palabra *píthos*. No estábamos de acuerdo tampoco en la interpretación de las descripciones de los trípodes: se hicieron numerosas sugerencias, ninguna de ellas libre de objeciones, y habremos de esperar a que se descubran nuevos textos de la misma clase para poder estar seguros de lo que significan. Hay un punto sobre el cual han insistido mucho nuestros críticos: la segunda anotación en la línea 2 presenta la palabra *me-zo-e*, que es la forma dual, al igual que en la anotación siguiente, a pesar de que lleva el número uno y las palabras precedente y siguiente son iguales. En realidad la respuesta es muy sencilla: el escriba se equivocó, equivocación muy fácil de cometer si estaba ya pensando en la anotación siguiente; hay numerosos casos en los que podemos dar por seguro que el

escriba cometió un error, por ejemplo, si una tablilla contiene una fórmula constantemente repetida y una de las veces aparece, sin razón alguna, escrita de un modo diferente, no hemos de tener reparos en considerarla como una falta. Después de todo, ¿quién de nosotros escribirla un millar de listas sin equivocarse ni una sola vez? Y una vez seca la arcilla era imposible borrar la palabra y corregirla. Claro que cuando estas faltas aparecen en frases aisladas son muy difíciles de descubrir y varias veces hemos sufrido desviaciones por errores de este tipo.

La dificultad que presentan las descripciones de los trípodes consiste no en que no podamos traducirlas, sino en que tenemos demasiadas versiones posibles, y los elementos de juicio de que disponemos son insuficientes para acertar la verdadera. Puede mencionarse una frase bastante clara: el tercer trípode se describe como *apukekauménos skélea*, «con las patas abrasadas». Se han opuesto objeciones a esta traducción arguyendo que no se hubiese incluido en el inventario una vasija no utilizable. No podemos aventurar tal objeción puesto que ignoramos con qué propósito se escribió la tablilla, aunque evidentemente es un inventario. Quienes tienen cierta experiencia de este tipo de documentos saben que en ellos no figuran exclusivamente artículos nuevos; y tenemos un exacto paralelo en las tablillas que registran ruedas de carros inservibles.

Para Ventris y para mí, esta tablilla era un don del cielo. No porque necesitásemos nuevas piezas de convicción, sino porque veíamos que era una prueba que convencería a cualquiera que juzgase con imparcialidad. Blegen hizo cuanto pudo por activar su publicación y Ventris dio a conocer su propia versión en la primavera de 1954, en la revista americana *Archaeology*. Pero con anterioridad se había aludido a ella en algunas conferencias y las noticias habían trascendido al amplio círculo de eruditos que se interesaron por el artículo «Evidence».

La Hellenic Society publicó una separata de «Evidence», de la que se vendieron más de mil ejemplares, hecho sin precedentes en los anales de la Sociedad. Pronto comenzaron a aparecer recensiones en revistas leídas en todo el mundo y los periódicos y revistas populares publicaron también no pocos artículos sobre el tema. Es difícil saber hasta qué punto influenciaron a los comentaristas las noticias de la confirmación de la teoría, pero así y todo, la recepción pudiera no haber sido tan entusiástica. Un comentario característico era el del profesor M. Sánchez Ruipérez, en la revista española *Zephyrus*, a comienzos de 1954:

«Aunque sea susceptible de ulteriores precisiones y rectificaciones, la interpretación a que nos referimos (que viene a coronar varios años de tenaz esfuerzo del joven arquitecto inglés Mr. Michael Ventris) reúne en conjunto —digámoslo desde ahora— todas las garantías exigibles (lectura de frases enteras con un sentido adecuado al que los ideogramas hacen esperar, lectura de topónimos y nombres propios conocidos, perfecta coherencia ortográfica y gramatical) y ha de ser por consiguiente calificada de definitiva».

De esta opinión se hicieron eco otros eruditos, no sin algunas reservas; ya desde el principio, el desciframiento fue sometido a la más rigurosa comprobación y análisis. Así, el profesor Chantraine, de París, notable experto en lengua griega, protestaba de la ausencia de una exposición completa del proceso que había llevado al desciframiento. Hacía notar la desproporción del silabario: un signo para un grupo tan raro como *pte*, un signo para el diptongo inicial *ai*, pero no para los otros diptongos. La tosquedad de la escritura también suscitaba dificultades; era muy sencillo formar palabras griegas cuando las reglas de ortografía permitían tales libertades. Y así continuaba a lo largo de veinte páginas exponiendo las objeciones que el desciframiento motivaba. Pero a pesar de ello no dudaba de que la solución era acertada:

«Desde el desciframiento de la escritura hi ti ta [escribía el profesor Chantraine], el descubrimiento de Michael Ventris debe considerarse como el más importante progreso alcanzado en este campo de investigación... Su sistema lingüístico funciona y nos obliga a revisar desde la base ideas aceptadas hasta ahora. Las extremas dificultades de la escritura, la ausencia de textos bilingües tienen como consecuencia el hecho de que, consideradas en detalle, las tablillas presentan todavía dificultades de todo orden. Está por establecer aún la filología del «aqueo antiguo». Pero sus progresos serán rápidos gracias a su descubridor...».

Más crítica fue la reseña que nos llegó de la ciudadela de la arqueología minoica: un artículo del Dr. N. Platon, el director del Museo de Iraklion, donde se conservan todos los tesoros de Cnosos. Sin duda era peculiarmente irritante para un griego escuchar de labios de un extranjero que las tablillas de su propio museo estaban escritas en su propia lengua. No es extraño que examinase el desciframiento con cierto escepticismo y tratase de encontrar todos los posibles puntos débiles de la argumentación. Su juicio puede resumirse en un «No demostrado»; pero en los años que siguieron inició un cambio de actitud.

En ello puedo atribuirme una pequeña intervención. Tuve ocasión de pasar una semana en Creta, durante la primavera de 1955 trabajando sobre las tablillas de Cnosos. En el curso de una conversación, Platon me dijo que después de la partida de Bennett el año anterior, había hallado en los almacenes del museo algunos vasares que contenían fragmentos de tablillas; habían estado expuestos a la intemperie cuando el museo sufrió daños durante la guerra y él creía que no nos serían útiles. Realmente estaban en muy mal estado; algunas se habían desmenuzado hasta convertirse en polvo o se desmenuzaban al menor contacto. Sin embargo, pude salvar un cierto número de piezas de regular dureza. El tiempo me impidió ocuparme debidamente de ellas y dejé este trabajo para que Ventris lo acabase meses más tarde. Pero tuve una suerte enorme. Encontré una pieza bastante grande que constituía la

parte izquierda de una tablilla de dos líneas; la rotura mostraba claramente media cabeza de caballo —el ideograma para expresar «caballo»—. Ahora bien, en las tablillas de Cnosos sólo aparecían caballos cuando se trataba de carros de guerra, con una forma muy diferente, y en una tablilla aislada que mostraba caballos y potros —una famosa tablilla en la que Evans había identificado y rechazado después la palabra correspondiente a «potro». La parte izquierda de esta tablilla no se había encontrado hasta entonces: ¿era ésta la pieza que faltaba? La limpié a toda prisa y la llevé al piso inferior a la vitrina en la que se exponía la tablilla. La puse sobre el cristal; parecía que encajaba bien. Vino Platon y abrió la vitrina y vimos que ajustaba perfectamente. Una revelación feliz; pero además había algo en este fragmento que conmovía el escepticismo de Platón, porque ahora teníamos ya las palabras introductorias de cada línea, que decían así: *i- ρ o* «caballos» y *o-no* «asnos». De nuevo había que hacer la pregunta de Biegen: «¿Puede excluirse una mera coincidencia?» ¿Cuáles son las probabilidades de que dos series de cabezas equinas se introduzcan con las palabras que corresponden en griego a caballos y asnos? Tales probabilidades rebasan el cálculo matemático; sólo podemos recurrir al sentido común. Una vez más nuestros críticos opusieron objeciones: ¿por qué no muestran los dibujos diferencias más marcadas entre asnos y caballos? La respuesta es quizá simplemente que el escriba, habiendo escrito las palabras correspondientes, no juzgó necesario este esfuerzo. Es probable asimismo que hubiese un signo ideográfico típico para «caballo», pero no para «asno»; ¿no era lógico emplear el mismo signo, pero con la indicación fonética para señalar la diferencia?

Durante este período, Ventris recibió muchas cartas de expertos extranjeros a quienes venía informando sobre sus trabajos. El tono de estas cartas era extremadamente favorable. El profesor Sittig, por ejemplo, que estaba entregado a su propio desciframiento, mostró su generosidad al abandonar su teoría y apoyar la de Ventris. El 22 de mayo escribía: «Se lo repito: sus demostraciones son criptográficamente las más interesantes que he conocido hasta ahora y realmente sugestivas. Si usted está en lo cierto, los métodos de la arqueología, etnología, historia y filología de los últimos cincuenta años son reducidos *ad absurdum*». Y una semana más tarde: «Le estoy enormemente agradecido por sus interesantes noticias sobre la nueva inscripción, que aleja toda duda y verifica por completo su hipótesis».

El profesor sueco Martin P. Nilson, especialista en religión micénica y griega, estaba entusiasmado. Señaló que, si resultaba cierto, el descubrimiento de Ventris superaría los de Champollion y Rawlinson, puesto que ellos tenían textos paralelos o por lo menos algunas palabras como punto de partida. No obstante, se excusó de pronunciarse definitivamente sobre ello, por no considerarse competente para juzgar una cuestión lingüística. Esto era sin duda una dificultad para los arqueólogos: Enjuiciar el desciframiento era un problema lingüístico. Quienes conocían solamente el griego clásico estaban preocupados por formas que no les resultaban conocidas, pero esas mismas discrepancias constituían una fuente de satisfacción para los

lingüistas que habían reconstruido ya algunas de ellas por comparación con los dialectos clásicos.

El Profesor J. Friedrich, de Berlín, que acababa de escribir un libro sobre el desciframiento de lenguas desconocidas, escribió a Ventris el 12 de febrero de 1954: «No he tenido tiempo todavía de estudiar a fondo su trabajo. Pero por lo que he podido ver, la impresión que produce es la de algo excelente y bien meditado, y los diferentes argumentos encajan tan bien unos con otros que realmente parece que ha hallado usted la verdadera solución». Sin embargo, pasaron casi dos años antes de que hiciese profesión pública de su adhesión en un breve artículo en la revista *Minos*. Esta publicación, que había sido iniciada en Salamanca como revista internacional de los trabajos sobre temas minoicos, ha llegado a ser ahora el principal vehículo del trabajo especializado sobre la Lineal B. A principios de 1956, Friedrich escribía:

«Prudente por experiencia, me he mostrado reservado, si no opuesto, durante mucho tiempo, con respecto al original desciframiento de la escritura cretense Lineal B, llevado a cabo por M. Ventris. No obstante, tras minuciosa comprobación de sus métodos y sus resultados, he llegado a la firme convicción de que este desciframiento es efectivamente exacto y ha establecido una base sólida, aun cuando en el detalle, según declara el propio Ventris, queda mucho por corregir».

El Profesor americano I. Gelb fue otro de los estudiosos que, no obstante su sorpresa, aceptó muy pronto el desciframiento: «Puedo decirle sin más vacilaciones —escribió a Ventris en noviembre de 1953— que estoy plenamente convencido de la exactitud de su desciframiento... El griego que usted ha descubierto, tan cerca del homérico como está, debo confesar que fue una gran sorpresa para mí. Pero no por ello dudo de sus conclusiones».

Los primeros comentarios sobre el desciframiento eran en su mayor parte una exposición de los hechos y una apreciación de las pruebas. Pero muy pronto empezaron a aparecer otras aportaciones que aumentaban nuestros conocimientos. Los eruditos estaban preparados para tomar nuestro trabajo como base y construir sobre él, y comenzaron a surgir nuevas ideas y perfeccionamientos. El extenso artículo de Furumark representaba un avance considerable, porque examinaba las diversas categorías de tablillas y demostraba cómo todas podían interpretarse en griego. La lección inaugural de Palmer, titulada «Acheans and Indo-Europeans», fue una incitante relación de los resultados del desciframiento, presentada con una gran habilidad lingüística. Sería vano pretender que él y yo estamos de acuerdo en todos los detalles, y habré de examinar su teoría sobre la cultura indoeuropea en el próximo capítulo; pero aprovecho gustoso esta ocasión para reconocer lo mucho que los estudios micénicos le deben.

Ventris y yo tampoco guardábamos silencio. Ya en diciembre de 1953 habíamos

publicado en la revista *Antiquity* un artículo menos técnico sobre los resultados y métodos del desciframiento. La conferencia de Ventris en el Congreso Internacional de Estudios Clásicos de Copenhague, en 1954, fue un triunfo; cuando mostró la diapositiva de la tablilla de los trípodas descifrada, el auditorio entero rompió en aplausos antes de que Ventris pronunciase una palabra. Cuando hubo acabado su disertación, un gran número de eminentes helenistas le felicitaron públicamente y se declararon convencidos. Yo no estaba presente, y sólo gradualmente y por medio de otras personas supe de la magnitud de su éxito. Ventris era demasiado modesto para hablar de ello, y simplemente me dijo que todo «había ido bien».

La perspectiva más incitante era la de leer todas las nuevas tablillas de Pilos halladas en 1952. La publicación no podía acelerarse, pero Biegen fue muy amable y nos dejó ver los textos. Bennett, que había llegado a convencerse con la tablilla de los trípodas, copió por primera vez una selección de las nuevas tablillas para nosotros y, en 1954, Ventris pudo hacer ya una transcripción completa y discutió las interpretaciones con Bennett en Atenas. El profesor Wace, muy amablemente también, nos permitió copiar las tablillas halladas en Micenas en 1954.

Con esta ventaja teníamos ya una base sólida para escribir un trabajo de conjunto sobre las tablillas. Una vez más Ventris me invitó a participar en la labor y nuestra colaboración nos permitió terminar un volumen de 450 páginas en poco más de un año. Durante este tiempo, ambos visitamos Atenas y confrontamos las interpretaciones de las tablillas con los originales, por lo cual los textos que dimos no son exactamente iguales a los editados por Bennett. Nuestra obra sobre los textos de Cnosos fue publicada separadamente, con la ayuda de Bennett, en la forma de una transcripción en alfabeto latino. *Documents in Mycenaean Greek* fue terminado en el verano de 1955 y publicado en el otoño del año siguiente, unas semanas después de la muerte de Ventris.

El libro estaba compuesto de tres partes: primeramente iban cinco capítulos introductorios, que trataban del desciframiento, de la escritura, del dialecto, de los nombres propios, y un resumen del conocimiento resultante sobre la civilización micénica. El núcleo central del libro estaba constituido por una selección representativa de trescientas tablillas procedentes de los tres lugares, escogidas de modo que incluyesen las más interesantes e importantes. No se excluyó ninguna por el hecho de que fuese difícil de interpretar; y se discutían muchas más tablillas en las notas y en el comentario. Salvo en muy pocos casos, siempre se daba una traducción, pero con la debida prudencia, indicando las palabras dudosas con letra bastardilla. Cuando no podía darse la traducción se discutían las posibilidades y las dificultades en el comentario. La última parte del libro era un vocabulario que contenía 630 palabras micénicas diferentes, extraídas de todas las tablillas conocidas, indicando sus significados; y una selección de nombres de persona, forzosamente restringida a los más interesantes en vista del enorme número de palabras que podían identificarse como tales (más de 1.200).

Las recensiones que se hicieron de este libro fueron por lo general tan favorables como las que se habían hecho anteriormente de «Evidence». Pero unas semanas después de la publicación de *Documents* vino el primer ataque serio. Miss J. Henle, que tuvo la mala fortuna de terminar un estudio estadístico de la Lineal B al mismo tiempo que Ventris publicaba su teoría, nos había dirigido ya algunas críticas; ella, naturalmente, era hostil a una teoría que difería de la suya, aunque creía también que la lengua era el griego.

La revista *Journal of Hellenic Studies*, que tres años antes había publicado «Evidence», insertaba ahora un prolijo artículo del que era autor A. J. Beattie, profesor de griego en Edimburgo. Había sido uno de mis maestros en Cambridge y por ser uno de los más notables expertos ingleses en dialectos griegos, Ventris y yo le habíamos dado a conocer nuestro trabajo, ya en 1952, con la esperanza de persuadirle a unirse a nosotros. Pero no pudo aceptar nuestros argumentos, y a pesar de la correspondencia que mantuvimos e incluso a la vista de los nuevos materiales que le enviamos, no cambió de actitud. Escribió su artículo sin haber leído *Documents*, pero, aunque este libro respondía a muchas de sus dudas, no logró convencerle y lo comentó en el mismo tono hostil en la *Cambridge Review*.

Beattie comenzaba admitiendo como hipótesis que la lengua de la Lineal B era griego y que el silabario estaba formado por sílabas abiertas (consonante + vocal). Después discutía el casillero, aunque es evidente que no comprendió cómo se había construido ni utilizado, y tergiversó toda esta parte del trabajo. Intentaba reconstruir por sí mismo las primeras etapas del desciframiento, cometía muchas equivocaciones y acababa diciendo: «Consiguientemente yo contemplo el cuadro de comparaciones y el casillero con marcada desconfianza». Cabía censurarnos por no exponer con más claridad el proceso que siguió el desciframiento, pero es extraño que a Beattie, que nos preguntó sobre otras cuestiones, no le preocupase nunca conocer cuál fue el orden del descubrimiento. Admite que muchas palabras y frases tienen sentido, pero «no sabemos si Mr. Ventris usó estas palabras *en primera instancia* (la cursiva es suya) para establecer el valor de un signo o de otro». A primera vista, ésta es una objeción bien hecha. A menos que estemos absolutamente seguros de que las palabras citadas como prueba no son las mismas que las que utilizamos para establecer los valores, todo pudiera ser mera ilusión.

Un ejemplo imaginario puede servir para aclarar este engaño. Supongamos que estamos descifrando un mensaje en español y desconocemos el valor de las letras que en él se utilizan. Hallamos siete palabras que pueden clasificarse, por su posición y por la función que desempeñan, como sigue:

Nombre	XYZ	ZYX	
Formas verbales	YZ	YZYX	XYZY
Pronombres	XY	YXY	

Si conseguimos resolver un nombre, el resto se resolverá automáticamente. Pero si lo identificamos erróneamente, todo lo demás carecerá de sentido. De este modo podemos estar seguros de que la única solución posible es la siguiente: X = S; Y = E; Z = R^[1].

Algo semejante podía ensayarse con la Lineal B, pero con un silabario de ochenta y tantos signos es mucho más difícil encontrar palabras formadas por las mismas sílabas en diferente orden. Beattie no podía rechazar *to-sa pa-ka-na* (en griego *tóssa phásgana*, «tantas espadas», seguida de un pictograma representando una espada), porque suponiendo que se hubiesen escogido estas palabras para ponerlas en el casillero, surgen de ellas *pa-?-to*, como el nombre de una ciudad cretense (*Phaistós*); *ka-sa-to* es un nombre (*Xánthos*); *pa-sa* es *pánsan* (acusativo femenino) «toda». No importa cuáles sean las palabras utilizadas; el sentido surgirá solamente si los valores están determinados correctamente. Consideremos esto a una escala más amplia: he aquí una lista en la que aparece cada valor por lo menos dos veces y todas las palabras tienen un sentido aceptable en su contexto:

<i>a-ni-ja-pi</i>	instrumental pl.	<i>hêníai</i>	«riendas»
<i>a-pi-qo-ro</i>	nominativo pl.	<i>amphípoloi</i>	«sirvientas»
<i>a-ra-ru-ja</i>	participio fem. pl.	<i>araruíai</i>	«provistas»
<i>a-to-po-qo</i>	nominativo pl.	<i>artokópoi</i>	«panaderos»
<i>a-to-ro-qo</i>	dativo sing.	<i>ánthrōpos</i>	«hombre»
<i>ka-ko</i>	nominativo sing.	<i>khalkós</i>	«bronce»
<i>ka-ru-ke</i>	dativo sing.	<i>kêryx</i>	«heraldo»
<i>ke-ra-ja-pi</i>	instrumental pl.	<i>keras</i>	«de asta»
<i>ko-ru-to</i>	genitivo sing.	<i>kórys</i>	«yelmo»
<i>po-ni-ke-qe</i>	dativo sing.	<i>phoínix te</i>	«y un fénix»
<i>qe-to-ro-po-pi</i>	instrumental pl.	<i>tetrápus</i>	«cuadrúpedos»

(Damos las palabras griegas en su forma clásica; por tanto, no son comparables directamente con la ortografía micénica).

Cada una de las palabras identificadas está compuesta de sílabas que se repiten en otras palabras y el vocabulario de *Documents* contiene suficiente material para comprobar todos los signos, salvo los más raros. No tiene mayor importancia saber cómo se obtuvieron los valores; las palabras que de ellos resultan constituyen su propia comprobación. Si tenemos en cuenta las ecuaciones de signos que hicieron posible confeccionar el casillero antes del desciframiento tenemos una doble prueba, porque ya sabemos que, por ejemplo, *sa*, *pa*, *ka* y *na* llevan la misma vocal.

Beattie replicará sin duda que no todas las palabras tienen sentido. Por ejemplo, *ka-na-to-po* y *ka-na-po-to* son ininteligibles, aunque los valores atribuidos sean exactos. Ahora bien, si estuviésemos descifrando un mensaje en una lengua conocida, esto sería sospechoso. Supongamos que la clave española propuesta más arriba diera además $YXXY = ESSE$; nos inquietaríamos a menos que descubriéramos también que el mensaje se refería a Finlandia y que supiéramos, asimismo, que Esse es el nombre sueco antiguo de un río que desemboca en el Mar Báltico. En la Lineal B hay tres cosas que ignoramos: el asunto de que tratan las tablillas, excepto lo que podemos conjeturar por los ideogramas; los nombres propios (con excepción de algunos nombres geográficos); y el dialecto griego utilizado. Es como si descifrásemos mensajes no en español moderno, sino en la lengua y la ortografía de Berceo y *no hubiésemos visto nunca nada semejante*. Si se añade a esto que la escritura no está completa se comprenderá fácilmente por qué no podemos interpretar todas las palabras. *Ka-na-to-po* es un nombre de mujer; *ka-na-po-to* es también probablemente un nombre, pero está en un fragmento que nos da pocos indicios. Si buscamos en el diccionario podemos aventurar el significado de *gnamptós*, «encorvado», para esta última; pero la mayoría de nosotros evita esta clase de interpretaciones. Normalmente no identificamos una palabra hasta tener alguna idea sobre el tipo de palabra que pueda ser según su contexto. Pero repito que no tenemos diccionario de griego micénico ni una lista de nombres propios micénicos. Todas nuestras conjeturas han de basarse en testimonios posteriores en muchos siglos.

Palmer adujo otro argumento semejante, que refuerza al otro, aunque no es en sí

mismo concluyente. La tablilla de trípodas citada al comienzo de este capítulo muestra que *qe-to-ro-* es un elemento en correlación con número «cuatro». En el capítulo IV se demostró también que la palabra correspondiente a «y» se había identificado con el signo *-qe*, unido al final de la palabra a la que sirve de cópula. ¿Cuáles son las lenguas en que la palabra equivalente a la conjunción «y» tiene el mismo sonido aproximado que el principio del número cuatro? Indudablemente el griego cumple esta condición (en griego clásico *te*, *téssares*); pero también otras lenguas muestran esta coincidencia, al menos dentro de la familia indoeuropea: por ejemplo, el sánscrito (*ca*, *catur*).

Esto nos lleva a otro extremo que Beattie no consideró, pero fue objeto de graves objeciones por parte de otro crítico, el profesor E. Grumach, de Berlín, en un artículo publicado en la *Orientalistische Literaturzeitung*, en julio de 1957. ¿Es el griego la lengua de la escritura Lineal B? ¿No son las reglas de ortografía un mero artificio para permitirnos la equiparación de palabras extranjeras con griegas? Hay muchos modos de responder a esto; quizá el más sencillo sea recopilar una lista de algunas de las palabras que van acompañadas de ideogramas evidentes por sí mismos:

<i>ti-ri-po-(de)</i>	 <i>tripous (tripode)</i>	caldera con trébede
<i>di-pa</i>	 <i>dépas</i>	«tipo de vasija»
<i>pi-a₂-ra, pi-je-ra₃</i>	 <i>phiále, phiélai</i>	«plato»
<i>a-pi-po-re-we,</i> <i>a-po-re-we</i>	 <i>amphiphoreús, ampho- reús (origin. dual -rêwe)</i>	«ánfora»
<i>pa-ka-na</i>	 <i>phásgana</i>	«espadas»
<i>to-ra-ke</i>	 <i>thórakes</i>	«corazas»
<i>ko-ru</i>	 <i>korys</i>	«yelmo»
<i>pa-we-a, pa-we-a₂</i>	 <i>phárea (originalmente * pharwea)</i>	«telas»
<i>i-<u>qo</u></i>	 <i>hippos</i>	«caballo»
<i>o-<u>no</u></i>	 <i>ónos</i>	«asno»
<i>po-<u>ro</u></i>	 <i>pôlos</i>	«potro»
<i>ta-ra-nu, ta-ra-nu-we</i>	 <i>thrényes, thrényes</i>	«escabel»

(Las sílabas que van en redondo son las que aparecen más de una vez en esta lista).

Podrían añadirse otras palabras menos evidentes; pero basta una ojeada para apreciar la estrecha correspondencia con las palabras griegas, más estrecha aún si sustituimos las formas clásicas por las más antiguas, tal como se han reconstruido.

Hemos de concluir que la escritura Lineal B contiene griego o bien otra lengua tan semejante a la griega que resulta imposible distinguirla de ella.

Beattie y Grumach trataron de invalidar esta lista de palabras desprestigiando nuestras identificaciones de los ideogramas. Hemos de admitir que el yelmo pudiera ser otra cosa y que la coraza no está muy clara. Pero se ve muy claramente que las vasijas son vasijas, los caballos, asnos y potros, animales de tipo equino. Y nadie puede negar que las trébedes tienen tres patas.

En este punto será conveniente tratar también de otra objeción que se ha hecho frecuentemente: no es probable que se escriba dos veces la misma palabra, en escritura silábica y por medio de un ideograma. Esto es cierto con respecto a las escrituras que son genuinamente ideográficas, si bien los lectores de periódicos japoneses saben que los ideogramas de uso poco común van acompañados generalmente de su interpretación en signos silábicos. Cuando el ideograma es un signo menos sencillo que el simple dibujo del objeto que se quiere representar, puede ser necesario añadir una definición más precisa. Un dibujo puede representar con toda claridad una vasija, pero sin indicar si tiene dos metros o quince centímetros de altura. Su nombre impide cualquier confusión, y ríe sólo se incluye el nombre, sino que a veces se abrevia en un solo signo y se inserta en el dibujo; por ejemplo, el pictograma de una vasija de Cnosos que se asemeja mucho al *di-pa* de Pilos, lleva escrito el signo *di*. De igual modo el dibujo garantiza la correcta interpretación del nombre; esta clase de comprobaciones son comunes en contabilidad, siendo un testimonio de ello la costumbre de escribir en los cheques: Dos libras, £2; tres dólares, \$3.

Hay todavía otra característica de los ideogramas micénicos que destruye por completo esta objeción. Los ideogramas no se utilizan nunca como unidades sintácticas de una frase: aparecen siempre en conexión con números, así: «X e Y, HOMBRES 2», «escabel con incrustaciones de marfil..., ESCABEL 1». Para poder contar es necesario disponer de una unidad, como el niño que no podía sumar 2 y 3, sino solamente dos naranjas y tres naranjas. Esta idea estaba tan arraigada que cuando no existía ideograma (o el dibujo presentaba dificultades) el escriba se sentía obligado a hacer uno, ligando los mismos signos silábicos que acababa de utilizar para escribir la palabra; «diez quesos» se escribe *tu-ro₂* TU + RO₂ 10. En tales casos el escriba no hubiese leído dos veces la palabra *tyroí*, «quesos». La dificultad, pues, no existe.

No es necesario exponer un segundo argumento para demostrar que la Lineal B es griego. Pero el estudio de la flexión es igualmente convincente; mencionaré sólo algunos puntos notables. Hay un antiguo genitivo homérico de nombres en *-os*: *-oio*; así el micénico *do-e-ro*, «esclavo», con genitivo *do-e-ro-jo*. Homero tiene una terminación *-phi* para denotar instrumento o lugar; así las palabras micénicas *a-ni-ja-pi*, «con riendas», *po-ni-ki-pi*, «con fénix» (o «palmeras»), *pa-ji-ka-pi*, «en (el lugar de) Pakianes». He aquí dos ejemplos en que el micénico confirma las predicciones de los lingüistas. El participio activo está formado con un sufijo original, *-wos-*, también

conocido en otras lenguas; pero en griego este sufijo ha sido sustituido, excepto en el nominativo singular, por una nueva formación, *wot-*, que no se encuentra en ninguna otra lengua. El micénico representa una fase anterior a esta innovación: *a-ra-ru-wo-a* es el plural neutro de un participio que significa «provisto» = clásico *araróta*; el micénico ha conservado el sufijo original *-wos-a* que normalmente se convierte en *-woa*. Lo mismo ocurre en el adjetivo que significa «mayor»: el griego ático posee un nominativo masculino plural *meízous*, que se explicó como una contracción de *-oes* (del anterior *-os-es*); el micénico proporciona el eslabón que faltaba: *me-zo-e*. Podrían ponerse otros ejemplos, pero hacen tediosa la lectura a quienes no están familiarizados con la historia de la lengua griega.

Otro argumento esgrimido en contra del desciframiento es que las ambigüedades de la escritura harían imposible su lectura. Que es difícil para nosotros, nadie puede negarlo. Pero no podemos afirmar que un micénico instruido haya encontrado las mismas dificultades. Se opone la objeción de que un signo puede representar hasta setenta sílabas diferentes: *ka* podría ser *ka, kâ, ga, gâ, kha, khâ, kai, kal, kar, kas, kam, kan*, etc. Esto es cierto, pero no lo es con respecto a todos los signos: p. e., *mi* o *u* son mucho más restringidos. Y es falso creer que cuando tenemos una palabra de tres signos, las posibilidades son 703, porque unos valores determinados dados a los signos eliminan automáticamente otros posibles valores de los siguientes. Por ejemplo, la *s-* delante de otra consonante no se escribe nunca al comienzo de una palabra (*ke-re-a₂ = skélea*); pero esto solamente da nuevas posibilidades para el primer signo de una palabra, puesto que una *s* omitida en mitad de una palabra no puede contarse como un posible comienzo de un signo y un posible final del precedente; *pakana = phás-ga-na*, si *pa* equivale a *phas* se elimina *sga* como una posible alternativa de *ka*. En cualquier caso la *5-* inicial no puede omitirse cuando la palabra empieza en escritura micénica por *j-*, *w-*, *r-*, *s-*, *z-*, *n-*, y quizá *d-*. La alternativa de *kam* o *kan* en realidad es ilusoria; estará condicionada siempre por el signo siguiente, o si es final sólo es posible *kan*, puesto que ninguna palabra griega acaba en *m*. De este modo podemos reducir considerablemente los cientos o miles de interpretaciones que son teóricamente posibles.

Hay una consideración aún más importante. La interpretación debe dar una palabra conocida en el vocabulario micénico. Por supuesto, nosotros no conocemos el repertorio total de posibilidades; pero el lector micénico no tendría ninguna dificultad en eliminar todas aquellas posibles interpretaciones que no daban palabras micénicas. Con todo, algunas veces se encontraría con dos o más palabras entre las que elegir y lo haría tomando como base el contexto como hacemos cuando nos enfrentamos con formas escritas como *cura* o *parte*. La determinación de las diferentes desinencias debió ser dificultosa; pero hemos de tener presente que no hay indicación alguna de que los escribas micénicos intentasen nunca hacer frases largas y complicadas. Por lo general, se limitaban a breves fórmulas que debían ser tan familiares que no cabía posibilidad de error. El problema del uso de la escritura entre los micénicos será

tratado en el capítulo siguiente, pero hemos de afirmar ya desde ahora que los argumentos que presuponen un uso tal como lo entendemos nosotros hoy, no son válidos.

Las personas que saben leer reconocen las palabras como unidades completas, y el lector que se enfrentase con *di-pa* no examinaría mentalmente todos los posibles significados de los signos, lo mismo que los ingleses no piensan en todas las posibles pronunciaciones de los grupos de letras de la palabra *thorough*. No necesitaría el pictograma escrito al lado que le indicaba la interpretación correcta. Todos los sistemas de escritura son sólo aproximaciones al sonido de las palabras, y algunos de los argumentos de Beattie en este sentido son falsos. «Los habitantes de Pilos — escribe—...no hubieran sabido qué hacer con *pu-ro*». Tan difícil resulta pensar en un micénico cometiendo esa falta como en un escocés que al leer *E'boro* no entendiese que es Edimburgo.

De nuestro sistema de transliteración resulta una ligera complicación. Es verdad que el signo transcrito *ka* puede representar también *ga* o *kha*; pero para el lector micénico el signo no era ninguno de éstos. Indicaba simplemente un sonido velar cuya naturaleza exacta se determinaba por el contexto. Por ello no tiene sentido decir que un micénico no podría distinguir la *l* de la *r*; por conveniencias de la transliteración hemos de elegir uno u otro (en realidad hemos seleccionado arbitrariamente la *r*), pero los micénicos usaban los mismos signos para ambos sonidos. Quienes hablamos inglés no tenemos razón para protestar, pues usamos *th* con dos sonidos diferentes, y *gh* con toda una gama de sonidos. Los idiomas modernos, por el contrario, prefieren generalmente la complicación opuesta: el mismo sonido se escribe de maneras diferentes.

Me resta hacer una última observación. Consultando nuestro índice de grupos de signos micénicos, hallamos muchas palabras que están incompletas o aparecen en pequeños fragmentos sin contexto alguno. No hay grandes esperanzas de lograr una interpretación convincente de estas palabras. De las que quedan, la mayoría son nombres propios; pueden comprobarse por lo menos un 65 por 100 y la cifra verdadera es quizá un 75 por 100. Esto puede demostrarse fácilmente. Muchas tablillas contienen grupos de signos seguidos por el ideograma HOMBRE (O MUJER) y el número 1. Estos grupos de signos son evidentemente sus nombres, puesto que si fuesen términos relativos a la profesión se repetirían más a menudo. Algunos de estos grupos de signos se han hallado también en unas tablillas características, con fórmulas fijas; por ello, todos los grupos de signos que puedan sustituir a esos nombres son nombres de persona también. De este modo podemos construir una lista de nombres de persona enteramente independiente del desciframiento.

Pero la identificación de esos nombres es una empresa arriesgada para nosotros. El escriba conocía a las personas con quienes tenía que tratar; nosotros no poseemos documentos legales en los que la denominación precisa fuese de vital importancia. El escriba sabía muy bien que *e-ko-to* se leía *Héktôr*, porque en el grupo en cuestión

sólo había un hombre a quien pudiera referirse tal nombre. A veces, cuando hubiese dos hombres cuyos nombres, si no realmente iguales, sonaran de modo parecido, añadiría la ocupación de la persona a quien quería designar u otros detalles que lo diferenciase. Desgraciadamente, nosotros no tenemos medios de comprobación; una vez establecido el hecho, a través del contexto, de que una palabra es un nombre propio, sólo podemos hacer conjeturas, y así no es extraño que este aspecto del desciframiento sea mucho menos seguro y acabado. Tenemos razones para creer que un gran número de los nombres propios no son de tipo griego, y por tanto no poseemos ningún punto de referencia para identificarlos. Pero en una gran proporción de casos *podemos* pensar en una solución, a veces más de una, de suerte que no sabemos cuál elegir de entre ellas. Cuando Beattie nos asegura que *qe-ra-di-ri-jo* «no podía de ninguna manera convertirse en griego», podemos contestar que él no lo ha intentado suficientemente. El nombre puede representar un nombre clásico, *Telándrios*, no conocido realmente como tal, pero compuesto por tres elementos griegos: *tele* «lejos» (inglés *far*), *andr-* «hombre» (inglés *man*) y el sufijo *-ios*, que significa «hijo de», lo que en inglés daría *Farmanson*. Son posibles otras reconstrucciones de este nombre, pero basta un ejemplo para refutar este tipo de objeciones.

Poco después de la publicación del artículo de Beattie hubo un conato de polémica en el *Sunday Times*. Analizando la correspondencia publicada con tal motivo se advierte que nadie estaba preparado para apoyar fundadamente la posición de Beattie, mientras que se adujo una gran variedad de argumentos en favor de Ventris. Si esto fue un ensayo para pulsar la opinión, la respuesta era clara. El artículo de Beattie fue acogido en el extranjero con sorpresa e ironía. Si él y Grumach estaban en lo cierto, quería decirse que los más destacados expertos en lengua griega de todo el mundo habían sufrido un error; tales problemas no pueden juzgarse contando los votos, pero la autoridad de los especialistas más notables de todos los países en que se estudia el griego no puede dejarse a un lado con tal ligereza.

El estado presente de la investigación sobre los textos micénicos y los problemas con ellos relacionados se ilustra mejor con algunas cifras de las bibliografías publicadas por el Instituto de Estudios Clásicos de la Universidad de Londres. Los cuatro fascículos aparecidos hasta ahora contienen los artículos y libros editados desde la fecha de publicación de «Evidence» hasta fines de 1958. En este período hemos registrado 432 artículos, folletos o libros de 152 autores de 23 países distintos. Este ritmo de trabajo continúa todavía y en todo caso aumenta. Sería injusto singularizar a cualesquiera autores en particular, pero es preciso hacer algunos comentarios. Estas cifras no incluyen los trabajos para la publicación de los textos de la que se ha ocupado principalmente Bennett. Meriggi y Georgiev han recopilado sendos léxicos en transcripción de gran utilidad. El Instituto de Estudios Clásicos de Londres no sólo ha creado una serie de seminarios sobre la escritura Lineal B, proporcionando así un ámbito de discusión a los eruditos ingleses, sino que se ha

encargado además de la publicación de textos y bibliografías.

La categoría alcanzada por esta nueva rama de los estudios clásicos se hace patente en el hecho de haber sido aceptada como tema propio de estudios superiores, y ahora aparece en los cuestionarios de exámenes en las Universidades de Oxford y Cambridge. No es necesario decir que estos estudios no son aún apropiados para el nivel de enseñanza de los no graduados, pero está reconocida su importancia y continuará siendo un vivero de especialistas.

En abril de 1956, el Centre National de la Recherche Scientifique, bajo la dirección de los profesores Chantraine y Lejeune, organizó el primer Coloquio internacional sobre los textos micénicos. Nueve franceses y once especialistas procedentes de siete países extranjeros se reunieron durante una semana en Gif, cerca de París, para discutir los trabajos realizados y planear las tareas, futuras. Sus colaboraciones se editaron en un volumen titulado *Etudes Mycéniennes*; pero el resultado más importante de la reunión fue el espíritu de cordialidad con que se resolvían las discrepancias. Ahora, al primer signo de una disputa no tenemos más que apelar al «espíritu de Gif», y espero que seguirán esta norma todos los que aspiran a entrar en el círculo de especialistas en micénico. En esta reunión Ventris era sin duda la figura principal; su facilidad para hablar en francés hizo muy buena impresión, pero él hablaba con la misma soltura en «Schwyzerdeutsch» con los asistentes suizos o en griego con el delegado griego.

Cinco meses más tarde había muerto; pero vive la obra por él realizada y su nombre se recordará mientras se estudien la lengua y civilización de la antigua Grecia.

CAPÍTULO 7

LA VIDA EN LA GRECIA MICÉNICA

La ojeada que inesperadamente nos ha sido dado lanzar sobre los libros de cuentas de un pueblo civilizado durante largo tiempo, hace concebir esperanzas de lograr por este medio un atisbo de la vida en la era micénica. Así como el *Domesday Book*^[1] es un documento social de la vida inglesa en el siglo XI, así también las tablillas arrojan intermitentes rayos de luz sobre las instituciones domésticas de la Grecia prehistórica. Naturalmente, hay una gran diferencia entre estas dos fuentes. El *Domesday Book* no es un documento aislado; puede explicarse e interpretarse por otros documentos históricos contemporáneos. Por el contrario, en Grecia, un velo impenetrable separa las fragmentarias tablillas de los documentos más completos de la época histórica; durante los siglos que siguieron al eclipse de la civilización micénica, el recuerdo de las formas de vida anteriores se fue oscureciendo hasta desvanecerse o, si sobrevivió en la memoria popular, fue sufriendo transformaciones y confusiones.

Así, pues, no es necesaria ninguna justificación si el cuadro de la vida micénica que tratamos de dar resulta incompleto, falseado y en muchos casos producto de conjeturas. Descubrimientos e investigaciones futuras ayudarán a esclarecer los detalles; pero podemos confiar en que al menos los contornos son marcadamente visibles. De todos modos, me siento obligado a protestar contra la fácil conjetura que construye hipótesis de gran alcance sobre unas pruebas insuficientes o endebles y, a riesgo de probar la paciencia de mis lectores, indicaré de vez en cuando los peligros que encierra ir más allá de los simples hechos.

Inmediatamente se destaca un hecho de la mayor trascendencia: los habitantes de Micenas eran griegos. Schliemann, cuando excavó el primer círculo de sepulturas en Micenas, no tuvo la menor duda de que había desenterrado una dinastía griega, y en su famoso telegrama al rey de Grecia pretendía haber contemplado el rostro de uno de los antepasados del rey. Pero otros jueces, más académicos, no estaban tan seguros, y en una ocasión se invocaron teorías sobre la dominación extranjera para explicar el precoz esplendor de Micenas a tan gran distancia de la Grecia histórica. Pudiera pensarse que la comprobación de que la lengua de sus cuentas era griego ha puesto fin a toda polémica en este punto; pero se ha derrochado mucho ingenio para embrollar las consecuencias de esta comprobación. La lengua de la contabilidad no es siempre la misma de los que la llevan; un hombre de negocios indio puede creer

conveniente llevar sus libros en inglés; un rey inglés de la Edad Media pudo tener secretarios para escribir en latín. Pero en todos los casos que conozco, la lengua en cuestión es una lengua literaria dominante y la sustituida por ella es una lengua local, de difusión restringida y a menudo carente de una ortografía adecuada. Si el griego fue adoptado por extranjeros como lengua escrita, como lo fue en el Egipto helenístico, esto quiere decir que el griego era ya una lengua literaria dominante: conclusión que, según las pruebas de que disponemos, es absurda.

Pero esto no da respuesta a dos teorías que han surgido: o bien las tablillas conservadas fueron escritas por escribas griegos, por mandato de gobernadores extranjeros; o bien fueron escritas en griego por escribas extranjeros y por orden de gobernantes griegos. La mejor refutación de estas teorías es la existencia de gran número de nombres propios de personas evidentemente griegas, y no estratificadas, sino que corresponden igualmente a todas las clases sociales. Por ejemplo, a una persona del más alto rango en Pilos se le llama *E-ke-ra₂-wo*, que parece ser una forma bien conocida del nombre griego *Ekheláwon*; en el otro extremo de la escala nacional, un forjador lleva el delicioso nombre de *Mnasiwergós*, «cuidadoso en su trabajo» y un pastor de cabras el de *Philaios*.

Naturalmente, hay muchos nombres más difíciles de interpretar como griegos, y algunos son ciertamente extranjeros; pero la presencia de elementos extranjeros por su origen e incluso de habla extranjera, no contradice la positiva evidencia de que los griegos penetraban todas las capas sociales y podemos estar seguros de que los habitantes de Micenas eran, por lo menos predominantemente, griegos. Los 700 años aproximadamente que median entre la llegada de los griegos y las tablillas de Pilos constituyen un período de tiempo suficiente para permitir la absorción de los habitantes prehelénicos.

La presencia de griegos en Cnosos sigue siendo en cierto modo una perturbación. El profesor Wace y otros arqueólogos han demostrado que existen estrechos lazos entre Cnosos y el continente en el período que precedió a la caída del Palacio de Cnosos, e incluso proponían explicaciones de estos lazos por influencia del continente sobre Creta y no a la inversa. La verdad es que las limitaciones de la investigación arqueológica impiden hacer deducciones sobre las lenguas que hablaban los pueblos estudiados. Los restos físicos pueden permitir una clasificación antropológica, pero no todas las gentes pertenecientes a un tipo físico dado hablan la misma lengua. El estudio de las «culturas», es decir, de los pueblos que utilizan artefactos semejantes, es el instrumento principal del arqueólogo. Esto es lo que nos permite, por ejemplo, asegurar que hacia 1900 (a. de C.) entró en Grecia una ola de invasores, estableciéndose allí. Pero la conclusión de que éstos eran los antepasados de los griegos está basada en el conocimiento de que el griego se hablaba en aquella zona después de la invasión y no podría llegarse a esta conclusión sin recurrir a premisas no arqueológicas.

Así, pues, es inútil esperar de los arqueólogos una determinación concreta de la

fecha en que por primera vez aparece en Cnosos la influencia continental. Cuando un pueblo semicivilizado conquista a otro civilizado, intenta absorber y adaptar hasta donde le es posible la civilización superior, y así, especialmente si la conquista no fue acompañada de gran destrucción, el suceso de la invasión puede escapar fácilmente a la piqueta del arqueólogo. No obstante, hay una prueba, no estrictamente arqueológica, que demuestra que la dominación de Creta por los griegos fue un acontecimiento comparativamente reciente: el uso de la escritura Lineal A, al parecer hasta comienzos del siglo xv, es indicio de que el griego no había sustituido al minoico en la contabilidad; a no ser que la Lineal A sea también griego, posibilidad que nadie, sino el más resuelto de los entusiastas, podría admitir.

Sabemos no solamente que los habitantes de Micenas eran griegos, sino además qué clase de griego hablaban. No eran dorios, al parecer tampoco eran eolios; nos inclinamos a seguir una extendida costumbre y llamarles aqueos, el nombre que Homero utiliza con frecuencia para designar a todos los griegos. El nombre de helenos surge después de Homero y griegos es un derivado del nombre dado por Roma a los pueblos de Grecia. Cuál era el nombre que usaban los habitantes de Micenas —si es que usaban alguno— es todavía un misterio. Pero al menos podemos decir que lingüísticamente sus allegados más próximos en la época clásica eran los arcadlos y los chipriotas y después de ellos los jonios.

Las causas del derrumbamiento de la civilización micénica constituyen un problema que ha intrigado a los especialistas durante tres cuartos de siglo. El desciframiento tampoco nos da la solución. Hay motivos para creer que el último acontecimiento fue una invasión de griegos dorios procedentes de la región inhóspita del noroeste; pero no tenemos pruebas de que fuese ésta la causa principal de tal ruina. Si partimos del supuesto de que Pilos esperaba el ataque que se produjo poco después de la fecha en que se escribían las tablillas, podemos leer en ellas referencias al suceso venidero; nos inclina a ello la posibilidad de interpretar una serie de tablillas que tratan de movimientos de tropas, como preparativos para afrontar un ataque inminente. Personalmente yo creo que es así, pero como no disponemos de documentos paralelos que indiquen la situación normal del ejército en tiempo de paz, no podemos asegurar que estas disposiciones no respondan a prácticas ordinarias. No obstante, partiendo de tal suposición, el cuadro que se revela muestra varios detalles convincentes.

Son numerosas las tablillas de Pilos que tratan de asuntos militares y navales. Una pequeña tablilla nos dice que un contingente de treinta remeros reclutados en las aldeas de la costa va a dirigirse a *Pleurón*. Probablemente en esta fecha no se hacían grandes diferencias entre barcos mercantes y de guerra, pues el combate naval fue una invención de una época posterior. Así, pues, podía tratarse de un viaje no belicoso; pero el peligro que ya debía amenazarles hace pensar que no era ésta una misión comercial. ¿Por qué se dirigían a *Pleurón*? Si la ciudad a que se alude es la misma que menciona Homero, está situada en Etolia, al norte del golfo de Corinto.

Esta era ciertamente una ciudad micénica y por ello creemos haber logrado por una vez una identificación geográfica. Pero por desgracia Grecia, como todos los países, duplica sus nombres geográficos; ¿cuántos son los pueblos que llevan el nombre de Aldeanueva o Miranda? De este modo, cuando encontramos un lugar llamado *Ko-ri-to*, podemos asegurar que corresponde a *Kórinthos*, pero lo que sabemos del reino de Pilos nos permite afirmar con toda certeza que no se trata de la famosa ciudad del istmo, sino simplemente de una pequeña aldea del mismo nombre. Lo mismo puede ocurrir con *Pleurón*; si bien no es improbable que Pilos enviase un barco a Etolia si el ataque previsto venía en esa dirección. Es imposible todavía, a pesar de nuestros esfuerzos, determinar con precisión los límites de la región controlada por Pilos.

Hay otras dos tablillas que registran remeros, una con un total de más de 400, pues algunas cifras se han perdido; la otra habla de «remeros que están ausentes». De nuevo sentimos la tentación de especular sobre estos datos: ¿Estaban ausentes por razón de servicio o sin permiso? ¿Se produjo una desertión en la armada con ocasión de un peligro inminente? Mientras sean posibles explicaciones menos dramáticas será conveniente no confiar demasiado en estas frases semi-comprendidas.

Más significativo es un grupo de tablillas que trata de lo que en ellas se denomina *o-ka*. A pesar de los intensos estudios hechos sobre ello, no estamos todavía de acuerdo sobre los pormenores y en particular sobre lo que pueda significar *o-ka*: probablemente era una especie de unidad militar, quizá un regimiento, aunque se ha relacionado también con una palabra que significa «barco mercante»; pero sí estamos todos de acuerdo en que el contexto es militar. La frase introductoria reza: «Así los vigilantes están guardando las zonas costeras». Parece evidente que el propósito de la orden de operaciones es establecer un cuerpo de vigilancia en la costa, y de esto podemos inferir que se temía un desembarco enemigo. Se registran 10 «comandos», cada uno correspondiente a un hombre que se nombra; a veces se señala su localización, pero no siempre; después sigue una lista con otros nombres, posiblemente oficiales subordinados; a continuación las fuerzas a sus órdenes, normalmente muy escasas y nunca superiores a 110 hombres. Todos los destacamentos son múltiplos de 10 y nos procuran así una indicación para conocer la organización del ejército. Cada sección termina con la anotación: «y con ellos (está) el seguidor Zutano». Los «seguidores» (*e-qe-ta = he-q^uetai*) son personajes importantes, probablemente ayudantes del rey y quizá miembros de su familia, como los «condes» de los reyes feudales germánicos. ¿Por qué tiene cada unidad un oficial del rey, al parecer no como mando, sino como agregado? Mi opinión es que este oficial representa la sección de enlace. ¿Cómo podrían ponerse rápidamente en contacto con el cuartel general las unidades de observación situadas a lo largo de la costa? En caso de alarma se harían señales luminosas, pero sería esencial un correo, y los seguidores, como sabemos por otras tablillas, poseían carros, el medio más rápido de transporte en uso en aquella época. Por ello creo que la función de un seguidor era mantener el enlace de la unidad con el cuartel general valiéndose de su carro. Si esto

es así, podemos imaginar al rey de Pilos organizando un primitivo sistema de alerta; tiene una larga línea costera que defender, y no podrá impedir un desembarco en todos y cada uno de los puntos de esta línea. Pero si las noticias del ataque le llegan con rapidez, puede reunir su ejército para rechazar a los invasores; y tendrán que batirse, porque el palacio, a diferencia del de Micenas, no posee sólidas murallas tras las cuales refugiarse. En aquella ocasión, todos los preparativos resultaron inútiles; las flechas y los huesos humanos hallados fuera del palacio demuestran que fue defendido, pero ardió hasta los cimientos para no ser reconstruido jamás.

Aunque la destrucción del palacio fue violenta, a aquel incendio debemos la conservación de las tablillas de arcilla; no puede ser una casualidad que los tres sitios en donde se han hallado hasta ahora dichas tablillas hayan sido destruidos por un incendio. Las circunstancias del ataque y la suerte que corrieron los habitantes permanecen en absoluta oscuridad.

La destrucción del palacio de Cnosos tuvo lugar, según los arqueólogos, unos doscientos años antes, pero las analogías entre ambas series de documentos son tales que muchos nos hemos preguntado si esta separación en el tiempo no sería ilusoria. Los arqueólogos suelen fijar sus fechas por métodos indirectos. Una cuidadosa excavación revelará los restos de los períodos sucesivos netamente ordenados en estratos superpuestos como gigantesca tarta. Cuanto más cerca se hallan de la cima de la tarta, tanto más tardía es la fecha. El examen de los objetos que han llegado hasta nosotros, especialmente la alfarería, permite a los expertos distinguir estilos característicos de períodos o estratos particulares y la profundidad de estos estratos es también un indicio aproximado de su duración. Todas las fechas obtenidas de este modo son relativas; sólo puede lograrse una cronología segura poniendo en relación los diversos estratos con acontecimientos históricos conocidos, si exceptuamos la nueva técnica de datación del carbono 14, cuyas fechas no son en este orden lo suficientemente exactas para ser de gran ayuda. En períodos prehistóricos sólo podemos operar a partir de sincronismos con otras culturas que poseen una historia documentada, y en el caso de la Grecia prehistórica, esta cultura es principalmente la egipcia. En Cnosos fueron hallados objetos egipcios cuya fecha puede fijarse y de éstos y otros hallazgos similares se ha obtenido la fecha de 1400 (a. de C.) para la destrucción del palacio. Sin embargo, siguen existiendo considerables dudas sobre su exactitud y quizá sea preciso hacer un ligero ajuste; pero parece imposible salvar un vano de doscientos años.

Algunos de los nombres geográficos cretenses jugaron un importante papel en el desciframiento; casi una docena de ellos se identifican ya como lugares clásicos conocidos. Nuestro fracaso en identificar los demás se debe probablemente al estado incompleto de nuestro conocimiento sobre la antigua geografía de la isla; Homero habla de noventa o cien ciudades cretenses, pero el número de ciudades conocidas en la época clásica es mucho menor. No obstante, los lugares que creemos poder identificar con los nombres que aparecen en las tablillas cubren virtualmente toda

En algunos casos, muy pocos, hay un solo caballo, lo cual quiere decir que el carro no participaba en las operaciones. El total no puede calcularse fácilmente, pues muchas de las tablillas son fragmentos, pero yo cuento, como cifra mínima, ochenta y dos ideogramas de carros. Probablemente no nos equivocamos si calculamos estas fuerzas por encima del centenar. El carro era manejado por un conductor (una de las tablillas de Cnosos menciona expresamente un auriga, pero la relación de personal da sólo un nombre por carro, posiblemente el guerrero); de este modo, el pasajero quedaba libre para luchar. En los relatos homéricos los carros apenas desempeñan otra función que la de conducir y retirar a los guerreros de la batalla; pero esto responde, al menos en parte, al hecho de que Homero, que escribía en una época en que los carros habían caído en desuso, había olvidado su verdadera función. Una formación de un centenar de carros en masa, cargando al galope, sería un espectáculo formidable; y se ha observado que en uno de sus pasajes Homero parece recordar esta técnica: Néstor aconseja esta formación y deja entender que ya no es usual. Pero una formación de carros en masa sólo podría desplegarse en campo abierto; en muchos lugares de Grecia las posibilidades de efectuar esta táctica serían limitadas, y las fuerzas de carros debieron emplearse más bien como nuestra infantería motorizada que como los modernos tanques.

Desgraciadamente, los inventarios de carros de Pilos no han sido hallados todavía. Quizá se conservaban, como los de Cnosos, en un departamento distinto, fuera del archivo principal; pero tienen que haber existido, porque poseemos muchas inscripciones que hablan de ruedas. Aquí, como en otros aspectos, los escritos de Pilos eran más explícitos que los de Cnosos: se distinguen cuidadosamente las ruedas en útiles e inservibles, y algunas llevan otros epítetos, como «vieja». Una característica bastante sorprendente es la enumeración de las ruedas «de los seguidores». Esto implica que los seguidores eran, en efecto, fuerzas montadas, o al menos, una importante parte de ellas. La semejanza de su nombre (*e-qe-ta*) con la palabra que significa «caballo» (cfr. *equus* en latín) ha llevado a algunos eruditos a tratar de identificarla con la palabra homérica correspondiente a «caballero», *hippóta*. Por tentadora que sea esta idea hemos de descartarla en vista de nuestros conocimientos de la gramática micénica. La palabra utilizada para «caballo» es siempre *i-qo*, no *e-qo*, y todos sus derivados muestran la *i* como en el vocablo *hippos*. El nombre del carro es un derivado: *i-qi-ja* = *hiqq^uia* «(el vehículo) de caballos». El número total de ruedas en buen uso en el reino es de ochenta y cuatro pares; pero no sabemos cuántas ruedas de repuesto eran necesarias para cada carro. Si los caminos que rodeaban a Pilos estaban como están hoy, las ruedas no durarían mucho tiempo.

La cuestión de la armadura que llevaban los héroes homéricos se ha debatido interminablemente. Se han hecho esfuerzos por conciliar las descripciones con los testimonios arqueológicos, no siempre con éxito, y aquí como en otras partes de los poemas homéricos, hemos de dar un margen a los anacronismos. El estudio de las tablillas puede arrojar alguna luz sobre el problema, pues afortunadamente poseemos

Las armas que llevaban los guerreros de carros eran lanzas, astas de madera con puntas de bronce ([e]-ke-a ka-ka-re-a = *énkhea khalkârea*). En Pilos se utilizó mucho el bronce para hacer «puntas de lanzas y de flechas». En las tablillas de Cnosos aparecen espadas, llamadas por el nombre homérico *phásgana*, espadas anchas de doble filo, muy conocidas de los arqueólogos. Aquí hay una pequeña dificultad, porque el tipo de espadas que aparece en las tablillas no se halla en otras fuentes hasta un período más tardío. En Pilos se agrega la palabra clásica para designar una espada, *xíphos*, pero parece más bien un espadín, a juzgar por el dibujo. Varias veces se alude a flechas, y en Cnosos se halló una caja para guardar flechas, a juzgar por la etiqueta; hay una tablilla que da dos totales de 6.010 y 2.630 flechas.

Existen dos curiosas lagunas en nuestra imagen de la armadura micénica. En primer lugar, no hay rodilleras, aunque Homero aplica frecuentemente a los aqueos el epíteto «bien grebados» (en una ocasión «con grebas de bronce») y los arqueólogos han encontrado tales piezas en la misma época, al menos en Chipre. En segundo lugar, lo que es más sorprendente, no hay ningún escudo. Su omisión en los inventarios es muy extraña. Confiamos en que lograremos hallarlos, porque sin duda hubieron de ser conocidos y utilizados, y el escudo en forma de ocho, de la época micénica primitiva, quedó como un motivo decorativo repetido en el arte.

Acerca de la organización militar no conocemos realmente nada más de lo que hemos dicho antes. Pero si pasamos a considerar la estructura social y política, podemos entresacar algunos rasgos de la oscuridad general. Tanto Cnosos como Pilos eran monarquías, porque en ambos lugares se menciona al «rey» (*wâanax*), sin ninguna otra calificación, lo cual quiere decir que sólo había uno, si bien tropezamos con la complicación de que parece aplicarse también a los dioses este título. Del estudio de los complejos palacios descubiertos puede extraerse también la conclusión de que ambos reinos eran monarquías gobernadas por una burocracia altamente organizada. Este hecho justifica que extendamos a Micenas las deducciones hechas con respecto a Cnosos y Pilos, ya que las escasas tablillas recuperadas allí no proporcionan ningún testimonio directo sobre la estructura social.

Existe también un importante personaje llamado el *lawagetas* o «conductor de la hueste», que parece ocupar un puesto junto al rey. Al principio, yo me preguntaba si podría tratarse de un título para el heredero; pero Palmer, apuntando la significación etimológica, ha sugerido que es más probablemente un general en jefe, opinión que ha logrado una aceptación más general, aunque no está en contradicción con la anterior. Lo que sí está claro es que él y el rey son las únicas dos personas que tienen una servidumbre que incluye menestrales; así como hallamos el «batanero del rey», también encontramos «el pastor del lawagetas». Ellos dos comparten el honor de poseer un *témenos*, nombre de las tierras del rey en Homero, que en griego posterior tiene un sentido religioso.

La misma tablilla que nos da estos datos sigue enumerando otras dos clases de hacendados, y aquí tropezamos con una cuestión enojosa. La clase a que se alude a

continuación es la de los llamados *te-re-ta*, probablemente *telestai* en griego clásico, y hay buenas razones para suponer que, por lo menos en ciertos lugares, debieron ser unos terratenientes importantes. Palmer ha trazado un cuadro de la sociedad micénica como una monarquía feudal en la que los *telestai* ocupaban el *status* de los «barones». Los paralelos germánicos por él citados son sugestivos y acertados a primera vista, pero cuando sigue postulando un sistema feudal heredado por los griegos de sus antepasados indoeuropeos y del que participan las culturas germánica e india, ya es más difícil seguirle. Esta teoría implicaría que los griegos, después de 500 años en Grecia, y en contacto con otras civilizaciones, especialmente la minoica, habían conservado sus propias instituciones sociales sin alteración alguna. Aceptaríamos de buen grado la teoría de Palmer si los títulos, en cada caso, estuviesen relacionados lingüísticamente; pero de hecho hay una gran diversidad entre las palabras utilizadas. El vocablo indoeuropeo correspondiente a «rey» sólo se conserva en latín (*rex*), en celta (en algunos nombres propios galos, como *Dumno-rix*) y en indoiranio (como en sánscrito *raja*), de donde se deriva *rajah*; en todas las demás lenguas tiene raíces diferentes. Y al llegar a los grados inferiores, Palmer se ve reducido a comparaciones de palabras sobre la base de su paralelismo semántico: por ejemplo, *telestás* es, según él, «el hombre de la carga o tributo», así como el *barón* germánico puede ser relacionado con el verbo del antiguo alemán *baren* «llevar, soportar».

Yo he argumentado que los testimonios nos permiten también la interpretación de *telestás* como un título religioso, y esto tiene la ventaja de que coincide con el sentido de la palabra en griego clásico. Pero la separación de títulos religiosos y seculares en este contexto puede ser un error; basta con que pensemos en el Tibet, al menos hasta hace muy poco tiempo, para darnos cuenta de que el poder espiritual y el temporal están a veces muy poco diferenciados.

La posición de los seguidores (*heq^uétai*) ha sido discutida anteriormente. Los reyes homéricos tienen también sus acompañantes, pero se conocen con un nombre muy distinto (*hetairoi*); también el rey germánico tenía sus «condes» (*comites* en latín). Los seguidores llevaban uniforme, porque algunos tejidos son designados especialmente para ellos, poseían una clase especial de ruedas de carro y quizá tenían esclavos en común.

Se discute todavía vivamente la cuestión de la propiedad rústica. A pesar de la gran abundancia de documentos en Pilos, permanece oscuro el significado exacto de las fórmulas que se repiten constantemente; y casi todas las tablillas de Pilos que tratan de esta materia hacen referencia a una aldea, que no debe ser muy característica. Puesto que la mayoría de los hacendados tienen allí títulos religiosos, debía constituir un tipo de organización poco común.

Podemos hacer un esquema de la propiedad rústica con algún detalle, pero con respecto a lo que haya detrás de los meros hechos no pueden hacerse sino conjeturas. La tierra está dividida en dos clases: *ke-ke-me-na*, de la cual disfruta la comunidad

(demos) y por ello puede significar algo parecido a «comunal»; y *ki-ti-me-na = ktiménâ*, que está en manos de individuos (al parecer los *telestai*), y que etimológicamente significa algo así como «recuperada del yermo», «asentada», quizá «privada». Los grandes terratenientes ceden una porción de su tierra *ktiména* a unos «arrendatarios»; pero no hemos de suponer que tal palabra implica un arrendamiento verdadero y el pago de una renta; estamos aún muy lejos de lo que los economistas llaman circulación.

Una segunda serie de tablillas de Pilos se refiere a otra aldea en la que se recauda un impuesto anual para Posidón y otras entidades misteriosas. En éste, como en todos los documentos, la confusión brota del hecho de que la tierra está medida tomando como base la cantidad de semilla para la siembra, quizá la cantidad necesaria para sembrar según una proporción fija, método de cálculo también hallado en Babilonia. Aunque existe una indudable equivalencia entre la superficie y las cantidades de grano, parece que nuestros documentos, al menos algunos de ellos, se refieren a la cantidad de semilla más bien que a la tierra.

Hay un cierto número de títulos menores difíciles de definir, pero que tienen en común el hecho de no aparecer en la capital misma, lo cual indica que hacen referencia a cargos provinciales. Todas las aldeas de Pilos tenían un funcionario local llamado el *ko-re-te*, quizá una especie de «corregidor»; y este funcionario tiene un delegado. El título más interesante es el de *basileús*, que se convirtió en griego clásico en la palabra comúnmente empleada para designar al rey; en Homero aparece algunas veces expresando un rango mucho menos elevado; pero en la época micénica es evidente que representa sólo un título local, muy por debajo del monarca, el *wánax*. No siempre las palabras, como se ha dicho, pierden categoría, a veces ganan puestos en la escala social, como sucede aquí, quizá porque durante los siglos que siguieron a la caída del poder micénico, las grandes monarquías desaparecieron y sólo sobrevivieron pequeños jefes locales.

Es interesante señalar que algunos gobernadores locales tenían un «consejo de ancianos», como si se tratase ya de frenar la autocracia por medio de instituciones oligárquicas, pero no se nos dice nada más y no podemos sacar ninguna conclusión sólida de la mera existencia de la palabra.

En el extremo inferior de la escala social encontramos a los esclavos. No sabemos hasta qué punto la sociedad estaba montada sobre el trabajo de los esclavos, ni si éstos eran titulares de algunos derechos o no. Una detallada lista de Pilos enumera a 600 mujeres, junto con el mismo número de niños, aproximadamente. Diversos datos muestran claramente que eran esclavos: a algunos de ellos se les llama específicamente «cautivos» y muchos se destinan a trabajos serviles (molienda, acarreo de agua, hilado, etc.). No todos están concentrados en el palacio, sino distribuidos también en otros sitios, posiblemente en casas de campo de la familia real, puesto que su mantenimiento corre a cargo del palacio. Más interesantes que sus ocupaciones son las descripciones que revelan su origen. Tres de los adjetivos que se

les aplican se refieren a lugares situados en la costa oriental del Egeo: Lemnos, Cnidos y Mileto. Este último nos pone en contacto con los documentos hititas, pues sabemos que el rey de Ahhijawa, que parece haber sido un griego, ejercía dominio sobre una región de la costa asiática llamada Mileto. Por tanto, estos lugares pudieran ser colonias micénicas o posesiones en el extranjero que traficaban con esclavos. Cabe una segunda interpretación: que estos esclavos eran el botín de incursiones de piratería en una costa enemiga, y que los barcos de Pilos recorrían el Egeo de parte a parte.

Muchas de las tablillas describen a los hombres y mujeres por sus ocupaciones, lo cual nos permite tener una idea de la complejidad de la vida urbana y la especialización del trabajo. El hilado y el tejido de las ropas corresponde a las mujeres: se dan los nombres concretos de cardadoras, hilanderas y tejedoras, así como los nombres de las que trabajan el lino y la lana. Sin embargo, la confección es realizada por hombres y por mujeres; encontramos a sastres y costureras. La limpieza de las ropas es tarea propia de un batanero; el rey tiene su batanero privado.

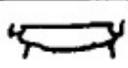
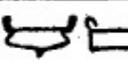
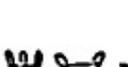
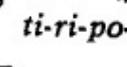
Cnosos	Pilos	Micenas	Significado
200 	 <i>pi-je-ra₃</i>		MARMITA
201 	 <i>pi-a₂-ra</i>  <i>ti-ri-po-de</i>	<i>ti-ri-po-di-ko</i>	CALDERA CON TREBEDE
202    <i>di-pa</i>	   <i>di-pa</i>		COPA?
203 	 <i>qe-to</i>	<i>que-to</i>	JARRO DE VINO?
204 	 <i>qe-ra-na</i>		AGUAMANIL
205 	 <i>a-te-we</i>		JARRA
206 	 <i>ka-ti</i>		HIDRIA
207  <i>ku-ru-su-pa₃</i>			ANFORA CON TREBEDE
208 			TAZA
209   <i>a-pi-po-re-we</i>	 <i>] -re-we</i>	<i>a-po-re-we</i>	ANFORA
210  <i>ka-ra-re-we</i>	<i>ka-ra-re-we</i>		JARRO PARA SOPORTE
211  <i>po-ti-[]-we</i>			CUENCO?
212    <i>u-do-ro</i>	 <i>u-de-ro</i>		JARRO DE AGUA
213  <i>i-po-no</i>			ESCUDILLA

Fig. 16.—Dibujos y nombres de vasijas micénicas.

De estos términos profesionales puede deducirse una diversidad de industrias: aparecen, como era de suponer, carpinteros y albañiles; los barcos son construidos por los carpinteros de ribera, y los calafateadores constituyen posiblemente un oficio distinto. Las armas y otros objetos de metal están hechas por bronceistas; el bronce es sin duda el principal metal utilizado; los objetos de hierro son muy raros y nunca se mencionan en las tablillas. El plomo se menciona una vez en una tablilla de Cnosos. Los metales preciosos son el oro, trabajado por orfebres y utilizado para algunas vasijas y en incrustaciones de muebles. Examinando los hallazgos, vemos también que se hacían joyas; los trabajos de orfebrería micénica que han llegado hasta nosotros dan muestras de una maestría y de un talento artístico de primer orden. La plata, que no es rara entre los hallazgos arqueológicos, aparece sólo una vez en las tablillas lo cual nos hace sospechar que se la cita con otro nombre. La existencia de artesanos dedicados a hacer arcos es un ejemplo típico del grado de especialización a que se había llegado; y el comercio de artículos de lujo se comprueba una vez más con la existencia de «ungüentarios» o, como los llamaríamos ahora, perfumistas. Algunas tablillas nos dan una idea de cómo realizaban su trabajo: tomaban como base el aceite de oliva, que se hervía con sustancias aromáticas para lograr aceites perfumados y ungüentos. Podemos reconocer tres perfumas: rosa, juncia y salvia. El uso a que se destinaban estos perfumes es algo imprevisto: se enviaban a los altares para hacer ofrendas religiosas. No nos dicen las tablillas si las damas micénicas los usaban también, pero los numerosos frascos de perfume hallados en las sepulturas de mujeres hablan por sí solos. La existencia de un médico en Pilos está garantizada por una de las tablillas; por desgracia ignoramos por completo sus métodos y su situación social, excepto que recibe una concesión de tierras.

De los abundantes hallazgos de cerámica puede deducirse la existencia de alfareros, pero es interesante hacer notar que uno de ellos formaba parte de la servidumbre del monarca y gozaba de una parcela de tierra considerable. No obstante, las vasijas reseñadas en las tablillas probablemente no eran de barro, que se producían en cantidades demasiado grandes para inventariarse por separado; y en algunos casos se declaraba expresamente que son de bronce o de oro. Pero las tres bañeras mencionadas en una tablilla de Pilos debían ser de barro; en 1955 descubrió Biegen en el palacio un baño empotrado con un sitio para la esponja.

Afortunadamente disponemos de una serie de documentos de Pilos que dan testimonio elocuente de la habilidad del ebanista. La finalidad concreta de estos documentos es discutida, pero la lista de objetos es muy notable:

3 aguamaniles 1 cepillo (?) 6 calderas con trébede 2 tenazas 3 jarros de vino (?) 1 atizador 6 vasijas di-pa 11 mesas 3 marmitas 5 sillas 1 cazo (?) 15 escabeles 6 martillos (?)

3	aguamaniles	1	cepillo (?)
6	calderas con trébede	2	tenazas
3	jarros de vino (?)	1	atizador
6	vasijas <i>di-pa</i>	11	mesas
3	marmitas	5	sillas
1	cazo (?)	15	escabeles
6	martillos (?)		

Se nos dice que estos objetos fueron inspeccionados en cierta ocasión. El profesor Palmer ha sugerido que esa ocasión fue un sepelio de un monarca, y que ésta es una lista de accesorios para una tumba; pero el número de mesas y sillas parece excesivo para este propósito, y una traducción más fácil de las palabras discutidas hace de tal ocasión el nombramiento de un funcionario. Si este funcionario era responsable de los almacenes que contenían bienes valiosos, se explica la necesidad de un inventario exacto, y al propio tiempo se comprende la indicación de que uno de los trípodes está estropeado. A esta serie pertenece la famosa tablilla de trípodes de que tratamos en el capítulo 6. Pero los objetos más interesantes de este inventario son los muebles.

No se trata de una simple enumeración de mesas y sillas. Cada pieza tiene una denominación concreta que permitiría su fácil identificación, y no cabe duda de que eran todas magníficos ejemplares de la artesanía micénica. Las mesas son de mármol con incrustaciones decorativas en cristal de roca, cyanus, oro y marfil. No sabemos con seguridad lo que era cyanus, probablemente una especie de imitación de piedras preciosas en cristal azul. Los dibujos de estas incrustaciones comprenden yelmos, motivos decorativos, conchas y espirales. Las sillas estaban también muy adornadas; he aquí la descripción de una de ellas:

Una silla de ébano con respaldo de marfil tallado, con un par de pináculos (?) y una figura humana y terneras.

También se mencionan leones y pájaros como motivos ornamentales. Algunos de los escabeles hacen juego con las sillas, pero los demás van igualmente adornados. Así encontramos, por ejemplo:

Un escabel con incrustaciones de un hombre y un caballo y un pulpo y un grifo (o una palmera) en marfil.

Hace ya tiempo que se conocen placas de marfil delicadamente talladas procedentes de lugares micénicos; el profesor Wace descubrió una hermosa colección en la propia Micenas, en 1952-54. Se ha dicho que estas placas eran paneles que se incrustaban en los muebles de madera, la cual, naturalmente, ha quedado desintegrada por el clima griego. Algunos marfiles, cuya finalidad se ignoraba, se

cree ahora que formaban parte de la decoración de escabeles como el antes mencionado. Naturalmente, quedan en pie muchos problemas en un catálogo tan técnico como éste; pero no cabe duda de que tenemos aquí los nombres con que se designaban en aquella época algunos de los motivos que se han venido reconociendo como predilectos de los artistas micénicos.

La organización de la agricultura es más sencilla: pastores, cabreros y vaqueros nos indican cuáles eran los principales animales domésticos. En Creta hay un vasto archivo de documentos que da testimonio de la enorme importancia de la cría de ovejas, que es también en la actualidad una de las principales fuentes de riqueza del país. Los bueyes son menos numerosos y parecen haberse utilizado principalmente como animales de tiro; a veces se les llama «de labor». Es curioso leer en las tablillas los nombres que se daban a algunas yuntas de bueyes: Manchado, Zaino, Patiblanco, Caritinto, Bermejo y Chillón, son equivalentes aproximados; los nombres de los colores son notoriamente inexactos en las lenguas antiguas. Se hace una referencia a una clase de hombres llamados «yunteros», que probablemente eran los boyeros que cuidaban de una yunta de bueyes.

También se criaban cerdos. Poseemos una lista de veinticinco que se estaban cebando en varias aldeas de la región de Pilos. Unas tablillas, muy pocas, hablan de ciervos; son posiblemente los esqueletos de animales salvajes. Los perros se utilizaban para la caza, a juzgar por las palabras correspondientes a «cazadores» (*kunagétai*) que etimológicamente significa «conductores de perros». Raras veces se mencionan caballos, excepto en relación con los carros; existe una tablilla que registra asnos.

Se hace mención de los leñadores, y quizá los «atizadores» que encontramos no son precisamente paleadores, sino los que se dedicaban al carboneo. Grecia tenía en la época micénica muchos más bosques que tiene hoy. La tala de los bosques corresponde a la época clásica. Aunque existe una referencia a la «tierra de labor», no se han identificado términos relativos a los cultivadores. Suponemos que esto es debido a que todas las familias poseían o cultivaban una parcela de tierra, y por ello la labranza no constituía una ocupación especializada. Sin embargo, debemos desconfiar de la ausencia de un término cuando hay tantos que no están identificados satisfactoriamente.

El artículo alimenticio de consumo general era sin duda los cereales, de los cuales se registran dos clases, probablemente trigo y cebada, por medio de ideogramas. Los pesaban y molían las mujeres, pero su elaboración corría a cargo de los hombres. Esta dieta alimenticia de pan y gachas se aderezaba con especias; la de uso más frecuente es el cilantro, pero en una lista de Micenas se incluyen también apio, comino, juncia, hinojo, menta, poleo, azafrán (flores y semillas) y sésamo. El queso se cuenta entre las ofrendas a las deidades, y sin duda era un alimento de mucho consumo. Otro artículo alimenticio eran los higos; es curioso observar que las raciones de las esclavas de Pilos contienen la misma cantidad de higos y de grano. Asimismo se

consumían el aceite de oliva y las aceitunas y hay otro ideograma que puede identificarse verosímilmente como vino, cuya existencia se infiere del nombre de uno de los bueyes citados anteriormente. Es innecesario tratar de demostrar, como hicieron Evans y otros investigadores, que los habitantes de Micenas bebían cerveza, y la ausencia de las características vasijas para el colado de la cerveza, como las utilizadas por los filisteos, arguye en contra de tal hipótesis. La miel aparece algunas veces como ofrenda a los dioses y constituía sin duda el principal edulcorante.

Una cuestión obvia, a la que no hay una respuesta obvia, es la siguiente: ¿De dónde procedían las riquezas de estos reinos? Ciertos artículos, como el comino y el marfil, habían de importarse de Oriente; el cobre y el estaño para el bronce no se encontraban en Grecia. Los únicos bienes de que se disponía para la exportación eran, al parecer, los productos agrícolas y posiblemente algunos artículos manufacturados, como la cerámica, incluyendo la reexportación en forma de trabajos de artesanía. La reconstrucción de la economía micénica es una tarea compleja, en la que hay demasiados factores desconocidos para poder hacer algo más que simples conjeturas. Quizá habría que contar con fuentes de riqueza invisibles en la forma de botín y cautivos.

No obstante, algo sabemos de la economía interna de estos reinos. No solamente no existía la acuñación de moneda (la moneda es una invención del siglo VII a. de Cristo); al parecer no había siquiera una mercancía en la que pudieran expresarse valores. Otras civilizaciones antiguas del Oriente próximo evaluaban los bienes en términos de oro y plata; nada semejante se ha constatado hasta ahora en los textos micénicos, a pesar de los numerosos intentos hechos por leer tal expresión en ciertos textos. Por esta razón era preciso medir en especie los bienes en circulación: cuando se fijaba a las aldeas lo que podemos llamar un tributo, se les exigía entregar una cantidad determinada de unos artículos concretos. Por otra parte, la organización central distribuía bienes a estas mismas aldeas, o a grupos de trabajadores o a individuos. No sabemos por qué procedimiento se saldaban estas cuentas, si se me permite la metáfora, pero podemos asegurar que creaban obligaciones por ambas partes. Lo que resulta difícil de comprender es la ausencia de cualquier cosa que pudiera llamarse propiamente pago.

Podemos seleccionar dos series de documentos típicos en estas operaciones. En primer lugar, la larga serie de tablillas de Cnosos que enumeran ovejas. El total para algunos distritos sube a varios millares y una tablilla menciona hasta 19.000. Las partidas particulares, cada una en una tablilla distinta, siguen un plan general: un nombre masculino, al parecer el propietario o encargado del ganado, encabeza la tablilla. Tenemos después una nota sobre el distrito y otro nombre que parece ser el del funcionario responsable del palacio o recaudador, y finalmente el número de ovejas. Algunas veces éste es simplemente una partida, como «100 carneros»; pero casi siempre se especifican las categorías, así «28 carneros, 22 ovejas; déficit, 50 carneros». Esto significa que el total fijado era 100; las dos primeras cifras registran

el pago efectuado, la última el saldo que se debe. Es significativo que en estos casos el total, que no se expresa en realidad, es casi siempre una cifra redonda, normalmente 100, pero también se encuentran cantidades como 50, 150, 200 y 300. Sundwall, que observó por primera vez esta característica, pensó que los animales eran bueyes, no ovejas y que se trataba de hecatombes (cientos) de animales para sacrificios. Las cantidades que se relacionan hubiesen hecho de los cretenses un pueblo asombrosamente piadoso. Hemos de contentarnos con otra explicación menos pintoresca. Las ovejas deben ser un tributo, pues los números redondos y el déficit calculado nos hacen excluir un censo. Hay otro dato extraño en estas tablillas: los carneros superan con mucho el número de ovejas, no solamente en el déficit, en el que ordinariamente constan carneros, sino en el número de animales recibidos. Esto quiere decir que los guardas del rebaño escogían los animales menos útiles para la reproducción del mismo. Así, pues, llegamos a la conclusión de que estas grandes cifras representan sólo una fracción del total, y debe suponerse para toda Creta una cifra de varios cientos de miles de cabezas, cifra que no es, en modo alguno, exagerada. Sólo podemos hacer conjeturas sobre la finalidad a que se destinaban estas ovejas de los tributos; el altar y la mesa difícilmente podían consumirlas todas, a no ser que la carne se consumiese en una escala mucho mayor que en la Grecia clásica. En algunos casos, además de las ovejas se registra la lana; en mi opinión, las tentativas de invalidar la identificación del ideograma que llamamos LANA no han tenido éxito. Aquí vislumbramos una vez más la habilidad matemática de los escribas micénicos, porque el total de unidades de lana es un cuarto o un décimo del total de las ovejas, aunque las sumas que se pagan y se deben no concuerdan en cada una de las partidas. Así:

OVEJAS

100

50

LANA

$7 + 18 = 25$

$6 + 6 \frac{1}{3} = 12 \frac{1}{3}$

o también:

OVEJAS

$$40 + 20 + 60 = 120$$

$$90 + 90 = 180$$

$$80 + 10 + 70 = 160$$

LANA

$$3 + 9 = 12$$

$$11 + 7 = 18$$

$$11 + 5 = 16$$

La aproximación $12 \frac{1}{3}$ en lugar de la proporción exacta $12 \frac{1}{2}$ resulta del hecho de que la unidad de lana sólo es divisible en tercios (cada uno de los cuales se expresa por el signo que equivale aproximadamente a un kilogramo).

El otro ejemplo procede de Pilos. Aquí tenemos una serie de dieciocho tablillas que registran la contribución de las aldeas principales con respecto a seis productos. Por desgracia estos productos están expresados por medio de abreviaturas e ideogramas, cuyo significado es impreciso; uno de ellos es quizá PIELES. Las cantidades de estos productos están calculadas en la proporción fija de 7:7:2:3:1 $\frac{1}{2}$:150. Pero se han suprimido las fracciones y se han hecho al parecer otros ajustes. Un caso perfecto es el siguiente:

Ri-jo	17 (17 ¹ / ₂)	17 (17 ¹ / ₂)	5	7 (7 ¹ / ₂)	4 (3 ³ / ₄)	362 (375)
A-ke-re-wa	23 (23 ¹ / ₃)	23 (23 ¹ / ₃)	7 (6 ² / ₃)	10	5	500
E-sa-re-wi-ja	42	42	12	18	8 (9)	900
Pe-to-no	63	63	17 (18)	27	? (13 ¹ / ₂)	1350

Además del impuesto se detallan la entrega realizada y los descuentos:

<i>Za-ma-e-wi-ja</i>	(impuesto)	28	28	8	12	5	600
	entrega	20	21	5	8	6	450
	exención	1	—	—	—	—	—
	debe	—	—	1	—	—	—
	A los <i>Ma-ra-ne-ni-jo</i> se les exime de lo siguiente	7	7	2	3	1	150

No se anota el déficit de 1 en la cuarta columna, ni se indica si se ha dado algún crédito que justifique el pago de 3 más en la quinta. Los grupos exentos de pago —no sabemos quiénes eran los *Ma-ra-ne-ni-jo*— son en su mayoría forjadores, y quizá no es aventurado suponer que gozaban de esta exención o reducción por estar encargados de la realización de un trabajo indispensable para la guerra, la fabricación de armas. Hay otra serie de documentos que nos dan con muchos detalles las asignaciones de bronce a los forjadores de diversos lugares, y hay una referencia a la fabricación de hojas de lanza y puntas de flecha.

Los numerosos objetos votivos recuperados por los excavadores en algunos altares y las tablillas que aluden a ofrendas, nos permiten conjeturar la importancia de la religión en la vida cotidiana. Algunas de las primeras tentativas de desciframiento habían dado una interpretación religiosa a un gran número de tablillas; en principio nos inclinábamos a considerar con cierto escepticismo tales interpretaciones. Pero desde el día en que yo mismo descubrí los nombres de tres dioses olímpicos de Cnosos, nos vimos obligados a revisar nuestra posición, y ahora podemos encontrar en las tablillas los nombres de la mayoría de los dioses o diosas de la época clásica.

Pero no es tarea fácil identificar una deidad. Únicamente podemos confirmar su mención en las tablillas cuando reconocemos nombres de dioses equivalentes a los clásicos. Junto con ellos hay una multitud de nombres extraños que pueden ser o no divinos, y la presencia en estas listas de ofrendas hechas a representantes humanos de la deidad, como la sacerdotisa de los vientos en Cnosos, nos advierte del riesgo de una conclusión apresurada.

Los dioses identificados llevan los nombres más conocidos de la Grecia clásica: Zeus y Hera (ya unidos), Posidón, Hermes, Atena, Artemis. *Paiawon* es una forma primitiva de *Paián*, identificado después con Apolo; *Enyállos* es asimismo un nombre dado posteriormente a Ares; no hay modo de saber si eran éstos, como se ha sostenido, dioses independientes que en una época mucho más tardía fueron absorbidos por dioses más eminentes. Los testimonios del nombre Ares como dios no son del todo claros, pero aparece como primer elemento de un nombre de varón, *Areiménes*. Afrodita no aparece hasta ahora en los textos, pero puede ser mera casualidad; si realmente esta diosa procedía de Chipre, hemos de suponer que su incorporación al Panteón griego tuviese lugar en la época micénica, antes de que Chipre se separara del resto del mundo griego. El fragmento de Pilos con el nombre de Dioniso en genitivo y nada más, fue desconcertante para los expertos. Puede argüirse que se trata de un nombre no divino, pero la coincidencia es notable.

Homero nos dice que Ulises se detuvo «en Amniso, donde se halla la cueva de *Eileithya*». Siguiendo esta pista, los arqueólogos localizaron una cueva en la costa de Creta, no lejos de Cnosos, que había sido utilizada como altar desde la época minoica. ¿No era lógico, pues, encontrar una tablilla en Cnosos que anotaba el envío de un jarro de miel a Eleutia en Amniso? *Eleuthia* es una forma conocida del nombre de *Eileithya*, la diosa del parto.

A partir de aquí comienzan las incógnitas: las ofrendas de Cnosos «a todos los dioses» no son inteligibles, porque tal culto panteístico no se conoció antes de la época helenística. El culto rendido a los vientos es poco común, aunque no desconocido. Pero el título más curioso dado a una diosa es una palabra griega muy conocida, *Pótnia*, la Señora, o, como diríamos hoy, Nuestra Señora. En una ocasión aparece este término junto a Atena, en una forma que recuerda el uso que de él hace Homero/como título para cualquier diosa; pero por lo general, va sólo en conexión con el nombre de un lugar: «Nuestra Señora del Laberinto» es seguramente la más llamativa de las dedicatorias salidas de Cnosos. La religión griega, según la opinión más generalizada en la época moderna, en cierta dimensión es una fusión de dos creencias distintas: un grupo de deidades olímpicas o celestiales, creencia de la que participan otros pueblos indoeuropeos, y un grupo de deidades ctónicas o terrenas, que vive en los infiernos y está dominado por una diosa de la fertilidad, conocida por los griegos clásicos como Deméter. Los monumentos minoicos y micénicos nos hablan de una deidad femenina que ocupaba un lugar preponderante en su religión, y por esta razón yo he sugerido la identificación de Potnia con esta diosa. No puede alcanzarse certeza sobre este punto y no debemos arriesgarnos a identificar a Potnia con la Deméter clásica. Es verdad que se ha creído hallar el nombre de Deméter en un texto de Pilos, pero del contexto se deduce que no puede referirse a la propia diosa, y entendemos más bien que su nombre se utiliza en sentido traslaticio para expresar los sembrados. También son posibles otras interpretaciones. No obstante, existe un argumento poderoso en favor de una diosa madre: una tablilla de Pilos, hallada en 1955, registra una ofrenda de aceite a la «Divina Madre», un título que recuerda vivamente el posterior de «Madre de los Dioses». No puede negarse que en la Pilos micénica existía un culto de esta clase.

Probablemente se irán reconociendo en las tablillas toda una multitud de deidades menores. Zeus y Posidón parecen tener ambos parejas femeninas, Diwia y Posidaeia. Iphimédeia, que en Homero es una figura misteriosa, semi-divina, recibe también honores de diosa. Hay otra figura enigmática cuyo nombre parece significar «tres veces héroe». Erinis, una de las Furias, puede ser uno de los nombres que se mencionan en Cnosos. Pero más allá de esto entramos en el campo de las conjeturas, donde no hay nada que nos sirva de guía.

Los dioses aparecen únicamente en calidad de destinatarios de ofrendas. Tales ofrendas están constituidas a veces por animales, y podemos suponer que existía un ritual de sacrificios. Posidón recibe, según una tablilla, 1 toro, 4 carneros, ciertas

cantidades de trigo, vino y miel, 15 quesos, algún unguento y 2 pieles de oveja. Todo esto parecen provisiones para un banquete ritual, y puede encontrarse una interesante ilustración de tal ceremonia en un sarcófago pintado procedente de Hagia Tríada. Pero las ofrendas más comunes consisten en aceite de oliva. En Cnosos se han hallado tablillas que enumeran cantidades enviadas a divinidades diversas; pero hasta 1955 faltaba el grupo correspondiente de tablillas de Pilos. En esta fecha descubrió Biegen los almacenes de aceite en la parte posterior del palacio, donde figuraba la distribución del aceite que, en su mayor parte, era perfumado, como indicamos anteriormente. Las ofrendas van dirigidas generalmente a Pótnia, Posidón y al rey, que en este contexto puede ser un dios, quizá nada más que otro modo de nombrar a Posidón. En dos casos se hace constar que el aceite es para «el tendido de los lechos», nombre de un banquete ritual ofrecido a las imágenes de los dioses y muy conocido en el rito griego y en el romano: el nombre latino *lectisternium* presenta una lejana reminiscencia del griego micénico *lekhestrôtêrion*. En otro caso se nos dice que el perfume era «para ungir las túnicas».

Una de las omisiones más extrañas en nuestra lista de profesiones micénicas es la del escriba; aquí sí es seguro que la omisión se debe a nuestro desconocimiento de la palabra correcta, y el nombre puede ocultarse bajo una de las palabras de este grupo aún no interpretadas. Era de esperar que se utilizase el término griego clásico *grapheús*, porque *gráphô* «escribir», significa originariamente «rascar», expresión adecuada al procedimiento empleado para escribir sobre la arcilla. Pero los chipriotas de la época clásica preferían otra palabra, *alínô*, que significaba originariamente «pintar» y si, como en tantas otras cosas los conservadores chipriotas aplicaban una palabra antigua al verbo «escribir», era verosímil que apareciese esta raíz en la lengua micénica. Es cierto que en alguna ocasión encontramos unos hombres llamados, con un nombre de sentido similar, *aloiphoí*, pero debe tratarse de pintores o incluso engrasadores, más bien que de escribas.

Las tablillas cuneiformes de los arcadlos presentan con frecuencia el nombre del escriba que las grabó. Pero ni una sola de las tablillas micénicas lleva una firma semejante. Se diría que la labor de escribir una tablilla no era motivo de orgullo para el escriba; no poseemos ningún paralelo del escriba de Ugarit, que se firma «maestro escriba». Aparentemente no había tampoco necesidad de hacer responsable al escriba, mediante la inscripción de su nombre, de las partidas falsas o erróneas. Pero el ingenio moderno ha triunfado en cierta medida sobre esta omisión de los antiguos. Bennett ha hecho un minucioso estudio de la grafía micénica y aunque no se han publicado todavía los resultados completos, se ha revelado que las tablillas están escritas por muchas manos distintas. Cada escriba tiene sus propios rasgos distintivos y la mirada de un experto descubre en la Lineal B tantas diferencias como en la grafía moderna. Pocas son las tablillas cuidadas como lámina de cobre; muchas de ellas están escritas con descuido, y son enormes las posibilidades de variación cuando la escritura cuenta con tantos caracteres.

Las tablillas procedentes de un edificio de Micenas muestran pruebas de seis manos diferentes, y las colecciones completas de Pilos y Cnosos son obra, cada una de ellas, de treinta o cuarenta escribas. Estas cifras carecerían de significación si no tuviéramos la certeza de que todas las tablillas de un mismo lugar son contemporáneas dentro de unos estrechos límites. ¿Cómo podemos saber que cuando se quemó la cámara del Archivo no había en ella tablillas de cincuenta años atrás? La respuesta, como sucede con frecuencia, es indirecta. Cuando se lleva la contabilidad durante varios años, deben fecharse las cuentas de tal modo que permitan saber en un momento determinado cuáles corresponden al año en curso y cuáles a los años anteriores. Pero, a diferencia de los textos acadios, las tablillas micénicas no llevan nunca una fecha anual. Apenas hay algunas fechadas (y parecen ser siempre textos religiosos), pero solamente con el nombre del mes. En Cnosos se conocen seis nombres de meses, y dos en Pilos, y no hay superposición entre ambas listas; uno de los nombres de Cnosos se repite en Arcadia de la época clásica.

En cambio sí aparecen varias veces las frases «este año» (*tôto wétos*), «el año próximo» (*háteron wétos*), y «del año pasado» (*perusinwós*). Estas frases no tendrían sentido a menos que las tablillas tuviesen una validez máxima de un año. Ello parece implicar que al comienzo de cada año las tablillas se deshacían y se empezaban nuevas series. Pero las fechas, pensará alguien, podían haber estado, no en los propios documentos, sino en los archivos. También a esto hay respuesta. Los informes de los excavadores nos dicen bastante acerca del sistema de archivos. Aparentemente algunas tablillas eran conservadas en cajas de yeso o de madera, pero la mayoría parecen haber sido almacenadas en cestos de mimbre, y cuando el «legajo» quedaba completo, se marcaba con un rótulo de arcilla. Poseemos un buen número de estos rótulos que se distinguen porque muestran en su reverso las señales de los mimbres del cesto, grabados cuando la arcilla, todavía blanda, se colocaba sobre éste. En general, están muy mal conservados, y hasta hace poco no se me ocurrió tratar de clasificarlos con relación a las tablillas por ellos rotuladas. Había unos cuantos legibles; otros podían reconstruirse por comparación con las tablillas correspondientes; pero en ningún caso parecían haber llevado estas etiquetas nada más que unas pocas palabras que servían para identificar el contenido. Por ejemplo, el cesto que contenía las tablillas de las corazas estaba toscamente rotulado «corazas»; una de las que rotulaban tablillas referentes a ruedas era más explícita: «ruedas en buen uso para los seguidores». Es evidente que estos rótulos no contenían la fecha que nos falta.

Otro hecho confirma la ausencia de documentos de años atrasados: la ausencia de duplicados. Todos los años debían compilarse series similares de cuentas: con todo, aparte de dos posibles excepciones, no se han descubierto series duplicadas. Tampoco estas dos excepciones son simples duplicados; una añade nuevos detalles, la otra aparenta ser una relación, con modificaciones secundarias, de los datos de una serie de tablillas en forma de listas. Así, pues, documentos de los años anteriores no se

hallan entre nuestros descubrimientos y esto quiere decir que todas las tablillas de un mismo lugar pueden suponerse escritas dentro de un período de doce meses o poco más. Por estos métodos indirectos llegamos a la conclusión de que la escritura no era, en modo alguno, una tarea infrecuente en los palacios reales.

¿Pero cuántas personas sabían leer y escribir fuera del palacio real? En primer lugar, hemos de rechazar un argumento que pareció viable en un principio. Tal era la idea de que las tablillas de Micenas procedían de casas particulares. Lamento tener que disentir de la opinión del profesor Wace, que excavó esos edificios. Pero a pesar de estar situados fuera de las murallas de la ciudadela, no hay razón para asegurar que no fuesen dependencias del palacio. Wace los consideró como casas de mercaderes; pero esto nos lleva a preguntarnos si todo el comercio de la época no estaría en manos de los funcionarios del palacio, como parece indicar el contenido de algunas tablillas. La existencia de seis escribas en una casa no parece, pues, prueba suficiente para afirmar que todas las familias sabían leer y escribir.

Hay además otra prueba en contra de esta afirmación que no puede rechazarse arguyendo que los sitios excavados son insuficientes. No se conoce una sola inscripción en Lineal B grabada en piedra; ninguna losa funeraria lleva el nombre del difunto, ningún edificio público el nombre de su constructor. A no ser por las tablillas y los jarros con inscripciones, seguiríamos creyendo que los habitantes de Micenas eran analfabetos. Y esto es un dato notable, porque en Creta, por el contrario, se han hallado inscripciones en Lineal A sobre objetos de piedra y de metal.

Evidentemente, no todo el mundo sabía escribir; pero antes de concluir que éste era el privilegio de una clase de escribas hemos de considerar todavía otra prueba: los jarros inscritos. Estos jarros han sido encontrados en cuatro sitios distintos de aquellos otros de donde proceden las tablillas, y en uno de ellos, al menos en Tebas, eran un producto local, no importado. De aquí se infiere que la escritura no estaba restringida a las tres ciudades que poseían archivos. Además, no tiene objeto pintar una inscripción en un jarro antes de exponerlo al fuego, si no se persigue la finalidad de que alguien pueda leerlo. Sería más fácil juzgar sobre el propósito de estas inscripciones si pudiésemos interpretarlas con mayor seguridad. Por lo que podemos observar, contienen principalmente nombres propios de personas, posiblemente el artesano, quizá el usuario. No son dedicatorias —no hay ningún indicio de que los griegos micénicos considerasen a los dioses capaces de leer —ni se refieren al contenido de los jarros. Resumiendo, podemos concluir que la escritura se practicaba en gran medida como instrumento de la administración, pero que no había hecho muchos progresos fuera de los círculos burocráticos; tanto los que ocupaban los puestos más altos de la comunidad, como los miembros inferiores de la misma, pudieron ser analfabetos. La estrecha conexión de la escritura con la administración central explicará que no sobreviviese a las catástrofes que derribaron a los fuertes gobiernos centralizados.

Los caracteres de la escritura con sus finos trazos, sus elegantes curvas, en fuerte

contraste con su contemporánea, la escritura chipro-minoica (ver págs. 34-35) nos señalan también que no era la arcilla el único material usado para escribir; los signos son mucho más apropiados para escribir con pluma y tinta. Podemos, pues, pensar en el papiro, que ya se utilizaba en Egipto; con anchas tiras obtenidas del tallo de esa planta, pegadas una sobre otra con agua del Nilo, se fabricaba una especie de «papel». Asimismo podían prepararse debidamente ciertas pieles de animales; Heródoto nos dice que los jonios, antiguamente, usaron pieles para escribir. Según esto, la arcilla habría sido un material de segundo orden, utilizado solamente como borrador y para documentos provisionales, que se desecharían una vez trasladados a libros más duraderos. Esto nos parece muy natural, porque no podemos imaginar una burocracia que no pueda contar con los documentos de los años anteriores, pero quizá debemos reflexionar antes de suponer que un escriba o funcionario micénico tuviese el mismo interés por los acontecimientos pasados. Pudo muy bien no considerar necesario guardar las cuentas del año anterior después de cerradas.

También puede parecer extraño que un invento tan útil como es la escritura se limitase a tan monótonos usos. ¿Por qué no escribieron cartas, historias o poemas? La tosquedad de la escritura impone una limitación; podemos preguntarnos hasta qué punto sería fácilmente inteligible un documento escrito en Lineal B para una persona que ignorase las circunstancias del mismo. Es algo parecido a lo que ocurre con la taquigrafía: la persona que la escribió no tendrá gran dificultad en leerla, pero cualquiera otra se verá embrollada si no sabe cuál puede ser su contenido. Así, pues, la existencia de libros y de lectores resulta improbable. Las posibilidades de que la piqueta del arqueólogo revele un día una biblioteca micénica son muy escasas. Pero ¿y las cartas? Aquí el caso es muy distinto porque a juzgar por las cartas contemporáneas escritas en otras lenguas, en aquella época una carta era, si no de hecho, al menos en su forma, una instrucción a un mensajero. En Ugarit, por ejemplo, la fórmula corriente al comienzo de una carta es ésta: «Al rey, mi señor, digo...» o bien: «Así digo yo, el rey del país de Bîrûtu al prefecto del país de Ugarit, mi hijo...». La escritura Lineal B serviría para esta función mnemotécnica.

Quizá no sea inoportuno señalar que Ventris y yo llegamos a enviarnos mutuamente mensajes escritos en Lineal B y en una imitación del dialecto micénico. Uno de ellos fue enviado con ocasión del final del manuscrito de *Documents*. Su traducción dice así: «John a Michael felicitaciones. Hoy entregué el libro a la imprenta. Buena suerte. Cambridge, 7 de junio». Ventris comentó que era mucho más fácil de leer que muchas de las tablillas.

Finalmente, hemos de tratar brevemente de una cuestión espinosa: ¿Qué luz arrojan las tablillas sobre los poemas homéricos? Es un problema lleno de dificultades, pues su respuesta depende de muchos factores que rebasan el marco de este libro; tratar de ello debidamente exigiría una descripción completa del mundo que Homero nos pinta, una revisión detallada de los datos arqueológicos sobre la vida griega entre los siglos XV al VII a. de C., una discusión del proceso de composición de

los poemas y su transmisión hasta nuestros días. En la actualidad existen dos corrientes de ideas: la de aquellos que consideran que el elemento micénico en Homero es importante y la de los que creen que no tiene importancia. Posiblemente la mejor solución es la ecléctica. No podemos negar que muchas características del mundo homérico nos llevan a originales micénicos. Para tomar un ejemplo famoso, Homero describe una especie curiosa de yelmo hecho de fieltro al cual se cosen hileras de láminas cortadas de colmillos de jabalí. Esto era una rareza inexplicable hasta que se descubrió una tumba que contenía un gran número de piezas de colmillo de jabalí, y Wace demostró que podían montarse de tal manera que formaban un yelmo como el descrito por Homero. Un yelmo de esta clase no podía conocerse en el siglo VIII a. de C.; su descripción debe haber sido transmitida a lo largo de los siglos, y si es así con respecto a un detalle, ¿por qué no con respecto a los demás? Otro argumento: la extraña lengua arcaica que utilizaba Homero; a los atenienses clásicos debía sonarles como a nosotros el *Poema de Mío Cid*. En ella hay elementos que proceden con claridad de una fuente micénica: por ejemplo, la desinencia nominal -*phi* es desconocida en todos los dialectos posteriores, pero es común en micénico. Todo esto puede aducirse para apoyar la presencia de elementos micénicos en la época homérica. Para esta corriente de ideas la guerra de Troya fue un acontecimiento histórico y los poemas homéricos una guía de la Grecia micénica.

Por otra parte, cuando podemos hacer comparaciones entre los datos que nos dan las tablillas y Homero, surgen inmediatamente discrepancias. La posición del rey puede ser la misma en Homero y en las tablillas, ¿pero qué ha sucedido con el segundo jefe, el *lawagétas*? No sólo no aparece su nombre en los versos épicos (no podría adaptarse a la medida del verso), sino que no hay tampoco un término que le sustituya. Así sucede también repetidas veces con otros datos; es muy cómodo decir que Homero no mostraba interés por los pormenores de la agricultura, pero la verdad es que ni siquiera aparece en sus poemas el término micénico corriente para designar una parcela de tierra. Varias tablillas de Pilos enumeran en un orden constante un grupo de nueve pueblos importantes; se hizo observar en seguida que Homero, en el *Catálogo de las naves* asigna también nueve ciudades a la región de Pilos. Pero las dos listas no coinciden; la de Homero incluye a Pilos, la de las tablillas la excluye y sólo uno de los ocho nombres restantes coincide en ambas listas. La lengua contiene elementos micénicos, es cierto, pero muchos otros son de una época muy posterior y los nuevos y los antiguos están mezclados en tal confusión que los esfuerzos de los estudiosos por separarlos han logrado pocos resultados positivos. Sería más conveniente no exagerar ni subestimar los vestigios micénicos en Homero.

Cualquiera que sea la posición que se adopte en esta controversia, no podemos menos de decir que el desciframiento ha introducido un elemento totalmente nuevo en el problema homérico. Ha dotado a los mudos documentos de la Grecia prehistórica de un comentario lingüístico, incompleto y oscuro, pero garantía de que sus autores eran griegos. Ha hecho retroceder en unos siete siglos las fechas de las

primeras inscripciones griegas y, por tanto, ha ampliado nuestros conocimientos de la lengua griega, que tiene ahora una historia con una continuidad documental de treinta y tres siglos, un récord que sólo ha igualado la lengua china.

CAPÍTULO 8

PERSPECTIVAS

La Lineal B está descifrada; ¿qué es lo que queda por hacer? ¿Cuál es la tarea que Michael Ventris nos ha dejado a sus amigos y colaboradores? Hay todavía muchas cosas por hacer y, con los métodos que él nos enseñó, tenemos grandes esperanzas de lograr otros éxitos, si bien menos espectaculares.

El desciframiento ha provocado una nueva serie de investigaciones sobre las otras dos escrituras desconocidas del mundo egeo: la Lineal A, escritura cretense, y la chipro-minoica, la escritura de la Edad del Bronce en Chipre. La Lineal A, según se sabe, está estrechamente emparentada con la Lineal B, si no es su inmediato antecesor; así, pues, parece razonable suponer, como hipótesis de trabajo, que los signos que guardan clara semejanza en ambos sistemas deben tener aproximadamente los mismos valores. Esto proporciona un punto de partida; pero la aplicación de valores fonéticos no da inmediatamente palabras identificables. Sería de desear que la lengua resultase ser análoga a otra ya conocida; pero a falta de esto será necesario proceder conforme al camino ya fijado por *miss* Kober y seguido por Ventris: han de analizarse los textos, deducir los significados de las palabras o fórmulas, descubrir la estructura de la lengua y, finalmente, preparar un casillero para confrontar los valores tomados de la Lineal B. Ya se ha comenzado a trabajar en este sentido y numerosos estudiosos de varios países dedican su tiempo a este problema; pero hemos de confesar que, por el momento, los progresos se ven obstaculizados por la insuficiencia del material de que disponemos. Se han descubierto algunas tablillas más, escritas en Lineal A, pero no están publicadas aún; esperemos que éstos y otros posteriores hallazgos aumenten el volumen de las inscripciones hasta llegar a un momento en que sea posible hacer un desciframiento verificable. Entre tanto cabe la tentación de tomar el sendero más corto y suponer la identidad o la semejanza con una lengua conocida, y extraer el sentido mediante los convenientes ajustes de los valores fonéticos. Parece prematura la reciente afirmación, hecha por el Dr. Gordon, un americano experto en lenguas semíticas, de haber identificado términos de la Lineal A con palabras utilizadas por la lengua acadio-babilónica; otros investigadores han especulado también sobre afinidades semíticas y no es imposible que la solución se hallase en esa línea. Otros estudiosos, por el contrario, han apoyado la idea de que la Lineal A contiene una lengua de la familia indoeuropea, probablemente emparentada con la hitita y otras antiguas lenguas de Anatolia.

Las tablillas chipro-minoicas, descritas brevemente en el capítulo 2, son demasiado escasas para permitir rápidos progresos. A esto se añade la dificultad de que no se conoce por completo el repertorio de signos, y es imposible equiparar con certeza los diferentes sistemas de signos. Es algo semejante a lo que ocurre cuando leemos varias formas de letra, de diferentes personas; si conocemos el alfabeto y la lengua utilizada, es muy fácil su lectura, aunque dichas formas no nos sean familiares; pero si, como en este caso, no conocemos ni la escritura ni la lengua, nos movemos en un mar de dudas y vacilaciones. Resolver este problema inicial requiere mucho más trabajo y un mayor número de textos. Además, la afinidad existente entre la Lineal B y la escritura chipro-minoica es mucho menos marcada que la que se da entre la Lineal A y la Lineal B, por lo cual es mucho más difícil hacer conjeturas sobre los valores fonéticos. Por otra parte, tenemos una segunda pista en el silabario chipriota de la época clásica, si bien aquí también cuesta trabajo hallar analogías y éstas pueden resultar falsas. No obstante, hay fundadas esperanzas de que se harán nuevos descubrimientos, ya que todos los datos indican que el material normalmente utilizado en Chipre para escribir era la arcilla, y los archivos principales no han sido hallados todavía. Esperamos que las perturbaciones de orden político no impidan la prosecución de las excavaciones en Chipre y en la costa siria, que tantos resultados prometen.

La escritura Lineal B permanece oscura en muchos puntos. Hay cierto número de signos no identificados con seguridad; nuevos trabajos pueden contribuir a poner en claro estos signos, pero no podemos avanzar mucho si no logramos nuevos ejemplos. Una brillante y muy reciente averiguación ilustrará sobre la clase de descubrimientos que quedan por hacer. Se había observado que la palabra transcrita *wo-wo* en ciertos contextos parecía significar «dos», aunque no correspondía a la adecuada palabra griega. Se daba también un caso en que un nombre, *wi-du-wo-i-jo*, se escribía, aparentemente mal, así: *wi-wo-wo-i-jo*. El profesor E. Risch, de Zurich, observó que en ambos casos los signos correspondientes a *wo-wo* no eran normales: el segundo estaba invertido, como si fuese la imagen en un espejo del primero, que tenía la forma normal. De ello dedujo que este grupo debía leerse como un signo compuesto con el valor *du-wo* (quizá mejor *dwo*), que nos da la palabra griega correcta, equivalente a «dos» (*duô*) y explica la ortografía del nombre.

La situación con respecto a los ideogramas es análoga: hemos tenido algunos aciertos, como por ejemplo, cuando un ideograma nos sugirió el significado de «aceite», confirmado después con un nuevo texto que relacionaba con él la palabra griega correspondiente a «aceite». Se desconocen o son dudosos un cierto número de ideogramas poco frecuentes. La relación entre los diversos símbolos correspondientes a pesas y medidas está ya correctamente establecida, pero sigue en pie el problema de sus valores absolutos. Ventris hizo algunas comparaciones y cálculos que sirvieron para determinar limitaciones aproximativas de estos valores, pero hay que verificar su labor y perfeccionarla. Uno de los métodos para hacerlo es el siguiente: los

arqueólogos han hallado numerosas tinajas para almacenar líquidos; es probable que la capacidad de estos recipientes tenga alguna relación con las unidades establecidas para medir líquidos —como una serie de botellas de leche actuales indicaría respectivamente los valores $\frac{1}{4}$, $\frac{1}{2}$, 1 y 2 litros. No hemos de suponer que las vasijas hechas a mano presenten tal exactitud en sus capacidades, pero hay grandes probabilidades de obtener un término medio aproximado si pueden medirse suficientes ejemplares.

La vía más importante de progreso consiste indudablemente en la interpretación de los textos que ya sabemos traducir. En las primeras etapas del desciframiento nos emocionábamos cuando encontrábamos palabras traducibles que daban un sentido verosímil al texto; ahora nos preguntamos cuáles fueron los hechos que motivaron estos documentos. El estudio minucioso, no sólo de tablillas aisladas, sino de series completas, está comenzando a revelar un cuadro general de la economía micénica, según traté de exponer en el capítulo anterior. Asimismo hemos de comparar los resultados con documentos semejantes hallados en numerosos lugares del Oriente Próximo, pues, como es sabido, ninguna civilización vive en completo aislamiento, sino que está influenciada por las tradiciones y costumbres de los pueblos con quienes entra en contacto. Ciertamente algunas de nuestras ideas actuales son imperfectas, pero hay razón para suponer que la continuada labor de numerosos eruditos conseguirá notables avances en nuestro conocimiento de la estructura de la realidad micénica, de la cual las tablillas no son sino un producto.

Pero vano es pretender que no existen límites a los resultados que pueden obtenerse de un continuo y reiterado examen y valoración de los textos que poseemos. Podrán registrarse algunos progresos cuando se hayan examinado, detenidamente y por entero, los numerosos fragmentos de tablillas de Cnosos para ver si podemos completar con ellos las tablillas imperfectas. Pero nuestra esperanza principal ha de estar en el descubrimiento de nuevos textos.

La historia de los últimos años demuestra que no es ésta una esperanza infundada. Sin duda alguna existen aún tablillas que no han sido descubiertas. No están terminadas las excavaciones de los edificios de Micenas en que Wace encontró tablillas en 1952 y 1954; y hay otros lugares en la misma zona que atraerán ahora a los arqueólogos. Las noticias de los repetidos descubrimientos de tablillas en Pilos nos dicen que este sitio no está completamente agotado. Sin embargo, esta fuente debe estar tocando a su fin. La British School de Atenas está explorando algunos de los edificios exteriores del palacio de Cnosos, esperando encontrar, entre otras cosas, más tablillas.

Hay también otros lugares micénicos cuya excavación pudiera resultar provechosa. Recientemente se ha descubierto en Iolcos, en Tesalia, un importante palacio, que es tentador identificar como el de Peleo, el padre de Aquiles. Es posible que se utilizasen allí tablillas de arcilla, aunque está situado fuera de la principal zona micénica. Desgraciadamente, sobre este lugar tiene su emplazamiento una población

moderna y no podrán realizarse excavaciones totales. Lo mismo sucede en Tebas, el más prometedor de todos los lugares conocidos, donde fueron hallados jarros con inscripciones, en unas excavaciones apresuradas, con anterioridad a la reconstrucción. Tebas era una de las ciudades más importantes de Grecia durante la primera parte del período micénico, pero estaba en decadencia hacia 1300 (a. de C.), hecho interesante que concuerda con la leyenda de la derrota sufrida frente al ejército de Adrasto de Argos.

Quedan otros lugares no descubiertos todavía. Esparta, por ejemplo, fue la sede de un reino micénico, el de Menelao, el esposo de Helena; su palacio permanece oculto. Las alusiones a Pleurón en las tablillas de Pilos indican que valdría la pena investigar en este sitio, pues ya se ha localizado su emplazamiento. No obstante, debemos recordar que el descubrimiento de un centro micénico no es garantía de la existencia de tablillas; dos de los más famosos, los palacios de Micenas y Tirinte, no revelaron nada en este sentido. Sólo allí donde un desastroso incendio sometió a fuego las tablillas hay posibilidades de recuperar tales documentos.

No son éstas tareas sencillas ni fáciles. Son pocos los expertos que pueden dirigir tales excavaciones, y su tiempo está solicitado por otras preocupaciones. Ante todo, los trabajos de esta clase son de elevado coste y no ofrecen un rendimiento inmediato. En virtud de un prudente decreto, todos los hallazgos arqueológicos son propiedad del Estado griego y van a engrosar las impresionantes colecciones de los museos griegos. Es lógico que así sea; y es mucho más satisfactorio tener reunidos en un mismo sitio todos los documentos relativos a una cultura que saberlos esparcidos por la superficie del globo. Afortunadamente, las Escuelas extranjeras de Arqueología en Grecia, y el Servicio Arqueológico griego tienen conciencia de la necesidad de aumentar nuestros conocimientos sobre la cultura micénica. Confiemos en que se les apoyará generosamente para poder lograr nuevos hallazgos.

Si éste nos parece un modo confuso y extraño de incrementar la suma de conocimientos humanos, vale la pena que recordemos que la civilización europea se asienta sobre tres grandes tradiciones: la hebrea, la griega y la romana. De las tres es en la tradición griega donde tienen sus raíces todas las artes europeas, en su más amplio sentido, y es un hecho cierto que todas las realizaciones de artistas, escritores y pensadores europeos han estado profundamente influenciadas por las realizaciones extraordinarias de ese pequeño pueblo de la antigüedad. Nuestra deuda con los griegos es razón suficiente para desear conocer mejor los comienzos de su civilización, mucho tiempo antes de la época histórica.

Un nombre ilustre ha de incluirse en la lista de helenófilos ingleses famosos en el mundo de la ciencia, el nombre de Michael Ventris. A nosotros, que estamos orgullosos de continuar su obra, nos servirán de guía su sencillez, su modestia, su lucidez y su talento. Muchos fueron los elogios que se le prodigaron después de su muerte, pero a mi juicio, ninguno tan sencillo y patético como la frase del profesor Dumézil: «Devant les siècles son oeuvre est faite».

POSTSCRIPTUM

(ENERO DE 1967)^[*]

Desde que di fin al texto de la edición original de esta obra en diciembre de 1957, se han producido numerosos desarrollos ulteriores. Estos desarrollos no han menoscabado en absoluto la validez del desciframiento y de sus consecuencias, tal como aquí los hemos descrito; pero sí sugieren la necesidad de una breve discusión sobre algunos puntos. Este *Postscriptum* sustituye, por tanto, al que fue escrito en julio de 1959 y publicado en las sucesivas versiones de esta obra aparecidas a partir de esa fecha.

Cuando apareció por primera vez este libro, ya se habían producido varios ataques contra la validez del desciframiento y posteriormente aún se produjeron otros más. Todas esas críticas fueron oportunamente afrontadas y contestadas por los mantenedores del desciframiento y la discusión resultó sumamente provechosa en el sentido de aclarar algunos aspectos oscuros en la historia de este hecho científico. Por ejemplo, se apuntó la idea de que Ventris no tuvo noticia de la tablilla «de los trípodes» en la forma en que aquí se ha descrito (página 103), sino que su desciframiento se había basado ya previamente en las palabras que dicha tablilla contiene. Esta calumnia fue fácilmente refutada por el profesor Biegen, ya que los fragmentos que constituyen esta tablilla salieron a la superficie precisamente en las mismas semanas en que Ventris estaba redactando su *Nota de Trabajo número 20* y, por tanto, no pudieron ser leídas ni por él ni por nadie hasta que hubieron sido ya sometidas a tratamiento y limpieza; es decir, que aun en el caso de que Ventris hubiera estado presente en el mismísimo terreno de las excavaciones, no habría podido disponer del texto. Entonces se lanzó la extraordinaria insinuación de que Ventris había conseguido con anterioridad, y por medios no especificados, otra tablilla con un contenido semejante a la de «los trípodes»; que se valió de ella para llevar a cabo su interpretación, y que a continuación la hizo desaparecer. Tales insinuaciones no han servido más que para desacreditar a sus autores.

Es muy natural y explicable que los investigadores que anteriormente se habían adherido al punto de vista según el cual el Lineal B no podía contener griego, se hayan mostrado poco propicios a reconocer su error. En otros casos, los críticos han partido de ideas preconcebidas sobre la naturaleza de la escritura; uno de ellos escribe^[1]: «Que los griegos de aquella época suprimieran los fines de palabra y escribieran, por así decirlo, tan sólo los temas o los elementos radicales de los

vocablos, haciendo uso de una especie de taquigrafía, es la más inconcebible de las posibilidades». Si consideramos las cosas desde el punto de vista de nuestro alfabeto moderno, puede parecer extraño que los griegos de la época micénica se contentaran con un sistema gráfico tan inadecuado. Pero debemos tener presente —como lo indica una evidencia cada vez más aplastante— que los micénicos no utilizaron el Lineal B más que para cuentas, inventarios y anotaciones breves de la misma índole; no hay muestra ninguna de prosa continua que habría requerido un sistema gráfico capaz de ofrecer una notación cuidadosa de los elementos de flexión; la escritura es la apropiada para el uso que de ella se hizo: mero recurso mnemotécnico, si bien bajo una forma elaborada. Por consiguiente, no parece que debamos reprochar a los micénicos el no haber sabido idear un sistema de escritura tan eficaz como el de sus vecinos orientales.

Supuestos más o menos semejantes a éstos son los que laten en las páginas de la obra del profesor S. Levin^[2]. Comienza por establecer un test extremadamente rígido a fin de verificar la identificación de los signos; aproximadamente la mitad de éstos superan —con gran sorpresa por nuestra parte— este durísimo examen y los demás fracasan por no alcanzar los testimonios confirmativos que Levin exige. Acepta, pues, Levin que una buena parte del Lineal B es griego, pero a continuación lanza la idea de que dondequiera que los valores atribuidos a los signos no proporcionen palabras conocidas y bien identificables, esto ha de explicarse por el hecho de que nos hallamos ante otra lengua. No es Levin el único en plantear esta posibilidad que, también nosotros, hemos considerado y estudiado muy detenidamente. Pero como ya he explicado anteriormente y por extenso (cap. 6), son muchas las razones por las que no nos es posible interpretar la totalidad de las palabras que aparecen en los textos: el carácter incompleto de algunos de ellos, los cambios producidos entre la época micénica y la clásica en las formas y vocabularios helénicos, la posibilidad de que determinadas palabras sean nombres propios, etc. Para apoyar su teoría, Levin llama la atención sobre unas cuantas palabras, pero siempre se trata de vocablos en los que la comparación con textos paralelos muestra a las claras que el escriba sufrió error; cualquier estudio sobre un material como el que utilizamos en nuestras investigaciones revelará errores, que por fuerza hemos de tolerar y excusar. Levin no hace concesión alguna y por eso mismo es realmente notable que aun así se declare dispuesto a aceptar en gran medida los resultados del desciframiento.

El hecho cierto es que las críticas adversas son muy escasas y el griego micénico está ya aceptado como una rama importante de los estudios helénicos en todo el mundo culto. Se le cita y discute en las más recientes ediciones de los manuales de lengua griega y de arqueología. Cursos y exámenes sobre griego micénico vienen realizándose en muchos países; y helenistas de renombre, incluso los que no se ocupan de manera principal en estos textos, apoyan claramente el griego micénico al utilizar sus resultados.

De mayor interés es el nuevo material que ha ido apareciendo en los últimos nueve años, ya que nuestra capacidad para comprender textos nuevos es una de las pruebas más seguras de la validez del desciframiento. Durante el invierno de 1957-1958, el gobierno griego inició un programa de ampliación de carreteras en Micenas, a fin de facilitar la circulación del gran número de autocares turísticos que actualmente afluyen a las ruinas micénicas. Inmediatamente a continuación de los edificios excavados por el profesor Wace en 1952-1954 (cf. págs. 54, 156, 167), las excavaciones dejaron al descubierto antiguas cimentaciones. El Servicio Arqueológico Griego, bajo la dirección del Dr. N. Verdelis, comenzó inmediatamente los trabajos de recuperación y fueron rescatados algunos fragmentos nuevos de tablillas procedentes de un edificio adyacente a los excavados por Wace. Afortunadamente, el profesor Sp. Marinatos, director entonces del Servicio Arqueológico, pudo convencer a los ingenieros para que desviaran el trazado de la carretera en este punto, de modo que pudiera ser excavada la zona que queda bajo la carretera moderna. Se encontró allí otra casa, y es evidente que en este lugar existió un amplio conjunto de edificios. Wace había insistido en que éstas eran las casas de los mercaderes; pero, dada la presencia de tablillas de Lineal B en estos edificios, tablillas que en todas partes son el indicio seguro de la administración de palacio, parece más probable que estos edificios fuesen las residencias y oficinas de los funcionarios palaciegos encargados de tráficlos diversos y que gran parte de la economía de esta zona estuviera controlada por el rey y para el rey.

Entre las nuevas tablillas de Lineal B encontradas en este campo de excavaciones hay una tablilla grande, casi entera, que contiene nombres propios de persona, alguno de los cuales ya habían sido registrados en Micenas. Parece ser que se trata de una lista de veinticuatro nombres de mujer, en su mayor parte agrupados en parejas. En dos casos, la segunda mitad de la referencia está formada por las palabras «e hija», en lugar de otro nombre propio. Dos de los nombres nuevos no solamente son nombres griegos muy conocidos, sino que se trata de nombres que se han mantenido en uso, bajo diversas formas, en Europa hasta nuestros días; estos nombres son: *A-re-ka-sa-da-ra*, esto es, Alejandra, y *Te-o-do-ra*, es decir, Teodora. De nuevo nos planteamos la pregunta de Biegen: ¿Es posible excluir la posibilidad de una mera coincidencia? ¿Qué probabilidades hay de que una combinación de seis signos, tomados al azar, dé como resultado exacto un nombre griego corriente?

La publicación por Bennett de las tablillas encontradas en Pilo en 1955 produjo nuevos testimonios de la validez del desciframiento. La benevolencia de los profesores Biegen y Bennett puso en mis manos estas tablillas ya en 1956, por lo que los datos más importantes ya han sido recogidos en este libro. Estas tablillas registran la distribución de aceite perfumado entre diversos destinatarios, la mayoría de los cuales parecen ser dioses y diosas, aunque es difícil asegurar si «el rey» es el rey de Pilo o si se trata de un título honorífico otorgado a un dios. Hay una palabra que

aparece varias veces en estas tablillas: *wa-na-so-i*, que ofrece una semejanza sorprendente con un vocablo griego que significa «*a (o de) las dos reinas*». Esto ha sido utilizado por el profesor Palmer como base para una ingeniosa teoría, según la cual la religión micénica pudo ser un préstamo o adaptación de ideas y prácticas religiosas mesopotámicas o anatólicas. Gran parte de estas conclusiones, sin embargo, continúan siendo discutibles y oscuras y no deja de haber dificultades para la aceptación de *wa-na-so-i* como título de las divinidades a quienes se tributaba la ofrenda. Tal vez investigaciones posteriores sobre este problema puedan aportar una solución definitiva, pero la única esperanza de alcanzar una certeza total reside en el hallazgo de nuevas tablillas.

El profesor Biegen prosiguió sus excavaciones en Pilo a menor escala hasta 1964, pero el total desbroce del emplazamiento del palacio anula casi por completo cualquier perspectiva de nuevos hallazgos de tablillas. Durante las excavaciones se hallaron unas cuantas tablillas que fueron publicadas en seguida por la profesora Mabel Lang en *American Journal of Archaeology*. Afortunadamente, algunos de los nuevos hallazgos han resultado ser partes perdidas de ciertas tablillas importantes. Uno de los fragmentos ha servido para completar una tablilla rota de la serie de mobiliario (cf. págs. 143-144). Podemos añadir ahora a dicha serie dos hornos o braseros portátiles. Ahora bien, en nuestro presente estado de conocimientos constituye un hecho típico el que todo nuevo dato susceptible de explicación inmediata va acompañado por otro que plantea un nuevo problema. Este fragmento de que hablamos nos suministra tres palabras nuevas que hasta ahora no hemos logrado resolver. Pero no perdemos la confianza en hallar alguna solución, a medida que nuestro conocimiento de la lengua micénica y de los hechos culturales se va incrementando.

Nos han llegado también bastantes tablillas procedentes de una zona situada en las partes posterior y lateral de las habitaciones del palacio; es probable que esa zona estuviera ocupada por los talleres reales. Como en Cnoso, también en Pilo muchos de los artesanos realizarían su tarea probablemente bajo la vigilancia del rey y de los funcionarios reales. Hay una serie muy interesante de demanda de mano de obra a ciudades de las provincias; en las tablillas que nos han llegado se registran los nombres de 18 hombres; en cada caso se hace notar la falta de algunos de los hombres.

Otro grupo de tablillas está constituido, sin duda alguna, por informes de la guarnicionería. En mi opinión actual, los hombres denominados literalmente «costureros» no deberían ser llamados en nuestra versión «sastres» (como en pág. 142) sino mejor «guarnicioneros, talabarteros». Hay una detallada lista de arneses de diversos tipos y de otros aparejos para caballos, como por ejemplo, ronzales y testeras. (Encontramos aquí una excelente confirmación del signo *dwo* (pág. 165): está usado en lugar del numeral *duo* «dos», y la cifra 2 aparece añadida para garantizar la lectura). A continuación se alude a pieles de ciervo, lo que sirve de

apoyo a los informes fragmentarios sobre ciervos, contenidos en la pág. 146. Finalmente, figura también una tablilla grande, actualmente casi completa, con una lista de cueros de buey y pieles de oveja, cabra, cerdo y ciervo, más algunos objetos confeccionados con estas pieles; como por ejemplo, correas, sandalias y cordones.

En varios casos los nuevos textos nos permiten rectificar antiguas opiniones. Por ejemplo, anteriormente yo me remitía al nombre *E-ke-ra₂-wo* (pág. 127), tan claramente helénico, como testimonio de la presencia de los griegos en la clase gobernante. Una de las tablillas nuevas parece ofrecer una variante gráfica, lo que — juntamente con la mejor comprensión del signo *ra₂* (como *rya*)— nos hace comprender que nuestra interpretación era errónea. Es posible mantener la explicación del vocablo como nombre griego, pero ya no es posible incluirlo en la categoría de nombres con significación indiscutiblemente helénica. En su lugar podemos situar *A-pi-me-da*, que es el nombre griego Anfímedes: se trata de un personaje importante en Pilo y su nombre aparece también en Cnoso. Otra indicación importante en ese mismo sentido es el título, claramente griego, del segundo prohombre del país, el *lawagetas* o «jefe del ejército» (página 138).

Otro progreso interesante en nuestro conocimiento es el concerniente al nombre micénico del carro, que en Cnoso era llamado simplemente *hiqq^wia* «(vehículo tirado por) caballos» (pág. 135). Todavía no se han hallado en Pilo tablillas con referencias de carros, pero disponemos de un texto nuevo en el que se describen ruedas y que nos muestra que la palabra *wo-ka* debe ser interpretada probablemente como *wokha* «vehículo»; procede efectivamente de la misma raíz que el inglés «vehicle» y el español «vehículo». Anteriormente, aunque aludiendo a esta posibilidad, habíamos apoyado otra interpretación, lo que nos valió las severas críticas de Palmer. Nos agrada reconocer otra más de sus valiosas aportaciones. La causa de nuestro error es de las más típicas en este tipo de investigaciones: la palabra *wokha* supone una adición al vocabulario griego; Homero conoce solamente una forma emparentada, el plural (*w*)*okhea*. En esta ocasión, como en otras, no habría dificultad ninguna en las lecturas de las tablillas, si conociéramos la lengua de la época en que fueron escritas; como no es así, nos vemos forzados a llegar al conocimiento de nuevas formas lingüísticas mediante un proceso de deducción; en este caso, tan sólo una variación en la fórmula usual nos permitió estar seguros de la interpretación.

Continúa a pequeña escala el trabajo en Cnoso, a cargo de la British School of Archaeology de Atenas, bajo la dirección de Mr. Sinclair Hood; los pequeños fragmentos de tablillas que se han recogido no añaden gran cosa a nuestra información. En cambio, hemos experimentado una extraordinaria sorpresa con el hallazgo de nuevos fragmentos en el Museo de Heraclion y aun en otros lugares que no detallamos. Es actualmente evidente que Evans no dispensó a estos hallazgos el cuidado y precisión que hoy día exigiríamos a un arqueólogo moderno: en verdad, con un amplio equipo de operarios y sólo un ayudante profesional, no pudo serle fácil a Evans obrar de otra manera. El mismo refería cómo uno de sus operarios, que se

llamaba Aristides —nombre famoso en la antigüedad como símbolo de probidad—, robó un lote de tablillas y las vendió en Atenas; sometido a juicio, resultó convicto de acuerdo con el testimonio de las notas de Evans, pero algunas de las tablillas ya nunca fueron recuperadas; y aun las que lo fueron, quedaron en Atenas durante sesenta años hasta que finalmente fueron reintegradas a Creta.

Sin embargo, es cosa hoy indiscutible que Evans no hizo ningún esfuerzo por registrar todos los fragmentos. Influida tal vez por los arqueólogos de Asiría, que registraban solamente las tablillas grandes y bien conservadas, Evans permitió que millares de piezas pequeñas o mal conservadas, fueran almacenadas sin más y olvidadas. Algunas de ellas fueron halladas por Bennett en el Museo de Heraclion en 1950; otras tuvo ocasión de verlas en 1955 (pág. 108).

A partir de ese momento se han producido otros hallazgos, menores en número pero no en interés, en este mismo Museo, en Villa Ariadna y en el Museo Estratigráfico de Cnoso, así como en la British School de Atenas. Hemos averiguado que algunas piezas pequeñas y sellos, que se guardan en el Ashmolean Museum de Oxford y en el British Museum de Londres, no habían sido publicadas. Además, se ha tenido noticia de la existencia de dos fragmentos que no figuran en las colecciones conocidas: uno, que se conserva ahora en el Archaeology Department del University College de Londres y que fue donado por Evans en 1911 a un arqueólogo que le visitó; el otro fue vendido en Atenas por un traficante y ha permanecido olvidado durante años en una colección privada en Inglaterra. No podemos por menos de llegar a la conclusión de que probablemente andan todavía dispersas —de modo legal o ilegal— algunas otras piezas de las que nadie se acuerda. Una y otra vez insisto en mis llamamientos con objeto de adquirir noticias de esas posibles piezas, pero no tenemos grandes esperanzas de lograr gran cosa; y, sin embargo, incluso un pequeño fragmento podría quizá ser el eslabón definitivo que falta y que podría permitirnos unir dos piezas mayores y completar un texto.

Debo nombrar aquí a un nuevo colaborador en nuestros trabajos, un brillante y joven investigador belga, el Dr. Jean-Pierre Olivier, que ha obtenido éxitos muy notables en el hallazgo de piezas de enlace entre nuestros fragmentarios textos. Además ha copiado unos cuantos centenares de piezas, descartadas anteriormente por ilegibles y ha demostrado el interés de las mismas como elementos que completan otros textos. Uno de sus hallazgos más interesantes ha sido el del vocablo *a-sa-mi-to* aplicado a un objeto rectangular, que muy probablemente es el homérico *asaminthos*, «bañera».

Otro de mis ayudantes, el Dr. John T. Killen, del Churchill College de Cambridge, ha contribuido también notablemente al progreso de nuestras tareas, si bien sus importantes aportaciones serán descritas más adelante. He tenido, en verdad, una gran suerte en poder interesar en estos trabajos a dos jóvenes inteligentes y entusiastas. Killen y yo hemos publicado ya (1964) la tercera edición de la transcripción de las tablillas de Cnoso. Y actualmente estamos trabajando los tres en una edición *maior* de

las tablillas de Cnoso. Querría añadir aquí también la expresión de mi gratitud a los directivos de la Calouste Gulbenkian Foundation de Lisboa, que durante varios años me han permitido disponer de un ayudante para la realización de algunos de los trabajos más laboriosos y entretenidos que estas investigaciones requieren.

En la página 167 hice referencia a Tebas como «el emplazamiento más prometedor, entre los que conocemos», en cuanto al hallazgo de nuevas tablillas. Y me basaba en el hecho de que, ya desde las primeras excavaciones realizadas en este lugar, nos eran conocidas inscripciones de Lineal B sobre vasijas; si bien mi afirmación de que eran «sin lugar a dudas, de manufactura local», ha de modificarse a la luz de los resultados obtenidos mediante una nueva y asombrosa técnica aplicada a dichas vasijas por el Dr. H. W. Catling y por Mrs. A. Milieu en el Ashmolean Museum de Oxford^[3]. Mediante un análisis de la composición de la arcilla utilizada en su fabricación, se ha puesto de manifiesto la probabilidad de que algunas de estas vasijas hayan sido elaboradas en la Creta oriental. Si esto es así, la suposición, basada en las vasijas de que las grafías fueron escritas en Tebas, no podría justificarse, ya que los usuarios tebanos no hubieran sido tal vez capaces de leer las inscripciones.

Sin embargo, nuestras dudas quedan ya definitivamente resueltas tras el descubrimiento en 1964 de un grupo de unas veinte tablillas y fragmentos en un edificio del período micénico, a poca distancia del sector principal del palacio de Tebas. Este hallazgo fue casual: se llevaban a cabo en este lugar trabajos de reestructuración para la construcción de un nuevo edificio; durante las operaciones de excavación para la cimentación salieron a flor de tierra unas tumbas; posteriores búsquedas realizadas por el Servicio Arqueológico revelaron la presencia de un edificio que parece haber sido una especie de almacén: en uno de sus recintos se encontraban las tablillas. En sí mismas no ofrecen gran interés: hacen referencia a algunos productos en forma abreviada, de modo que no tenemos medio alguno de identificarlos. Pero en la forma, escritura y rasgos lingüísticos son de hecho idénticas a otras tablillas semejantes halladas en Pilo (otra prueba más de la homogeneidad del mundo micénico). Parece probable que en cuanto a fecha sean estas tablillas las más antiguas de cuantas hemos hallado en la Grecia continental: tal vez se remonten al 1320 a. C., hecho importante y digno de ser tenido en cuenta en la discusión sobre la fecha de las tablillas de Cnoso.

Muchos lectores habrán tenido noticia, a través de los artículos de los periódicos dominicales y de las discusiones en la BBC, de la nueva teoría del profesor Palmer sobre la fecha de las tablillas de Cnoso. Evans emprendió las excavaciones en Cnoso con la convicción de que se trataba de un emplazamiento «micénico», contemporáneo de la Micenas de Schliemann; su esquema cronológico fue elaborado con la contribución de su ayudante Mackenzie, hombre de gran competencia, y no sin varios años de estudio. Mas, al fin, Evans trazó un esquema bien definido, que en la mayoría

de sus aspectos más bien ha quedado confirmado que revocado por los descubrimientos posteriores.

El error mayor que podemos imputar a Evans es, sin duda, su resistencia a admitir una ocupación griega de Creta en un momento adecuado para la producción de tablillas de Lineal B. Nos veríamos forzados a suponer, o bien una invasión griega en el siglo xv a. C. de la que no parece haber quedado huella arqueológica alguna, o bien que la destrucción del año 1400 era obra de invasores griegos y que, por tanto, las tablillas en griego habían de pertenecer a un período posterior, Evans había caracterizado al pueblo que ocupó el palacio después del 1400 como «horda advenediza»: pueblo que vivía en un estado inferior de civilización y que se habría limitado simplemente a desbrozar y acondicionar algunas de las salas del palacio que habían quedado indemnes, a fin de poder servirse de ellas. Esta imagen guardaba poca o ninguna consonancia con el fuerte aparato administrativo establecido en esa época para el gobierno de toda Creta, tal y como aparece reflejado en los datos de las tablillas. Pero ¿estaba Evans en lo cierto? ¿No pudo haber sido esa segunda ocupación el umbral de un período aún más espléndido, al que Evans arrebató las más bellas ejecuciones en cerámica, atribuyéndolas erróneamente a otro período?

Había además otra razón para rebajar la fecha de las tablillas. Tanto en la grafía como en la lengua, las tablillas de Cnoso son sumamente parecidas a las de Pilo de 1200 a. C., aproximadamente. ¿Es posible que la lengua se haya mantenido estática durante dos siglos? Palmer ha llevado sus conclusiones hasta el extremo de afirmar que algunas formas lingüísticas de Cnoso son posteriores a las equivalentes registradas en Pilo.

Desgraciadamente, los ejemplos de que disponemos pueden, a veces, ser interpretados de diversas maneras. Y no se ha de olvidar que, como principio general, nunca es posible establecer fechas por comparación entre datos lingüísticos registrados en zonas diferentes, dado que, en ocasiones, un dialecto retiene durante siglos rasgos que por doquier han caído en desuso. Por ejemplo, *gotten* es inusitado en Inglaterra, pero todavía se usa frecuentemente en América en lugar de *got*; por tanto, el hecho de que un texto contenga la forma *got* no quiere decir de ningún modo que sea forzosamente posterior a otro que contenga la forma *gotten*.

No es, pues, de extrañar que la argumentación se haya centrado principalmente en torno a los datos arqueológicos, especialmente a los que fueron registrados por Evans y Mackenzie en sus notas, durante las excavaciones. No es éste el lugar, ni soy yo la persona indicada para emitir juicio; pero se ha hecho evidente de modo gradual que los especialistas que han estudiado el asunto no han respaldado la opinión de Palmer, según la cual la fecha de las tablillas de Cnoso debería retrasarse hasta el siglo XII a. C. Tiempo ha que se ha hecho evidente que Evans incurrió en errores, tanto en sus informes sobre las excavaciones como en la interpretación de los resultados; muchos son los puntos en los que podemos actualmente esgrimir contra el informe que Evans redactó y publicó, las anotaciones del propio Evans. Pero no llega a tanto como a que

podamos dar por no válida toda la cronología que estableció y resulta mucho más fácil aceptar la fecha señalada originariamente por Evans para las tablillas de Cnoso, el 1400 a. C. La aceptación de esta fecha resulta aún más razonable en este momento, en que disponemos de las tablillas de Tebas, correspondientes al 1320 a. C., aproximadamente, pues merced a ellas nos es dado llenar el vacío existente entre Cnoso y los demás lugares del continente helénico.

Todo esto nos lleva de nuevo al dilema que hemos planteado anteriormente: ¿en qué momento llegaron a Creta los griegos?, ¿y cómo pudieron asumir de modo tan eficaz el relevo de una civilización ya floreciente? En este punto la investigación reciente ha venido a confirmar en forma dramática una teoría propuesta hace ya mucho tiempo por el profesor Marinatos de la Universidad de Atenas. Sabemos que, durante el siglo xv, el comercio exterior de la Creta minoica entró en declive y las mercancías micénicas procedentes del continente reemplazaron a las cretenses. Marinatos vio la causa de ese declive en el movimiento sísmico causado por la explosión de un volcán del Egeo, cuyos restos dieron lugar a la formación de una pequeña isla conocida en la época clásica con el nombre de Tera, la actual Santorini. Es la más próxima de las Cíclades a Creta y está situada a unas 65 millas al norte de Heraclion.

Hubo, en efecto, terremotos en diversas ocasiones a lo largo de la historia del palacio de Cnoso, mas no parecía probable que ninguno de ellos pudiera haber sido tan devastador como para por sí sólo dar al traste con las formas civilizadas de vida en toda la extensión de la isla. Pero algunos geólogos americanos^[4] han llevado a cabo investigaciones sobre la explosión de Tera y han llegado a establecer algunos hechos de gran interés. Al parecer, la explosión fue mucho mayor que la acaecida en 1883 en Krakatoa, en las Indias Orientales. Y pudo, quizá, originar una marea gigante de unos cien pies de altura, que arrollaría por entero la costa norte de Creta, anegando y destruyendo todos los establecimientos costeros. Al mismo tiempo grandes cantidades de cenizas volcánicas caerían sobre ella, cubriendo a favor del viento una enorme área, que quedó sepultada bajo una capa de cenizas ardientes y envuelta en vapores tóxicos. Una serie de sondeos del suelo marino en torno a Tera han revelado la existencia de una capa más gruesa de cenizas en el sureste, por lo que es evidente que soplaban vientos noroeste. Por consiguiente, la lluvia de cenizas debió de producirse principalmente sobre las zonas central y oriental de Creta, así como sobre las islas adyacentes. Todo ello pudo ser desastre bastante para aniquilar todo vestigio de vegetación y anular toda posibilidad de vida entre cuantos sobrevivieron a los vapores tóxicos y a la lluvia de ardientes cenizas. Catástrofe tal pudo sin duda despoblar los centros principales de vida de la Creta minoica; cuando, años después, las lluvias y los vientos hubieron lavado las cenizas y devuelto la fertilidad a las tierras, sería fácil para los griegos del continente trasladarse a la isla y establecer su fuerte y centralizada soberanía en torno al restaurado palacio de Cnoso. En la zona oriental, al menos, habían sobrevivido probablemente algunos establecimientos; pero

el poder de Creta había quedado destruido y no debió de haber dificultad ninguna en la unificación de la isla bajo mando griego.

Lo que no consigue aclarar esta teoría es la razón que pudo haber para la destrucción, hacia 1400 a. C., de la capital ocupada por los griegos. Se ha insinuado la posibilidad de un alzamiento de los nativos contra los griegos dominadores; pero si la descripción que acabamos de hacer sobre los hechos que motivaron la ocupación griega de Creta es acertada, no es de suponer que, tras la catástrofe, hubieran sobrevivido minoicos bastantes para hacer posible la rebelión. Por otra parte, todo indica que, a pesar de la destrucción del palacio, el dominio de los griegos micénicos en Creta prosiguió, si bien el poder central de Cnoso quedó roto; es posible que la isla quedara dividida en pequeños estados, como quizá lo estuvo ya en la época minoica. En todo caso, si en el siglo XIV las ciudades de Creta oriental exportaban vasijas con inscripciones en griego, es natural admitir que este hecho es indicación suficiente de que el dominio griego sobre la isla proseguía.

Los progresos más importantes y dignos de ser reseñados son los concernientes a la interpretación de las tablillas, interpretación a la que han contribuido en forma muy notable estudiosos de todas las procedencias. Hasta en lugares tan remotos como el Brasil y el Japón ha habido helenistas que se han dedicado al estudio de los textos y han brindado puntos de vista y comentarios sobre los mismos. Menores han sido los avances en la identificación de los signos silábicos. El número 16 de la tabla que aparece al final de este libro podría ser *qa* mejor que *pa*₂, cambio de escaso valor inmediato, dado que las formas del griego clásico que corresponden a uno y otro valor seguirían siendo en cualquier caso las mismas, de modo que estos hechos más bien aportan datos informativos sobre etimologías griegas que sobre vocablos micénicos. El número 71 ha sido identificado como *dwe*; el número 85 probablemente representa un valor *au*. En cuanto al número 90, *dwo*, cf. las páginas 165 y 175; un signo nuevo, número 91, parece representar el valor *two*.

De mucho mayor interés es el nuevo procedimiento empleado en el examen y estudio de las tablillas; éstas son ahora interpretadas no como muestras lingüísticas aisladas, sino como partes integrantes de amplios casilleros que contenían informes sobre la economía del país. El trabajo de interpretación sufre, en este aspecto, impedimentos por el carácter incompleto de los archivos que nos han llegado; pero muchas tablillas que, cuando se estudiaban aisladas, parecían oscuras o carentes de información útil, proporcionan datos interesantes cuando son examinadas en su contexto propio. Hemos procurado, en la medida de lo posible, la reconstitución de los casilleros —cestas o cajas— en que las tablillas estaban almacenadas originariamente. Este trabajo previo y el ulterior estudio y confrontación de una serie completa de tablillas nos permite hacernos una idea de cuáles eran los datos que los escribas micénicos deseaban registrar. La parte realmente importante para ellos en

una tablilla eran los numerales; el resto del texto no era sino un encabezamiento destinado a indicar a qué se referían los numerales.

El Dr. J. T. Killen, de Cambridge, emprendió un muy brillante trabajo sobre esas bases. Realizó un cuidadoso estudio de todas las tablillas de Cnoso —más de 800 en total— que hacen referencia a ovejas y lana. Se creía que estas tablillas contenían indicaciones sobre el pago de tributos al palacio; pero ahora ha quedado claro que registran los efectivos en rebaños, efectivos consistentes principalmente en carneros castrados, que eran criados y reservados para el aprovechamiento de la lana. Otros rebaños eran destinados principalmente a fines de alimentación. Una investigación realizada con miras a encontrar algún paralelo reveló que en la Inglaterra medieval se hacían registros de ganado que guardan extraordinaria semejanza con las tablillas micénicas; de este modo pudo inferirse con seguridad que los principios de administración del ganado eran semejantes en ambos casos y semejante también el aprovechamiento. Porque se sabe con certeza que en Creta se hilaba y tejía la lana, y su exportación debe de haber proporcionado una gran parte de la riqueza y poderío de que da testimonio el lujo del palacio; del mismo modo que la Inglaterra medieval prosperó grandemente merced al tráfico de la lana y de los productos derivados de ella. Este es un hecho histórico más entre los muchos de los que, con sólo los meros recursos arqueológicos, jamás habríamos llegado a tener noticias.

Un análisis semejante de las tablillas de Pilo nos lleva a la conclusión de que la lana, aunque importante, no fue el soporte principal de la economía de la región. El lino y los tejidos de lino, rara vez mencionados en Cnoso, eran al parecer más importantes que la lana en Pilo; por otra parte, el gran número de broncistas que aparecen registrados —alrededor de 400— induce a pensar que la exportación de objetos de metal fue quizá el aspecto más notable de la economía pilia. El comercio de objetos de lujo aparece testimoniado en Micenas por una nueva serie de textos que hacen referencia a trabajadores en *cyanus*, es decir, a los fabricantes de esa sustancia vítrea de color azul tan apreciada por los micénicos en las técnicas de incrustación en metal.

El método que propuse yo (págs. 165-166) para la determinación de los valores absolutos del sistema micénico de medidas ha sido aplicado por la profesora Mabel Lang^[5] a todas las vasijas procedentes de Pilo que nos han llegado en buen estado o susceptibles de restauración. Al parecer, no cabe establecer grupos bien claros según las capacidades de las vasijas de menor tamaño; pero entre las de mayor tamaño, los puntos máximos en el gráfico se producen entre los 2,4 y los 3,2 litros aproximadamente. Lo difícil es llegar a saber a qué unidades micénicas corresponden verosímilmente las cifras. Un término constante de 0,8 litros puede ser interpretado de diversas maneras. Ventrís y yo propusimos en *Documents* unas equivalencias aproximativas, en la forma siguiente (las mayúsculas indican el nuevo procedimiento de transcripción de los signos):

∇	= Z		= 0,5 l.
\flat	= V	(= Z ₄)	= 2 l.
τ	= T	(= V ₆)	= 12 l.

Estas cifras podrían acordarse con los resultados de la investigación de *Miss Lang* de dos maneras o bien —como ella ha indicado— mediante una reducción drástica de Z a 0,2 l., de modo que 2,4 y 3,2 representen respectivamente V₃ y V₄; o bien mediante una reducción menor de Z a 0,4 l., de modo que 2,4 y 3,2 representen respectivamente V₁ Z₂ (= V IV2) y. Va.

La elección entre estas alternativas no es sencilla. Depende de las raciones que se suministrarán a los grupos de hombres, mujeres y niños; todavía no hay un consenso general si no con respecto a unas cuantas cifras básicas. Así, por ejemplo, sabemos que la ración suministrada a las mujeres que trabajaban en tareas manuales es de T₂ de trigo al mes (sea 4,8, sea 9,6 l.). El profesor Palmer ha argumentado con gran energía en favor de una cantidad próxima a la propuesta por *Miss Lang*, pero 0,16 l. de trigo al día parece —en mi opinión— una cantidad muy escasa; por ésta y por otras diversas razones, me inclino a considerar más probable la alternativa que ofrece cantidades más elevadas. Si es así, las cantidades en litros que figuran en el Apéndice (págs. 193-196) o en cualquier otro lugar de este libro deben reducirse en un veinte por ciento.

Era de esperar que el desciframiento del Lineal B reavivaría el interés de los estudiosos por el Lineal A y por los extraños problemas suscitados por el disco de Festo. Hasta mí han llegado, y en gran número, intentos de desciframiento de uno y otro, tanto impresos como manuscritos. Dado que, en su inmensa mayoría, resultan incompatibles unos con otros, es lógico deducir que casi todos son erróneos. Algunos carecen tan evidentemente de todo fundamento, que nadie —a no ser sus propios autores— pueden concederles atención ninguna. Sin embargo, no deja de ser cierto que se están realizando ya trabajos de cierto rango científico, y parece oportuno dar aquí alguna información, aunque sea sumaria, sobre cómo va la partida.

Todas las investigaciones realizadas sobre el Lineal A están basadas en el supuesto de que, siempre que nos sea posible identificar un signo del Lineal B que tenga su correlato exacto en el A, debemos admitir que el valor de ese signo es el mismo en ambos sistemas gráficos. Muchos de los signos del Lineal A pueden, sin duda, ser interpretados sobre esa base; aunque hay unos cuantos —y no siempre los menos frecuentes— que hasta el momento se resisten a toda identificación segura. Se ha comprobado la imposibilidad de realizar progresos notables si nos obstinamos en mantener el supuesto de la semejanza de valores con arreglo al método del «casillero» utilizado por Ventris; débese esto a la insuficiencia del material de que disponemos. Los textos de Lineal A publicados hasta la fecha representan

aproximadamente la cuarta parte del total de textos de Lineal B que tenemos a nuestra disposición. Los nuevos hallazgos en Kato Zakro quizá nos brinden la posibilidad de disponer de una cantidad suficiente de textos. Sin embargo, la aceptación del supuesto en que se viene basando la investigación recibe cierto apoyo del hecho de que nombres procedentes de las tablillas de Cnoso en Lineal B han sido identificados igualmente en tablillas A, a menudo con leves diferencias en la terminación. Podría, pues, suponerse que estamos en condiciones de transcribir al sistema alfabético, con plenas garantías, muchos de los textos A; pero la verdad es que no podemos determinar si las normas ortográficas del Lineal B fueron tomadas directamente del Lineal A, o si representan simplemente la adaptación del sistema gráfico a las necesidades de la lengua griega. Cabe suponer que la lengua representada en el Lineal A —a la que podemos llamar minoica, aunque sea de modo convencional— utilizaba principalmente sílabas abiertas y carecía, al parecer, de distinciones significativas entre consonantes sordas y sonoras (*k/g*, *p/b*, etc.). Pero esto no constituye base suficiente que nos capacite para preestablecer sus conexiones con otras lenguas.

Tenemos certeza sobre el significado de una sola palabra del Lineal A: *ku-ro* es el vocablo que introduce totales, por lo que podemos admitir que significa probablemente «total» o «suma» (cf. págs. 64, 84). Si logramos hallar esta palabra en alguna lengua conocida, el problema del Lineal A podría entrar en vías de solución: desgraciadamente, ninguno de los intentos de desciframiento ha logrado superar esa prueba de modo convincente. Se ha llegado a intuir el significado de unas cuantas palabras y se han llevado a cabo esfuerzos muy notables por relacionar estas palabras con otras de significados adecuados y existentes en lenguas conocidas. Dado el caso, sólo dos familias lingüísticas pueden brindarnos esperanzas razonables. Una es la enorme y difundida familia indoeuropea, que en el segundo milenio a. C. tenía numerosas proyecciones en Asia Menor, entre las cuales la mejor conocida es el hitita, aunque existe también una forma menos conocida que se habló en el suroeste de esa misma región: el luvita.

El profesor Palmer, que viene colaborando sin tregua en el avance de nuestro conocimiento del Lineal B, ha intentado mostrar las relaciones existentes entre el luvita y el Lineal A^[6]. Las inscripciones del Lineal A que se refieren a ofrendas de carácter religioso presentan en diversas ocasiones el vocablo *a-sa-sa-ra*, que se supone que es el nombre de una diosa. Palmer brinda una interesante e ingeniosa interpretación: podría tratarse del vocablo luvita que significa «la Señora», y sería por tanto el paralelo exacto del griego *Potnia* que aparece en el Lineal B (cf. pág. 152). Si esa interpretación es acertada, aunque no más que una paja al viento, no dejaría de ser un indicio válido. Mas no es fácil lograr progresos ulteriores, dado nuestro limitadísimo conocimiento del luvita. Una seria objeción frente a la tesis de Palmer es la presentada por el profesor Maurice Pope de Ciudad del Cabo: en un artículo, por lo demás muy divertido, titulado «The Minoan Goddess *Asasara* —an Obituary»^[7], ha

demostrado que no hay razones suficientes para admitir que *a-sa-sa-ra* constituya una palabra completa y autónoma, dado que aparece o ante una ruptura o laguna o provista de varios sufijos; se ha logrado superar las dificultades cuando aparece con un solo sufijo, mas ni aún así ha sido posible alcanzar sino escasos progresos.

El profesor Simon Davis, de la Universidad de Witwatersrand, ha dedicado mucho tiempo a sus intentos de relacionar directamente el Lineal A con el hitita. Desgraciadamente, su intento se basa principalmente en hacer extensiva al Lineal A la libertad inherente a toda escritura silábica de no representar ciertos sonidos: las palabras hititas que él cree leer en Lineal A no presentan sino una semejanza muy remota con la forma escrita.

La otra gran familia lingüística del antiguo Oriente Próximo es la semítica. Un famoso especialista en lenguas semíticas, el profesor Cyrus Gordon, de la Universidad de Brandeis, Massachusetts, ha creído identificar la lengua del Lineal A como lengua semítica. También en esta ocasión se han logrado algunos resultados dignos de aplauso; sin embargo, la semejanza con las palabras semíticas no es tan terminante como sería de desear: en las lenguas semíticas sólo los elementos consonánticos son constantes, lo que induce a Gordon a descartar con excesiva frecuencia las vocales como carentes de significación. Además, la estructura consonántica del Lineal A, tal como ha sido reconstruida a partir del Lineal B, no se adapta totalmente a la estructura de las lenguas semíticas: este hecho supone un elemento más de indeterminación que impide una comprobación rigurosa. Los intentos de Gordon de apoyar sus argumentos lingüísticos en supuestas afinidades entre minoicos y filisteos —aunque basados en premisas arqueológicas bien firmes— llevan a su autor a razonamientos un tanto absurdos.

Como quien no se siente ligado a teoría alguna, mi opinión es que, aunque uno o incluso muchos de los investigadores en este problema pueden tal vez haber venido a dar con alguna pista feliz, en el momento presente es totalmente imposible determinar cuál de ellos está en lo cierto, si es que alguno lo está. Tan probable al menos como las teorías anteriormente expuestas pudiera ser la que afirmara que el minoico es una lengua que desapareció sin dejar huellas, y que no existen lenguas afines a ella que nos sean conocidas. Si es así, no nos será posible leer los textos hasta que dispongamos de un número suficiente de ellos y algunos sean lo bastante claros en su estructura como para permitirnos deducir los significados de las palabras por el contexto en que aparecen.

El disco de Festo (cf. pág. 33) sigue atrayendo el entusiasmo de los aficionados a esta clase de problemas. Continúa, sin embargo, la incertidumbre sobre si se trata de una variante formalizada de la escritura jeroglífica de Creta o de un objeto de importación procedente de cualquier otro lugar. La afirmación de que la dirección de la escritura va de derecha a izquierda, ha sido puesta en entredicho en muchas ocasiones; sin embargo, no hay duda alguna de que los signos se acuñaron en ese orden; por tanto, los que aseguran que el artífice del disco inició su inscripción por el

final y prosiguió luego su trabajo en retroceso hasta el principio, han de tomar sobre sí la tarea de demostrar su aserto. Se ha demostrado además que el número total de signos de la escritura supera a los 45 que de hecho aparecen utilizados en la inscripción; las técnicas estadísticas indican unos 55 como cifra muy probable del repertorio de signos, e incluso no se excluye la posibilidad de cifras más elevadas. Así, pues, queda confirmada la suposición de que también en este caso nos hallamos ante una escritura silábica.

Finalmente, me es muy grato dar noticia en estas páginas de la cooperación internacional iniciada por nuestros colegas franceses en 1956, cooperación que ha experimentado extraordinario desarrollo en los seis últimos años. La serie de reuniones menores, los *Colloquia*, prosiguió en Pavía (Italia), 1958; Wisconsin (U.S.A.), 1961; Cambridge (Inglaterra), 1965, y en la actualidad se trabaja en la organización de un quinto Colloquium. Se ha constituido un Comité Internacional Permanente de Estudios Micénicos que actualmente ha establecido afiliación con el órgano de la U.N.E.S.C.O. que le corresponde y ha creado comités nacionales y asociaciones que se rigen según sus normas. Por iniciativa del profesor C. Gallavotti, la Universidad de Roma ha creado un Centro de Estudios Micénicos y Egeo-anatolios, que patrocina una serie importante de publicaciones y que ha organizado el Primer Congreso Internacional Micénico en 1967. No quedan rezagados los países de la Europa Oriental en la puesta en marcha y desarrollo de los estudios micénicos: en 1966 tuve el privilegio de participar en la sección que a estos estudios consagró el Congreso Clásico celebrado en Brno (Checoslovaquia). He aquí cómo este tema de estudio, en cuya creación tanto se esforzó Michael Ventris, continúa creciendo en una atmósfera de cooperación y comprensión mutua que hubieran sido para él causa del más vivo placer.

Apéndice

TRANSCRIPCIONES DE TABLILLAS MICÉNICAS

A lo largo de este libro se han ido citando o traduciendo cierto número de tablillas; vayan aquí unos cuantos ejemplos más que ilustrarán sobre la naturaleza de estos documentos. Damos el texto en la transcripción latina de la Lineal B; los ideogramas están representados por las palabras españolas en versalitas, como hombre. Pueden encontrarse los detalles de la interpretación en *Documents in Mycenaean Greek*, según la referencia que se expresa a continuación del número de la tablilla; PY = Pilos; KN = Cnosos.

Sigue a cada texto un intento de reconstrucción del sonido real de las palabras utilizadas, tal como las leería un escriba micénico. Todo esto son en gran parte conjeturas, y la finalidad de estas transcripciones es más bien hacer ver a quienes poseen algunos conocimientos de griego, cómo hemos extraído del texto su significado. Las palabras griegas están escritas en alfabeto latino, por la dificultad de representar ciertos sonidos con el alfabeto griego. Es imposible dar en griego clásico una versión satisfactoria que no sea una traducción, puesto que algunas palabras tienen significados diferentes y muchas poseen formas diversas.

La traducción que damos aquí difiere ligeramente de la publicada en *Documents*, principalmente por la supresión de los signos que indicaban duda. He de insistir en que en muchos casos caben versiones distintas.

1. **P Y Ae134** (Lámina 2 (b); *Documents*, no. 31).

ke-ro-wo po-me a-si-ja-ti-ja o-pi ta-ra-ma-<ta>-o qe-to-ro-po-pi o-ro-me-
no HOMBRE 1

Kerowos(?) poimê Asiatîi opi Thalamâtô q^uetro-popphi oromenos ANER
1

Kerowos el pastor en Asiatía (lugar) cuidando el ganado de Thalamatas
(nombre de varón).

2. **PY Ad676** (*Documents*, no. 10)

pu-ro re-wo-to-ro-ko-wo ko-wo hombre 22 ko-wo 11

Pvloï: lewotrokhowôn korwoi andres 22 korwoi 11

En Pilos, 22 hijos de los servidores del baño, 11 muchachos.

3. **PY Eb297** (*Documents*, no. 140)

i-je-re-ja e-ke-qe e-u-ke-to-qe e-to-ni-jo e-ke-e te-o ko-to-no-o-ko-de ko-
to-na-o ke-ke-me-na-o o-na-ta e-ke-e TRIGO 3 T 9 d 3

hiereia ekhei que eukhetoi que etonion ekheen theon ktoinookhoi de
ktoinôn kekeimenôn onata ekheen PYROS 3 T 9 d 3

La sacerdotisa posee (esto) y sostiene que la deidad tiene la propiedad (?),
pero los propietarios de parcelas (sostienen) que ella posee (únicamente)
arrendamientos de parcelas comunales: 474 litros de trigo.

4. **PY Er312** (*Documents*, no. 152)

wa-na-ka-te-ro te-me-no
to-so-jo pe-ma TRIGO 30
ra-wa-ke-si-jo te-me-no TRIGO 10
te-re-ta-o to-so pe-ma TRIGO 30
to-so-de te-re-ta HOMBRES 3
wo-ro-ki-jo-ne-jo e-re-mo
to-so-jo pe-ma TRIGO 6
Wanakteron temenos
tosoio sperma PYROS 30
Lâwâgesion temenos PYROS 10
telestân toson sperma PYROS 30
tosoide telestai ANDRES 3
Worgiôneios erêmos PYROS 6

El lote del rey, semilla tanto: 4600 litros de trigo.

El lote del Lawagetas: 1200 litros de trigo.

(Las tierras) de los telestai, tanta simiente: 3600 litros de trigo; tantos
telestai: 3 hombres.

(La tierra) abandonada (?) de la asociación de culto: simiente tanto: 720
litros de trigo.

5. **KN Gg702** (*Documents*, no. 205).

pasi-te-o-i me-ri ANFORA 1
da-pw-ri-to-jo po-ti-ni-ja me-ri ANFORA 1
pansi theoi'i meli AMPHIPHOREUS 1

Daburinthoio Potniâi meli AMPHIPHOREUS 1

A todos los dioses, un ánfora de miel.

A la Señora del Laberinto (?), un ánfora de miel.

6. **PY Fr1184** (*Documents*, pág. 217)

ko-ka-ro a-pe-dô-ke e-ra3-wo to-so

e-u-me-de-i ACEITE 18

pa-ro i-pe-se-wa ka-ra-re-we 38

Kokalos apedoke elaiwon toson

Eumêdei ELAIWON 18

paro Ipsewâi klârêwes 38

Kókalos devolvió la siguiente cantidad de aceite de oliva a Eumedes: 648 litros de aceite.

De Ipsewas, 38 «jarros para soporte» (?).

7. **PY Ta722** (*Documents*, no. 246).

ta-ra-nu a-ja-me-no e-re-pa-te-jo a-to-ro-qo i-qo-qe poru- po-de-qe po-ni-ke-qe ESCABEL 1

ta-ra-nu a-ja-me-no e-re-pa-te-jo ka-ra-a-pi re-wo-te-jo so-we-no-qe ESCABEL 1

ta-ra-nu a-ja-me-no e-re-pa-te-ja-pi ka-ru-pi ESCABEL 1 (dos veces).

thrânys aiaimenos elephanteiôi anthrôquôi hiqquôi que polupodei q^ue phoinikei que THRANYS 1

thrânys aiaimenos elephanteiois karâaphi lewonteiois s---nois q^ue THRANYS 1

thrânys aiaimenos elephanteiâphi karuphi THRANYS 1

Un escabel con incrustaciones de un hombre, y un caballo y un pulpo y un grifo (o una palmera) en marfil.

Un escabel con incrustaciones de cabezas de león y de estrías (?) en marfil.

Un escabel con incrustaciones de nueces en marfil (?).

8. **KN Sd0401** (*Documents*, no. 266).

i-qi-jo a-ja-me-no e-re-pa-te-jo a-ra-ro-mo-te-me-no poni-[ki-jo]

a-ra-ru-ja a-ni-ja-pi wi-ri-ni-jo o-po-qo ke-ra-ja-pi o-pi-ija- pi CARROS SIN RUEDAS 2

hiqqiô aiaimenô elephantei ararmotmenô phoinikiô araruai hâniâphi
wriniôî opôquôî keraiâphi opiiâphi HIQQUIO 2

Dos carros de caballos con incrustaciones de marfil, (completamente) montados, pintados de carmesí, provistos de riendas, con anteojeras (?) de cuero (y) bocados de asta.

9. **PY Sa794** (*Documents*, no. 291).

ka-ko de-de-me-no no-pe-re-e RUEDA ZE 1

khalkôî dedemenô nôphelee HARMOTE ze[ugos] 1

Un par de ruedas, sujetadas (con llantas de) bronce, inservibles.



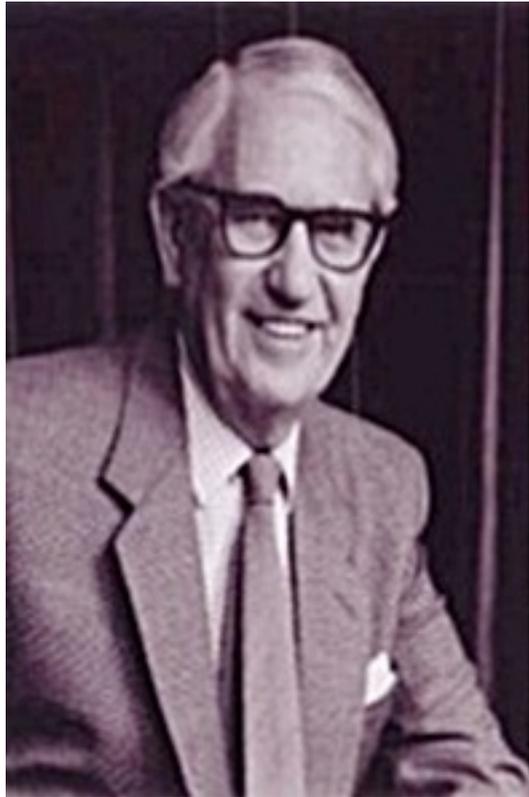
(a) Tablilla con caballo, del pasadizo de acceso por el lado Norte a Cnosos. (Véase p. 108).



(b) Tablilla que menciona un pastor, de la Cámara de Archivo en Pilos. (Véase p. 193).

01	⊥	da	30	⋈	ni	59	⊥	su
02	⊥	ro	31	⋈	sa	60	⊥	ra
03	⊥	pa	32	⋈	go	61	⊥	o
04	⊥	te	33	⋈	ra ₂	62	⊥	pte
05	⊥	to	34	⋈		63		
06	⊥	na	35	⋈		64		
07	⊥	di	36	⋈	jo	65		ju
08	⊥	a	37	⋈	ti	66		ta ₂
09	⊥	se	38	⋈	e	67		ki
10	⊥	u	39	⋈	pi	68		ro ₂
11	⊥	po	40	⋈	wi	69		tu
12	⊥	so	41	⋈	si	70		ko
13	⊥	me	42	⋈	wo	71		
14	⊥	do	43	⋈	ai	72		pe
15	⊥	mo	44	⋈	ke	73		mi
16	⊥	pa ₂	45	⋈	de	74		ze
17	⊥	za	46	⋈	je	75		we
18	⊥		47	⋈		76		ra ₂
19	⊥		48	⋈	nwa	77		ka
20	⊥	zo	49	⋈		78		qe
21	⊥	qi	50	⋈	pu	79		zu
22	⊥		51	⋈	du	80		ma
23	⊥	mu	52	⋈	no	81		ku
24	⊥	ne	53	⋈	ri	82		
25	⊥	a ₂	54	⋈	wa	83		
26	⊥	ru	55	⋈	nu	84		
27	⊥	re	56	⋈	pa ₃	85		
28	⊥	i	57	⋈	ja	86		
29	⊥	pu ₂	58	⋈	su	87		

Fig. 17.—Tabla de ochenta y siete signos de Lineal B, con equivalentes numerales y valores fonéticos.



JOHN CHADWICK (21 de mayo de 1920 – 24 de noviembre de 1998) fue un lingüista y profesor de lenguas clásicas inglés. Nacido en Londres y educado en la escuela de St Paul y el colegio del Corpus Christi, fue oficial de la Marina Británica durante la II Guerra Mundial. Tras la guerra se casó y pasó a formar parte de los empleados del Oxford Classical Dictionary antes de comenzar sus clases de lenguas clásicas en Cambridge en 1952. Ese mismo año empezó a trabajar con Michael Ventris en el descifrado progresivo del Lineal B. Ambos escribieron el artículo *Documents in Mycenaean Greek (Documentos en griego micénico)* en 1956 tras una controvertida primera publicación tres años antes. Los conocimientos filológicos de Chadwick se aplicaron a la teoría inicial de Ventris de que el Lineal B era una forma de griego, en vez de otra lengua mediterránea.

Tras la muerte de Ventris en 1956, Chadwick se convirtió en la primera autoridad en el lineal B, escribiendo un libro de divulgación popular sobre el tema *The Decipherment of Linear B (El enigma micénico)* en 1958 y revisando *Documents in Mycenaean Greek* en 1978.

Se retiró en 1984, cuando ya se había convertido en Perceval Maitland Laurence Reader en lenguas clásicas en Cambridge. Continuó sus estudios hasta su muerte, siendo miembro activo de diversas prestigiosas sociedades internacionales y escribiendo numerosos artículos populares y académicos.

Notas

[*] Segunda parte: Publications 1956-60 (1961). <<

[1] Vid. infra, págs. 35-37. <<

[2] Annual of British School at Athens, IV, pp. 57,9. <<

[1] *Les inscriptions crétoises, Essai de déchiffrement*, Praga, 1949. <<

[2] Comunicación presentada a la Academia de Atenas, 27 de mayo de 1948. <<

[3] Vid. *infra*, págs. 108-109. <<

[1] Véase la fig. 7, pág. 38. <<

[2] *Ibid.* <<

[1] *The Listener*, 10 de julio de 1952 <<

[1] *N. del T.*: Presentamos este ejemplo español en lugar del inglés GOD (DOG, GO, DO, GOOD, ODD), propuesto por el Profesor Palmer. <<

[1] *Domesday Book*, registro del catastro que ordenó hacer Guillermo el Conquistador.
[N. del T.] <<

[*] Traducción de María Rico. <<

[1] W. EILERS, *Forschungen und Fortschritte*, 31, 1957, páginas 326-332. <<

[2] S. LEVIN, *The Linear B decipherment controversy re-examined*, Yellow Springs, Ohio, 1964 <<

[3] *Archaeometry*, 8, 1965, pp. 3-85. <<

[4] D. NINKOVICH y B. C. HEEZEN en *Submarine Geology (Colston Papers, 1965)*, pp. 413-452. <<

[5] *American Journal of Archeology*, 68, 1964, pp. 99-105. <<

[6] En *Mycenaeans and Minoans* (Londres, 2.^a ed., 1965). <<

[7] *Bulletin of the Institute of Classical Studies*, Londres, 8,1961, pp. 29-31. <<